

Biblioteca SdCF

Varios autores

# **SDCF - ANTOLOGÍA DE RELATOS 2009**

Edición para lectores de libros electrónicos y dispositivos móviles.

## SDCF - ANTOLOGÍA DE RELATOS 2009

- © 2009 Pablo Montero Martín por PSICÓPATA
- © 2009 Eduardo Delgado Zahino por INTERCAMBIO DE GERARDOS
- © 2009 Guillermo Galli por RAZA SUPERIOR
- © 2009 Magín Méndez Sanguos por 7:59 O LA REBELIÓN DE LOS PECES
- © 2009 Antonio Quintana Carrandi por UNA FANTASÍA INFANTIL
- © 2009 Jacinto Muñoz Vivas por FALTA DE FÉ
- © 2009 Mauricio del Castillo por EL HOMBRE NEGATIVO
- © 2009 Balint Feri por LOS ETERNOS ROLES
- © 2009 Jesús Poza Peña por QUERIDO NIETO
- © 2009 Alvaro Carrión por ALIENS, EL REGRESO (Spanish Version)

Publicados en 2009 en la web *Sitio de Ciencia-Ficción*:

<http://www.ciencia-ficcion.com>

Todos los derechos sobre cada texto son titularidad de su autor.

Los autores **conceden su autorización explícita** en los siguientes casos: usted PUEDE, y se le invita, a leer el texto contenido en este archivo PDF en cualquier dispositivo que lo permita, PUEDE imprimirlo o convertirlo a otros formatos para leerlo en dispositivos que no soporten adecuadamente el formato PDF, PUEDE copiarlo cuantas veces lo necesite, PUEDE distribuirlo, sin alterarlo, en las formas y veces que considere oportuno. PUEDE, en resumen, leer este archivo PDF como más cómodamente le resulte y distribuirlo tantas veces como deseé.

Además de lo anterior, y **sin la autorización explícita de los autores**: NO PUEDE distribuir los textos de otra forma que no sea este archivo PDF, NO PUEDE manipular este archivo PDF para modificar su contenido, NO PUEDE venderlo o distribuirlo de forma que su obtención obligue a pago alguno. NO PUEDE, en resumen, alterar este archivo PDF o comerciar con él o medios que lo contengan **sin contar con la autorización explícita** de los autores de los textos.

# Índice

|                                           |     |
|-------------------------------------------|-----|
| Introducción.....                         | 4   |
| PSICÓPATA.....                            | 8   |
| INTERCAMBIO DE GERARDOS.....              | 23  |
| RAZA SUPERIOR.....                        | 42  |
| 7:59 Ó LA REBELIÓN DE LOS PECES.....      | 52  |
| UNA FANTASÍA INFANTIL.....                | 68  |
| FALTA DE FE.....                          | 75  |
| EL HOMBRE NEGATIVO.....                   | 87  |
| LOS ETERNOS ROLES.....                    | 122 |
| QUERIDO NIETO.....                        | 142 |
| ALIENS, EL REGRESO (Spanish Version)..... | 168 |

## Introducción

Hace tiempo me sugirieron recopilar en un único volumen los mejores trabajos aparecidos en el Sitio durante el año anterior. La verdad es que la idea me daba un poco de pereza porque aún teniendo bien presentes los relatos, había que releer, repasar, decidir... Nada que supusiera un esfuerzo sobrehumano, pero había que hacerlo. Al fin, venciendo la pereza y la crónica falta de tiempo he encontrado los huecos y los ánimos suficientes para ponerme a la tarea y este es el resultado.

*PSICÓPATA* es la presentación en sociedad del periodista científico Theo Dungren. Pablo Montero

ya ha escrito otro relato protagonizado por él (*LA CAJITA DE MÚSICA*) y ha prometido no olvidarlo en el futuro. En esta ocasión Theo descubre que los psicópatas están en los dos bandos, en el de los malos, por supuesto, pero de manera más inquietante e insidiosa también en el de los buenos.

*INTERCAMBIO DE GERARDOS* muestra dos diferentes modos de ver la vida dependiendo del universo paralelo en el que se viva, aunque no es menos cierto que la culpa de todos los males no la tiene en qué dimensión se encuentre el universo en cuestión.

*RAZA SUPERIOR* relativiza la supuesta dimensión moral de unos alienígenas para nada amistosos.

*7:59 O LA REBELIÓN DE LOS PECES* profundiza en la relación entre un pez y su dueño. Sin duda, asombra la determinación de los peces dispuestos a escapar de su prisión.

*UNA FANTASÍA INFANTIL* cuenta como una ensoñación siendo niño cambió para siempre la vida de Hari Sheldon. Y la historia de todo un Imperio.

*FALTA DE FE* muestra como la constancia, la determinación y unas creencias consistentes permiten tener esperanzas fundadas en un futuro más optimista de lo que la circunstancias hacen suponer.

*EL HOMBRE NEGATIVO* habla de lo contrario, el fanatismo radical que lleva a romper con la vida y personalidad anterior.

*LOS ETERNOS ROLES* habla de dioses caprichosos y juegos más allá de la comprensión humana. Por supuesto, nada que convenga conocer a los mortales.

*QUERIDO NIETO* es una carta cargada de intención, Heinlein mediante, que un anciano dirige a su nieto, desatacado en el frente de batalla.

Por último *ALIENS, EL REGRESO (Spanish Version)* es un ensayo en clave cómica de como hubiera ido la cosa en LV-426, si en vez de una sección de chapuceros marines espaciales la misión hubiera estado a cargo de una bandera de la Legión.

En el futuro, naturalmente, irán apareciendo los volúmenes correspondientes a cada año, y en un

ejercicio retrospectivo compilaciones con relatos de años anteriores al 2009.

Permanezcan atentos a sus pantallas.

© Francisco José Súañer Iglesias

## PSICÓPATA

Pablo Montero Martín

—¿Nombre?

—Theo Dungren.

—Su identificación, por favor.

Theo sacó una pequeña tarjeta del bolsillo de su americana. Se la entregó al guardia de seguridad. El guardia se colocó unas diminutas gafas sobre el puente de su nariz.

—Theo Dungren, periodista científico —leyó en voz alta.

Theo carraspeó ligeramente.

—Así es —respondió—. Escribo para la revista Científicos, y tengo una entrevista con el profesor Marbens.

El guardia de seguridad levantó la vista de la tarjeta y, brevemente, miró a Theo. Después se dio la vuelta, tecleó una clave y el monitor mostró la agenda de aquella mañana.

—Cierto —murmuró, y luego dijo en voz alta—: Grant, acompaña al señor Dungren, tiene una cita con el profesor Marbens.

—Gracias.

Grant era un individuo alto y gordo. Con una seña le indicó que le siguiera a través de una pequeña sala sin ventanas, en una de cuyas paredes había una puerta metálica. Grant rebuscó en un pequeño armario y tendió a Theo dos calzas de plástico.

—Tenga, cúbrase los zapatos —dijo.

Atravesaron la puerta para recorrer un pasillo desnudo, pintado de blanco. Dos líneas rojas discurrían por el suelo de hormigón a pocos centímetros de cada pared y parecían señalar el camino a seguir. Mientras cruzaban aquel pasillo, Theo repasó mentalmente los sucesos que acontecieron durante esa última semana y que le llevaron a aquel Hospital: el anuncio de una

revolucionaria técnica quirúrgica en Neurocirugía, avalada por el especialista más prestigioso de aquellos tiempos, el profesor Marbens. Todo divulgador científico conocía la figura del profesor, su brillante carrera y la enorme influencia de sus investigaciones; sólo ignoraba el motivo que llevó al profesor a llamar al gabinete de prensa de su revista y requerir la presencia de Theo Dungren, periodista científico relativamente oscuro, que apenas había juntado media docena de escritos en la revista. Se suponía que aquello significaba un gran honor y un punto de inflexión en su carrera, y Theo procuraba estar preparado para ello.

Grant se detuvo delante de una anónima puerta de madera sintética, y la golpeó suavemente con los nudillos varias veces. La puerta se abrió, automática y silenciosa.

—Espere aquí —indicó Grant, antes de entrar en el gabinete.

Theo escuchó murmullos en el interior, y seguidamente unos pasos que se acercaban al umbral. Era Grant, y con otro gesto le señaló que entrara, antes de regresar al puesto de control. Así lo hizo

Theo. Detrás de un escritorio estaba el profesor, que en ese momento se levantaba para recibirle con una amplia sonrisa. Era un sujeto alto y delgado, con el pelo largo y canoso peinado hacia atrás con gomina, la tez morena por el sol, amplia frente surcada de arrugas, ojos azules ligeramente agrandados por unas gruesas gafas de pasta negra sobre una nariz grande y aguileña, los labios finos y el mentón recto. Vestía una bata blanca, pantalones tejanos y zapatos de cuero italiano. Se acercó a Theo, tendiéndole su mano. Olía ligeramente a perfume.

—Encantado de conocerle, señor Lundgren.

—Dungren.

—¡Ah! Sí, Dungren, perdone. Por favor, tome asiento. Veo que su revista se ha tomado interés enviándome con rapidez a uno de sus reporteros.

Theo se sintió molesto por aquella última palabra, pero procuró que no se notase.

—Profesor, creo que usted quería hablarme de su revolucionaria técnica —dijo.

—Sí, la técnica. Bien, supongo que lo mejor será que me acompañe a la sala contigua. Seguramente comprenderá todo más fácilmente.

Con pasó rápido, el profesor Marbens introdujo a Theo en otra sala. Accionó un interruptor y la sala se llenó de una fría luz blanca. Theo contuvo el aliento. En el centro de aquella habitación sólo había una mesa de cristal. Detrás de la mesa, sentada en una silla de respaldo recto, la figura de un individuo. Lleno de extrañeza, Theo se aproximó a aquel hombre. Era una persona madura de complexión fuerte, con el pelo rizado y algo escaso. Tenía la barbilla apoyada en el pecho, los ojos cerrados y las palmas de las manos sobre los muslos. Estaba tan inmóvil que parecía muerto. El profesor adivinó sus pensamientos.

—No se preocupe —dijo— está completamente sedado.

Theo apartó la vista del hombre y se dirigió al profesor.

—¿Quién es?

—¿No le reconoce?

El periodista observó al hombre durante un instante más.

—No.

Marbens tomó una bocanada de aire antes de contestar.

—Es Rolf Grittmann, el más cruel asesino en serie de los últimos años.

Theo retrocedió dos pasos por instinto. Su mirada llena de aprensión lanzó un interrogante al profesor. Este sonrió ligeramente.

—Este paciente está relacionado con los últimos avances en el tratamiento de la psicopatía. Es el sujeto de mis últimas investigaciones en este campo, y el objeto de que usted esté aquí —señaló el profesor, y como vio que Theo no acababa de comprender, continuó—: la psicopatía es un desorden cerebral. ¿Tiene usted hijos?

—¿Cómo dice?

—¿Tiene usted hijos?

—No —respondió Theo.

—Bueno, es igual. Imagínese que usted tiene un hijo adolescente. Una tarde llega a su casa llorando.

Usted le pregunta el motivo de su llanto, y él le responde que unos compañeros del colegio le han humillado delante de la muchacha que le gusta. En un instante, usted siente dos emociones. Una negativa que repulsa el comportamiento de sus amigos, y otra positiva que le empuja a demostrarle apoyo y comprensión. Esa respuesta casi instantánea sigue un proceso en el cerebro: todos tenemos, justo detrás de nuestros ojos, una zona en el cerebro llamada córtex prefrontal. Analiza los hechos y deduce que su hijo debe de sentirse desgraciado y envía una señal al sistema límbico, responsable de sus emociones. Inmediatamente, usted sentirá rabia y tristeza por su hijo, es decir, tendrá empatía con él. En el caso de los psicópatas, esta zona se halla afectada, de modo que no es capaz de realizar un juicio correcto, y así, no podrá enviar la señal adecuada al sistema límbico. El resultado es la falta total de empatía, la imposibilidad de sentir ternura, comprensión y solidaridad por los demás. El comportamiento del sicópata podrá ser dirigido por otras fuerzas, pero no por la bondad. Simplemente, son emociones ajenas a su cerebro.

—¿Quiere usted decir que los psicópatas son enfermos, no responsables de sus actos?

—¡En absoluto! ¿Está usted loco? ¡Tienen completo raciocinio, son plenamente responsables por sus acciones, y merecen el castigo! ¡No me venga con las viejas monsergas de la incapacidad legal!

El rostro del profesor había enrojecido de cólera, y Theo temió que aquello significase el fin de la entrevista y de su gran oportunidad, pero el profesor pareció calmarse. Se limitó a mirar al periodista severamente.

—Sólo pretendía apuntar una posibilidad —balbuceó Theo. El profesor pareció ignorar el comentario. En cambio, continuó disertando.

—Verá: de lo que se trata es de subvertir el estado de las cosas. Mi equipo de investigadores y yo hemos analizado el flujo de información entre el córtex prefrontal y el sistema límbico de estos sujetos, para lograr el cambio de que hablo.

—No tendrá muchos sujetos que analizar, ¿no es cierto? —apuntó Theo.

—¡Oh, no se deje engañar por lo que ve! —respondió el profesor—. La realidad es muy distinta: desde hace ya muchos años se sabe que la sicopatía afecta aproximadamente al uno por ciento de la población; esto representa, a las alturas de siglo en que nos encontramos, unos setenta millones de sicópatas repartidos por todo el mundo.

Marbens guardó silencio unos segundos para comprobar el impacto de sus palabras en Theo. Este estaba ligeramente pálido.

—Esos son muchos sicópatas —murmuró el periodista.

—Bien, tenga en cuenta que, en la mayor parte de los casos, se trata de lo que yo llamo los sicópatas silenciosos, los sujetos que no saltan a la primera plana de los periódicos, sujetos que en muchas ocasiones no llegan a ingresar en prisión por sus delitos. Piense en el vecino que pega a su mujer y maltrata a sus hijos, en el ejecutivo capaz de la mayor iniquidad, que sólo busca dinero y posición a costa de engaños y abusos hacia quienes le rodean; los violadores y los pederastas; personas que, en definitiva, manipulan a los demás para sus fines, sin

importar el daño que infligen, gente que convive con nosotros, que viaja en los mismos transportes que nosotros, que se cruza en la calle con nuestros hijos y para quienes no albergarían ni la más leve emoción positiva, ya que, recuerde, son incapaces de sentir empatía para con el prójimo.

El profesor cruzó sus dedos sobre su plano abdomen.

—Y finalmente, y por suerte —continuó—, tan sólo hay una pequeñísima fracción de sujetos que se convierten en asesinos. En ellos han confluído una serie de circunstancias: maltrato en su infancia, enfermedades mentales hereditarias, etcétera. Todo ello da como resultado criminales como el que tenemos aquí. Y no hablemos de los sicópatas que alcanzan el poder y la infraestructura necesarios para unos fines que ellos consideran más elevados: los genocidas. ¿Comprende usted que necesitamos una solución a tanto sufrimiento? ¿No es consciente de la enorme lacra que padece la Humanidad?

Theo volvió a observar a Rolf Grittmann. Parecía una estatua, pero podía percibir su pausada respiración.

—Desgraciadamente —proseguía el profesor—, todos los tratamientos psiquiátricos y psicológicos no han dado resultado. Los fármacos utilizados sólo aportan soluciones parciales que nunca llegan a reformar al individuo. La persona desarrolla la sicopatía desde sus primeros años de vida, y muere siendo un sicópata. En nuestra sociedad, simplemente, nos limitamos a encarcelar a estos individuos para que no provoquen daño, puesto que no podemos curarles. No obstante, mi equipo y yo creemos haber descubierto la solución a través de un implante.

—¿Un implante?

—Sí, un implante cerebral. Nosotros lo llamamos RCP, es decir, Reconfigurador del Córtex Prefrontal. Mire.

El profesor extrajo de uno de los bolsillos de su bata una pieza rectangular de plástico y se la entregó a Theo. Era transparente y flexible, algo mayor que una tarjeta de crédito, y su superficie estaba plagada de circuitos integrados. En cada uno de sus vértices habían practicado sendos orificios, posiblemente para conectar electrodos a ellos. Theo miró

inquisitivamente al profesor. Este introdujo sus pulgares en los bolsillos inferiores de su bata, visiblemente orgulloso.

—Mediante cirugía intracraneal, implantaremos el RCP en el córtex prefrontal de Rolf Grittmann. Estará conectado con un ordenador, que tiene instalado en su programa los patrones de córtex normales en un individuo. El implante reconfigurará esta zona, adecuando sus células para que sean capaces de analizar la realidad que rodea al individuo y de emitir los juicios correctos, enviando una señal al sistema límbico, el cual hará experimentar al sujeto las emociones comunes a cualquier persona no aquejada de sicopatía, por tanto, podrá vivir también emociones empáticas y positivas.

—Es decir —señaló Theo—, una vez reestructurada esa zona, el sujeto se habituará a esas emociones nuevas y se convertirá en una persona útil para la sociedad, ¿no es así?

El profesor meditó unos instantes la respuesta.

—Sí, es así. Al menos en principio.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que, antes de reformarse para la sociedad, primero deberá superar lo que hemos llamado el shock emocional.

—Explíqueme eso, por favor.

—Bueno, verá, la postura científica tradicional sostenía que el sicópata tenía total e irremediabilmente perdida la capacidad de la empatía; nosotros, en cambio, hemos descubierto que el cerebro del sicópata de alguna manera se las arregla para almacenar un registro de las emociones que no ha llegado a experimentar. Creemos que esto está relacionado con el hipocampo, responsable de la memoria. No estamos seguros, pero pensamos que cada acto malvado deja un rastro de dolor en el cerebro, una especie de huella nociva, que se guarda, que no llega a desarrollarse debido a la malformación. Nuestra hipótesis es que, cuando se reconfigure la parte afectada, se producirá una liberación masiva de las emociones que el sujeto debiera haber experimentado durante su vida, pero en un corto periodo de tiempo. A cada acción concreta le corresponderá una emoción dolorosa; una por una, y

para todos los hechos malignos que haya cometido desde que nació.

Theo luchaba por entender las palabras del profesor.

—¿Significa eso que sufrirá por todo lo que ha cometido? ¿Durante cuanto tiempo se acumularán esas emociones? —preguntó, cada vez más alterado.

—Creemos que en un minuto, aproximadamente. Sentirá todo ese dolor en ese minuto en particular. No es del todo seguro, pero estamos casi convencidos de que así será.

—En un minuto —Theo repetía las palabras como en una letanía. Sentía náuseas. Se sabía capaz de concebir la magnitud de lo que el profesor planteaba, y la mera idea de ser conciente de ello le hacía sentirse enfermo—. Dios mío, ¿tiene usted idea del castigo al que someterán a este pobre desgraciado? ¡Se volverá loco! ¡O simplemente, morirá! —Theo trataba de apartar de su cabeza el concepto de aquel insoportable y atroz sufrimiento. Todo el dolor de una vida, condensado en un minuto.

El profesor se encogió de hombros.

—Es un justo castigo a toda una vida de crímenes, ¿no le parece?

Theo le miró con el rostro desencajado.

—¡No, no, no! —balbucía— ¿No tiene usted piedad?

El profesor no respondió. Estaba en una esquina de la habitación, inmóvil, las manos a la espalda, la cabeza ligeramente inclinada hacia delante, sonriendo sin despegar los labios, mirándole sin pestañear.

© Pablo Montero Martín, 27 de mayo de 2009

## **INTERCAMBIO DE GERARDOS**

por Eduardo Delgado Zahino  
(Basado en hechos cuasi-reales)

Gerardo se despertó como todos los días, odiando su vida y jodido por no poder sumergirse de nuevo en la oscuridad inconsciente del sueño.

Aunque esa mañana sentía algo peculiar.

En el teléfono móvil se acumulaban los mensajes sin leer. Casi todos eran de las entidades a las que debía dinero y hacia semanas que no se molestaba en mirarlos. Nadie, aparte de esas empresas productoras de tarjetas de crédito y Hacienda tenía el más mínimo interés por él y su vida.

Se levantó. Sus ojos se fijaron en la enorme pelusa que vivía justo en medio de su dormitorio. Llevaba

allí días, pero una vez más no hizo el esfuerzo de cogerla y tirarla a la papelera. De todos modos estaba rebosante de porquería y seguramente se habría deslizado otra vez hasta el suelo. Sin embargo le resultó peculiar que esa mañana estuviera bailoteando. Parecía como si algo la alterase.

Se encaminó al servicio a iniciar la rutina de desahogo diaria. Mientras caminaba, con los pies descalzos, observó a las hermanas pequeñas de la gran pelusa del dormitorio, que se agitaban también del mismo extraño modo.

—Que raras estáis hoy —les recriminó.

Se miró en el espejo del baño. Estaba despeinado, ojeroso y con barba de dos semanas. Escupió varias flemas horrendas y se enjuagó la boca. Llevaba sin pasta dental cosa de cinco días y tampoco tenía dinero para comprar pero, como era hombre de costumbres, se pasó a pelo el cepillo por los dientes. Escupió saliva y sangre.

En la nevera no había nada, literalmente, así que ni se molestó en abrirla. La tenía desenchufada. Miró en el armario, quedaban unos restos de pan de molde

algo mohosos y una lata de paté. Lo pensó y decidió no desayunar, ya lo haría más tarde.

Sin trabajo desde hacía más de ocho meses, abandonado por su mujer hacía cinco y con aviso de embargo ni se acordaba desde cuando.

Gerardo veía pasar cada día de su absurda vida como si de una película de final predecible se tratase. Lo peor es que no tenía la más mínima disposición a mejorar su situación y es que, sencillamente, no le salía de los huevos.

Desde que el negocio fracasó la relación de Gerardo y Elvira había sido un deslizamiento cuesta abajo. La quería, a pesar de que los últimos años habían sido de una rutina insufrible, y creía que ella lo amaba a él, por eso se sorprendió cuando le dejó por otro tipo con trabajo y chalet en las afueras. No pudo culparla, después de todo aguantó muchos meses teniendo que comprar marcas blancas en el supermercado, lo que podía considerarse todo un esfuerzo por parte de ella.

En fin...

Gerardo guardaba una soga de diez metros en el armario de la ropa de su cuarto. Dos semanas antes había aprendido a hacer nudos corredizos mirando videos de YouTube. Tenía un plan. Una de las mañanas no sería como aquella, si no especialmente asquerosa y jodida, entonces iría al bosque y se colgaría de uno de los soportes de la torre de vigilancia abandonada del guarda... y a tomar por culo.

Si al menos le quedase algo de whisky podría pasar otro día en estado semi catatónico. Bueno, todavía tenía electricidad. Hasta el cuarto corte no se molestaban en arrancar los cables del contador y podía volver a conectarla cada vez que los de la eléctrica vinieran a interrumpirla por falta de pago, así que puso la tele.

Pero seguía sufriendo la extraña sensación de que aquella mañana no era igual que las demás y no era por el esperado sentimiento de exceso de asquerosidad y jodienda que le liberaría llegado el momento.

No, era otra cosa.

Había algo entre el sofá y la televisión. No podía verlo, pero de una manera inexplicable lo percibía. Siendo incapaz de compararlo con nada que hubiera sentido antes lo único que pudo decirse a si mismo fue que le vibraban las moléculas.

Las persianas estaban echadas, llevaban así más de dos meses y la luz temblorosa del televisor no le aclaraba la cosa. Se lió un cigarrillo con los restos de tabaco seco que aun quedaba en un paquete que encontró entre los despojos de comida, bolsas vacías y vasos sucios que se acumulaban en la mesita baja. Mientras quedase tabaco la cosa no iría mal, pero, ¿por qué le vibraban las moléculas?

La sensación no era desagradable, pero si inquietante, y como acontecimiento inquietante le proporcionaba algo de curiosidad inhabitual.

Lo que quiera que fuese estaba ahí, sobre la mesa baja, aunque no pudiera verlo. Alargó el brazo hacia la cosa vibrante y vio como su mano desaparecía de la muñeca. La apartó rápidamente y comprobó que seguía teniéndola. Había sentido algo curioso cuando tocó aquello, algo que solo pudo identificar como, calor solar. Se cagó en los muertos de la humanidad

entera en voz alta y como respuesta al exabrupto se le llenó la mente de recuerdos.

Recordó que ellos eran los ¿...? (por más que lo intentó no pudo entender el termino que utilizaban para definirse) y habitaban al mismo tiempo en todos los universos posibles y en todas las líneas temporales de cada uno de ellos, aunque no percibían diferencia alguna entre pasado, presente y futuro. Los ¿...? eran curiosos y les importaba un carajo. Siempre supieron el resultado del experimento que estaban llevando a cabo con Gerardo, pero tenían la obligación moral de realizarlo, más que nada para evitar paradojas temporales destructivas. Y eso era bueno, teniendo en cuenta que en realidad les traía al paio que el universo de Gerardo se fuera al infierno.

A Gerardo todos estos recuerdos explicativos no le resultaban extraños. Era como si los hubiera poseído siempre, aunque también era consciente de que no hacía ni cinco segundos que estaban en su cabeza. Se repantingó en el sofá y le dio una profunda calada a su pitillo.

—Evidente —dijo en voz alta—. ¡Menuda novedad!

Entonces recordó en que consistía el experimento. Se trataba de realizar un intercambio entre Gerardos de dos universos paralelos parecidos. En uno Gerardo era un tiparraco fracasado, desgastado de todo y a punto de suicidarse de la manera más idiota. En el otro Gerardo era un hombre que había sabido sacar adelante el negocio y tenía una vida bastante agradable, pero por algún motivo también iba a suicidarse.

Gerardo rememoraba estas cosas como si hubieran formado parte de su vida y creyó recordar también que la idea siempre le había parecido una gilipollez supina, pero no tenía otra cosa interesante que hacer esa mañana, así que se prestó de lleno al juego.

—Vale, entonces solo tengo que meterme en esa cosa de encima de la mesita y empezar a vivir la vida padre, pues bueno.

Recordó entonces que cada segundo que la ventana inter-dimensional permanecía abierta suponía un gasto de energía equivalente al colapso de cinco o seis universos deshabitados, tenía que darse prisa.

Prisa era lo ultimo que estaba dispuesto a tener y recordaba también que a los ¿...? les importaba una puta mierda que se destruyeran universos enteros para mantener abierta la puerta. Por eso decidió que antes de meterse en aquella cosa vibrante iba a realizar él su propio experimento.

—Voy a meter la cabeza —gritó al aire—. Quiero comprobar que no me arrojáis a un mundo sin atmósfera, o algo peor.

Le dio una ultima calada a su cigarro liado y aplastó la colilla en la mesa (el cenicero estaba tan lleno que no podía apagarlo ahí) se incorporó e introdujo la cabeza en la cosa vibrante.

Las persianas estaban completamente subidas y la luz del Sol le deslumbró, pero percibió que el salón tenía muebles mejores que los suyos y hasta estaban limpios. Mientras sus ojos se acostumbraban a la claridad pudo apreciar que en suelo no bailoteaban las pelusas de sus desvelos.

—Suelo sin pelusas —dijo después de sacar la cabeza y volver a su mundo de oscuridad y mierda—. Sólo por eso merece la pena intentarlo.

Recordó que los ¿...? sabían que iba a aceptar desde hacia una cantidad monstruosa de tiempo y que cualquier cosa que hiciera o dijera ya constaba en sus informes, por eso les mandó a la mierda y empezó a liarse otro cigarro.

—Tengo preguntas.

Recordó entonces las respuestas.

Supo que cuando llegase a la otra realidad tendría que hacerlo desnudo, pues la frecuencia a la que estaba sintonizada la cosa vibrante era la de las moléculas de su propio cuerpo y no la de la ropa que llevaba puesta. Supo que no se encontraría con su doble enseguida y que tendría que esperar unos minutos hasta que el otro Gerardo llegase del trabajo. Supo que no tendría que convencerle de nada, porque los ¿...? se habían encargado de hacerle recordar todas las explicaciones. Supo que el otro Gerardo disfrutaba con la idea de empezar de cero en una realidad donde las cosas le fueran mal, ya que realmente lo que le gustaba de la vida era el reto de mejorarla.

—Menudo imbécil debo ser en esa realidad —  
sentenció Gerardo y se encendió el cigarrillo.

Recordó que los ¿...? pensaban lo mismo, pero la obligación moral de llevar a cabo el experimento y justificar los resultados de los informes era lo importante para ellos.

Aunque por supuesto, también era cierto que a los ¿...? les daba igual.

—Pues me voy a terminar esto —afirmó Gerardo y le dio otra calada intensa al pitillo.

Recordó que los ¿...? ya sabían que iba a hacerlo.

Tardó cinco minutos enteros en fumarse el cigarrillo, mientras disfrutaba con la monumental idea de universos destruyéndose por su falta de prisa.

—¿Nunca os habéis equivocado y destruido un universo habitado por error?

Recordó que si, había sucedido en muchas ocasiones.

—¿Por qué tengo que ir yo primero?

Recordó que en su universo la puerta interdimensional estaba en medio del salón, justo donde tenía la mesita y que debía apartarla para poder pasar

evitando que el otro Gerardo se materializase con las moléculas de sus piernas entrelazadas con las de la madera de la mesita. (Así como las de la basura que había sobre ella)

—Entiendo, ¿y las moléculas de aire no son problema?

Recordó que no.

—Bueno, vosotros sabréis. Voy a pasar.

Apartó de una patada la mesita, dejando libre acceso a la cosa vibrante y comenzó a entrar despacio, pero entonces algo le impidió penetrar del todo. Era curioso, su cabeza y brazos entraban pero su cuerpo se resistía.

Recordó que tenía que quitarse la ropa, ¡imbécil!

Desnudo y cagándose en los padres de los ¿...? Gerardo atravesó el umbral de la puerta interdimensional.

Olía muy bien en su nueva casa. Era la fragancia preferida de Elvira.

—¡Joder, una pantalla plana! —gritó—. ¡De puta madre!

—¿Qué dices? —preguntó Elvira desde algún punto de la casa—. ¿Cuándo has llegado?

Así de primeras Gerardo no supo que responder.

—¿Cómo qué has salido antes de la tienda? —volvió a preguntar Elvira extrañada.

Gerardo saltó por encima del sofá y se metió precipitadamente en el baño. No quería que Elvira le viera desnudo, con barba de dos semanas y en definitiva con ese aspecto tan repulsivo. Sencillamente no lo entendería.

—Qué como has salido tan pronto cari —ahora su ex mujer estaba al otro lado de la puerta del baño.

—Es que... ¡ostias! que me ha caído encima polvo mata ratas y he venido a ducharme.

—Vale, vale, tranquilo hombretón ¿quieres que te ayude?

—No, no, ya me lo quito yo.

—Bueno, como quieras. Me voy a casa de Herminia que me va a enseñar los muebles nuevos. Vengo en un rato.

—Vale, tómate tu tiempo —no debió decir eso—. O mejor... no tardes mi vida.

—Qué voz tan rara tienes hoy, no pareces tú.

—Es que me ha caído mata ratas en la garganta también... pero no es nada, ya me lo quito yo.

—Quien te entienda que te compre —le espetó ella —. Besitos cari, ahora vuelvo.

La oyó caminar por el pasillo hasta la puerta de la casa, abrirla y cerrarla después de salir.

Gerardo se miró en el espejo. Su aspecto era verdaderamente repugnante en contraste con el bonito (y sobre todo limpio) cuarto de baño. Eso tenía que arreglarse.

Primero se afeitó con la maravillosa maquinilla que el otro Gerardo tenía en el precioso mueble acristalado, justo al lado del lavabo amarmolado. Después se dio un baño en la enorme bañera de hidromasaje, con gel del bueno y sales olorosas. Se duchó, porque sintió asco del agua negruzca que había dejado. Se lavó el pelo a conciencia con champú. Se cepilló los dientes cinco veces, una por cada día que no lo había hecho en su realidad. Se puso desodorante en crema en las axilas y se echó una buena cantidad de colonia de marca. Por ultimo

se peinó lo mejor que recordaba que sabía hacerlo y se prometió bajar a la peluquería en cuanto el otro Gerardo pasase por la puerta dimensional.

La puerta de la calle se abrió y alguien entró en la casa. Sonido de pasos graves de hombre, no de tacones. Gerardo salió del baño con una toalla a la cintura y se encontró de frente consigo mismo.

Tras unos chocantes e incómodos segundos el Gerardo triunfador habló.

—Te estoy viendo y todavía no me creo que todo sea cierto. Creí que me había vuelto esquizofrénico o algo.

—Pues ya ves macho. ¿Qué cosas pasan, eh?

—¿Y Elvira?

—Se ha ido a ver los muebles de Herminia.

—Ah si, me lo dijo ayer. Bueno ¿Qué tengo que hacer?

Gerardo pidió a Gerardo que le siguiera y le llevó hasta el salón, donde la cosa vibrante seguía colapsando universos.

—Tienes que meterte por ahí —le dijo.

—Que curioso. Es como... si te vibrasen las moléculas...

—¿Si verdad? A mi me pasa lo mismo —Gerardo dudó un momento y después añadió—. ¿Quieres asomar la cabeza? Puede hacerse, en serio.

—¿De verdad? —avanzó un poco hacia la cosa—. Que curioso.

Introdujo la cabeza en la puerta inter dimensional hasta donde le dejó el cuello de la camisa. Dos segundos después la sacó precipitadamente.

—¡La madre que te parió! ¿Cómo puedes vivir así? Gerardo se encogió de hombros a modo de disculpa.

—Te acabas acostumbrando.

—¿Y que eran esas cosas que pululaban por el suelo?

—Pelusas... creo que se mueven por culpa de la cosa vibrante.

—¿De verdad? En fin... voy a desnudarme —empezó a desabrocharse los zapatos—. Una pregunta Gerardo ¿Cómo es que Elvira te permite eso? Quiero decir... ¿tener así la casa?

—Bueno, en mi mundo no hay Elvira.

—¿Quieres decir que no existe Elvira en tu realidad?

—No, no... digo sí, es que me abandonó hace cinco meses... se fue con otro.

—Entiendo. No es un problema mayor. Creo que empezaré por limpiar la casa, me llevará varios días. Después buscaré trabajo... ¿Cómo andas de deudas?

Gerardo hizo cuentas unos segundos.

—Pues en total... unos cuarenta mil.

—Mejor dos trabajos y estudiar la posibilidad de pedir un préstamo para levantar un negocio —dudó un segundo—. Dime ¿hay crisis en tu mundo?

—Sí, sí que la hay. ¿Aquí también?

—Pues sí, lo siento. La cosa esta difícil.

Terminó de quitarse los calzoncillos y los tiró sobre el sofá.

—Pues voy para allá —dijo, dispuesto a dar el paso que le llevaría al asqueroso hogar del Gerardo fracasado.

—Espera un momento —le agarró del hombro.

—¿Qué quieres ahora?

—¿De verdad ibas a suicidarte?

—Lo tenía pensado, pero no era seguro —giró los ojos un momento como si recordase algo—. Aunque esos que tú ya sabes me han asegurado que al final iba a hacerlo y ellos lo saben todo, creo.

—Claro —todavía le sujetaba—. Otra cosa.

—Dime.

—Cuando las cosas empiecen a irte bien... ¿Piensas recuperar a Elvira?

El Gerardo triunfador se sorprendió un momento, para después dibujar una medio sonrisilla torcida en su rostro.

—¡Ni de coña! —entonces cogió la mano que Gerardo tenía sobre su hombro—. Lo que pienso hacer cuando las cosas me vayan bien es follar, tío. Fornicaré con la mayor cantidad de desconocidas que me sea posible.

Apartó la mano de su hombro con suavidad y saltó a través de la puerta dimensional.

—Espera... ¿Dónde guardas el tabaco? —gritó Gerardo, pero la cosa vibrante ya no estaba.

Recordó que el experimento estaba en marcha y que ya no era necesaria la comunicación.

Estaba solo en la casa.

Gerardo pensó que cuando Elvira volviese creería estar con su marido de siempre, pero lo que tendría sería un esposo resentido. Decidió que eso no podía ser. Se le presentaba la ocasión de retomar su propia vida soñada. No había echo nada para ganársela ciertamente, pero eso no significaba que fuera a perderla otra vez por desidia.

—Esta vez lo haré bien —le aclaró alegremente a la lámpara del techo.

Descubrió el mueble bar y le apeteció whisky. Mientras se lo servía pensó en lo que tenía que hacer, llegando a la conclusión de que aquella tarde la iba a disfrutar a lo grande con su mujer.

Se imaginó a si mismo, desnudo, abrazando a una sorprendida Elvira recién llegada de la casa de su amiga. La erección que obtuvo con estos pensamientos le sorprendió gratamente. Hacia meses que no le ocurría. Se quitó la toalla y saludó a su miembro viril de forma jocosa.

—¡Hola pene! —rió un buen rato y le dio un trago al magnifico whisky de su mueble bar.

Cuando Elvira llegó se encontró con su marido sentado en el sofá, desnudo, borracho y mirando la tele. Eso no pareció gustarle ni un poquito, pero entonces él se levantó y agarrándola por la cintura le susurró al oído.

—Te quiero Elvira.

Gerardo abrazó feliz a su esposa y descubrió que olía aún mejor que la casa.

No habían pasado ni tres meses de aquello y ya estaba hasta los cojones...

© Eduardo Delgado Zahino, 5 de junio de 2009

## **RAZA SUPERIOR**

por Guillermo Galli

Érase una vez el fin del mundo. Los hombres de entonces se dividían en tres grupos: estaban los que se habían quedado en sus casas a brindar con sus familiares y amigos; los que habían ido a esconderse a sus bunkers o refugios subterráneos y los que creían poder salvarse resguardándose en las terrazas de los edificios más altos. Para estos últimos, la altura de los rascacielos representaba la cúpula que los posicionaba por sobre el grueso de la humanidad. Aunque se respiraba la inminente extinción de la especie, entre la gente de las terrazas reinaba una calma relativa, alterada por el avance ocasional de unas naves alienígenas. Ocurría por primera vez en

los cielos algo que llamaba la atención de estas gentes; un espectáculo de luces y discos voladores daba muestra de una sensibilidad artística, de una superioridad tecnológica nunca antes vista en la historia de los hombres.

—Señoras y señores —irrumpió un Ingeniero Civil —, debo admitir que estoy maravillado. ¡Qué tecnología! ¡Cuánta creatividad la de estos seres extraterrestres! Dedicamos nuestras vidas al diseño de los rascacielos, y así de pronto, en apenas un par de horas, estas criaturas nos ganan en altura a bordo de sus platos voladores. ¡Magnánimos! ¡Qué soberbia!

La gente dispersa en la terraza comenzó a aproximarse al Ingeniero y muy pronto la conversación tomó fluidez.

—¡Fíjense en esa coreografía! ¡Qué destreza! —clamaban unos.

—¡Esto no es humano! ¡Cuánta delicadeza en los movimientos! ¡Cuánta precisión! —exclamaban otros.

—Por supuesto que no son humanos sino una raza superior —sentenció acaparando la atención un hombre calvo que sostenía una pipa entre sus labios—. Estos seres que vemos revolotear con tanta belleza sobre nuestros rascacielos están aquí de visita. Mi nombre es Frederik, pero pueden llamarme Doctor Hanssen.

Descubrir que se encontraba entre ellos un conocedor de las ciencias llenó a todos de un profundo orgullo. Sin embargo no dejó de resultarles sospechosa su intervención, al fin y al cabo nadie sabía exactamente a qué ciencias dedicaba su vida el Doctor.

—¿Podría satisfacer nuestra curiosidad? Veo que está usted al tanto de las circunstancias, Doctor Hanssen —dijo el Ingeniero.

—Con el mayor de los gustos responderé a todas sus preguntas. He estado investigando a estas criaturas superiores desde temprana edad. Estos seres representan el nivel más avanzado en la escala de la evolución interplanetaria. Ellos son ahora lo que nosotros seríamos en un millón de años.

Los presentes quedaron estupefactos. Por fin alguien se atrevía a declarar lo evidente. ¡Con qué seguridad respaldaba sus palabras! Ahora todo estaba dicho. Una raza superior visitaba el planeta Tierra en el día de su destrucción.

—Doctor Hanssen —tomó la palabra un anciano que cargaba un volumen enciclopédico—, teniendo en cuenta que nuestros ancestros al carecer de equilibrio usaban sus cuatro patas para atravesar las junglas o para huir de sus predadores, y sabiendo que hoy en día el Homo Sapiens, gracias al privilegio de la evolución, ha logrado el equilibrio perfecto al mantenerse sobre sus dos piernas, ¿tengo que pensar que nuestros visitantes intergalácticos, al ser superiores, caminan en puntas de pie? —dijo a la vez que ubicaba en su libro un gráfico de la evolución humana.

Todos estuvieron de acuerdo en que la intervención del anciano era interesante.

—Me asombra la agudeza de su pregunta, caballero —Hanssen exhaló una bocanada de humo y se tomó su tiempo para contestar—. Pero antes de satisfacerla me atrevo a preguntarle cuál es la universidad que ha

tenido el gusto, ¿qué digo? ¡el honor de tenerlo a usted entre sus graduados!

El anciano, incómodo, se encogió de hombros y respondió:

—Ninguna. En realidad estudié esta enciclopedia de memoria, en mis ratos libres.

—¡Un autodidacta! Me imaginaba. Créame que lo felicito. ¡No lo dejaré con la duda! ¡Señoras y señores! —anunció Hanssen con aire de presentador de circo mientras sostenía la pipa entre sus dientes y estiraba sus brazos a la altura de los hombros.

Cuando todos creían que intentaría tomar vuelo, levantó su rodilla izquierda y quedó parado en una sola pierna. Entre la gente brotó un murmullo de asombro que funcionó como reacción en cadena para terminar en un estruendoso aplauso.

—Levanto mis brazos —explicó Hanssen— para no caerme. Nuestro cuerpo no está preparado para el equilibrio perfecto. Sin embargo ellos, gracias a su grado evolutivo, ¡pueden caminar con un solo pie!

—¡Magníficos! ¡Soberbios! —estalló el Ingeniero — ¡No necesitan su pie izquierdo!

—Y créame, Ingeniero, que saben usarlo en muchas otras actividades —aseguró Hanssen.

—Dígame, ¿cuántos colores ven estas criaturas? —preguntó un renombrado artista plástico.

—¡Ajá! ¡Muchos más de los que usted se imagina! Pero nosotros tenemos mejor olfato —contestó Hanssen encogiéndose de hombros.

—¿Y de qué planeta vienen? —preguntó entusiasmado un adolescente pecoso y fanático de la ciencia-ficción.

—¡Por favor, niño! ¡Nunca se te ocurra hacerles esa pregunta! No tienen nada que ver con ningún planeta, ni siquiera con una galaxia en particular. Nacen y mueren en sus naves. En ellas recorren el espacio entero, que es su patria. No tienen nuestro concepto de pueblo, de tierra, de límites artificiales creados por las mentes inferiores. Tu planeta, mi planeta... ¡Nada de eso! ¡Su hogar es el universo! ¡El espacio cósmico del que somos parte y al que volveremos alguna vez, cuando nos llegue el fin!

De inmediato los presentes consultaron su reloj.

—Interesante concepto de vida —aseguró un monje tibetano que le-vitaba a espaldas del Ingeniero—. Me pregunto si serán capaces de soportar el dolor físico utilizando la meditación trascendental.

—Con todo mi respeto hacia su meditación —Hanssen hizo una reverencia—, le respondo que estas criaturas son quizás un poco más prácticas a la hora de evitar el dolor. Permítame el ejemplo, si a cualquiera de nosotros nos cortasen la punta de la nariz, no sólo sufriría la nariz, todo el cuerpo respondería a la pérdida con profunda aflicción. Ellos en cambio han logrado que si la nariz sufre, solamente ella sufra, ya que el resto del cuerpo no tiene por qué participar de su dolor.

—¡Pero Doctor! ¿Cómo hacen para que el resto del cuerpo no se aflija por la herida del miembro?

—Simple. El cerebro bloquea la información. El miembro sufre pero nadie se entera. Entonces sufre solo.

—¿Pero acaso la nariz no es parte del cuerpo? —inquirió el anciano consultando en la enciclopedia una lámina de Anatomía.

—¡Mi amigo! ¡Un miembro es parte del cuerpo siempre que al cuerpo le convenga! Cuando la nariz deje de sufrir, el resto del cuerpo le dará la bienvenida como si nada hubiera pasado.

—¡Fabuloso! —dijo el adolescente de las pecas que, como el resto de los presentes, no dejaba ahora de acariciarse la nariz.

Una lluvia de relámpagos provenientes de las naves invadió cada rincón del cielo. Por primera vez la gente de las terrazas sintió miedo. Todas las miradas buscaron la figura del Doctor. Era el único que podía brindar a sus mentes la seguridad que da la Ciencia.

—Sólo están tomando fotos. Que no cunda el pánico —intentó calmarlos Hanssen.

—Doctor, ¿cómo son los alienígenas? —volvió a intervenir el muchacho—. ¿Disparan rayos con sus dedos? ¿Son verdes y de ojos saltones?

—¡Qué insolencia niño! ¡Más respeto! —se ofuscó una mujer pelirroja ya entrada en años y de modales refinados—. ¿Acaso no ves de quiénes estamos hablando? —ya calmada y con una suave sonrisa en sus labios suspiró—. Son una raza superior, seguro

que sus pieles son blancas como la leche, puras, casi transparentes.

—¡Oh, no, no, señora! —Hanssen puso el grito en el cielo—. ¡Se equivoca usted! ¡Qué desactualizada! ¡En realidad son tan amarillos como un limón!

Un estudiante japonés despegó sus ojos de los binoculares que sostenía en la mano y sonrió orgulloso.

—Pero hay algo que no podemos negar, Doctor Hanssen —se apresuró el Ingeniero intentando salvar a la pelirroja—. Siendo superiores seguramente sentirán piedad por nosotros y practicarán la caridad. ¡Ya me los imagino enseñándonos los secretos de la Física y la Metafísica! ¡Compartiendo con nosotros su avanzada tecnología! ¡Integrándonos al sistema!

—No se imagine tanto, Ingeniero —volvió a intervenir la pelirroja—. Como raza superior, lo más probable es que odien nuestras pieles, nuestros olores, nuestras insípidas culturas —agregó casi disfrutándolo—. Lo más probable es que estén planeando esclavizarnos. ¡O segregarnos para siempre del universo oficial!

—Pues ambos están equivocados —interrumpió Hanssen—. ¿Amor? ¿Odio? No conocen las emociones —y exhalando una bocanada de humo resumió—, son superiores, practican la indiferencia.

El japonés con los binoculares apuntando hacia el cielo comenzó a temblar.

—¿Ven ese meteorito que se acerca? —retomó Hanssen—. Tiene el tamaño de toda Austria y se dirige exactamente hacia la Tierra. ¿Alguien cree que ellos harán algo por salvarnos?

Entre la gente de la terraza reinó el silencio. El Ingeniero agachó la cabeza y el monje tibetano dejó de levitar. Sólo quedaban cinco minutos para la colisión y todos sabían que no sería una raza superior la que evitaría el fin de los hombres.

—Al fin y al cabo, sólo están filmando un documental —suspiró Hanssen.

Los flashes alienígenas comenzaron a multiplicarse.

—Qué belleza de raza... —gimió la pelirroja enjugándose una lágrima.

© Guillermo Galli, 25 de junio de 2009

## **7:59 Ó LA REBELIÓN DE LOS PECES**

por Magín Méndez Sanguos

DÍA 1. YO. 7:59.

En aquella isla paradisíaca del caribe, flotando en un mar de nubes y brumas, pisando la arena blanca sin dejar huellas... Es extraño, siento alguna clase de miedo no muy definido, contestatario y repetido.

—¡Sí! —pienso afirmando sin demasiada rotundidad—. Empiezo a entenderlo, estoy en la madriguera de conejo, estos son mis fantasías. No puedo caminar con esta desesperanza en el mundo real, con este cansancio indefinible, con este ir y no llegar jamás, con esta pesadez muscular...

Y surgiendo suavemente del mar, entre los blancos algodones, una forma vaporosa e incolora. Entorno los ojos, y mientras mi esfuerzo parece infinito, luchando contra mi ficticia miopía, logro distinguir...

Bostezo, bostezo, bostezo. Yo no soy persona hasta que no he completado mi ritual mañanero. Hasta entonces soy sólo una extraña masa móvil de tendones, huesos y vísceras. Mi materia gris siempre se levanta 3 o 4 minutos después que yo. Con mis bostezos, mis estiramientos y la mecánica manera que tengo de echar de comer a mi pez, comienzan a llegar los primeros indicios de vida a mi masa cerebral.

Hoy es... Martes, o tal vez Miércoles, los detalles insignificantes nunca fueron de mi agrado. Lo importante es que tengo que ir a trabajar. Baño, pantalón, tostada, llaves y ánimo. Llamo al ascensor un par de veces, sin verdadera insistencia, con la paciencia que dan las tostadas bajando por el esófago y las ganas que hay de ir a ganarse el sueldo.

En cuanto piso la calle comienzo a sudar. No es normal. Un pie después del otro y mis articulaciones luchan por entrar en movimiento y conseguir una correcta lubricación. El calor ayuda, eso es cierto,

pero el sofá y la videoconsola compiten férreamente entre ellos por intentar crear un físico más desastroso.

Cojo el autobús rojo, me siento y — ¡Mierda! — se me escapa una voz gutural que no pasa apenas por las cuerdas vocales y suena como un íncubo ronco. Vuelvo a mirar y lo confirmo, los calcetines están del revés. Era de esperar, con los ojos a medio rendimiento son cosas difíciles de apreciar. Me saco las zapatillas sin muchos miramientos. Suena la radio por el altavoz, como siempre demasiado alto para estas horas: Científicos desconcertados ante la hola de calor en todo el planeta. Algunas mentes privilegiadas como el alemán ganador del Nobel Alfred Vaugh afirman la relación inequívoca entre el nuevo compuesto químico hallado en la atmósfera y las condiciones climatológicas que... escucho cual taladro en mi oído. La ventana está algo sucia, y tiene esa estúpida pegatina de publicidad de gafas de sol. Enciendo y miro a la gente a través de mi MP3, parecen moverse como en un vídeo musical, como en un ritmo casi coreográfico. Todos con prisa, todos con poca ropa, todos con calor, sudor y más sudor. Parece que pisan el suelo al ritmo de la base de hip

hop y que los coches frenan en los semáforos con las inflexiones en la voz del MC.

Tengo diez minutos para ordenar en mi cabeza lo que hoy me toca hacer. Misión imposible, como buen PC necesito aire acondicionado para que funcionen mis procesadores.

Lista mental: Regar orquídeas de la tercera fila, transplantar los ficus bonsáis, limpiar las hojas de la jardinera principal, regar todos los maceteros, ordenar las tarjetas regalo... la playa, el mar..., no eso no...

Nota mental: llevar al veterinario a mi pez. Llevo unas semanas notándole una sospechosa hiperactividad. Como no tenga cuidado saltará de la pecera y me dará un infarto antes de que llegue a caer en la tarima. Luego morirá sobre la madera y seremos como Romeo y Julieta y el forense nos encontrará tendidos en el suelo en amorosa postura. Pintarán una línea de tiza en mi contorno y otra con tiza azul a mi lado más pequeña y con forma de pez.

El ascensor sube con ese ruidillo característico. Me arreglo la camisa en el espejo y la señora que va a mi lado me vigila con gesto extraño. Giro la cabeza y

doy un paso hacia ella mirándola fijamente pero sin decir nada, aún cuando en mi rostro se lee claramente: ¿Quería usted algo señora? Ella retrocede unos centímetros con una mueca pero mantiene esa expresión desafiante. Desde luego si estuviésemos en la edad media y luchásemos contra un terrible ejercito bárbaro que osase venir a profanar nuestra adorada forma de vida y nuestra venerada y graciosa religión, nada me haría más feliz que tener de escudera a esta señora viejucha y pequeñaja, pero aguerrida y feroz. Sin duda capaz de encararse con diez luchadores de sumo con cara de malas pulgas y sin haber probado bocado en días.

Se bajó un piso antes que yo. Un segundo más y le hubiese dicho un par de cosas bien dichas. Algo así como darle los buenos días, pero dicho con retintín.

Entré en la tienda y enseguida me puse el mono de trabajo. Verde y feo, con un delantal a juego en color marfil, que en realidad quiere decir blanco. Pero eso no es lo peor, desde luego que no. Lo que realmente haría trepar del infierno al mismísimo Satanás, solo para tirarse desde el pico más alto en un suicidio ritual es: la gorra oficial. Tiene el símbolo de nuestra

empresa, una margarita de pétalos impolutos en blanco y un botón central en amarillo chillón. Con un ojo guiñado y una boca sonriente que siempre se me parece a la del malvado personaje que vuelve loco a Batman.

Mi jefa me saluda con un gesto característico de las ocho y media de la mañana, a medio camino entre un tirón muscular en el trapecio y ese tipo chulo que guiña un ojo en una discoteca digno del mal gusto de una película antigua. Respondo enarcando mis pesadas cejas.

Comienzo con la primera bandeja. Me gustan los bonsáis, tienen ese no se que, son especiales. Ese regusto a oriental, a épocas en los que la vida venía marcada por las recogidas de las cosechas, años en los que podías sentarte durante horas en una piedra contemplando la naturaleza y sin ninguna señora dispuesta a fulminarte con la mirada. Empiezo echando la grava para un correcto drenaje. Veo caer los granos, el tiempo se detiene, parece que caen a cámara lenta, pausados, blancos, armoniosos, como arena de playa, un déjà vu...

## DÍA 1. PEZ. 7:59.

Claridad. Luz. Dar vueltas en este recipiente. Más vueltas. Más luz. Mirar a todos los lados, revisar todas las esquinas, todos los salientes. Mordisquear estas plantas.

De repente muchísima luz, ahhh, ruido, vibraciones, tiemblan mis aletas. Más vueltas. Giros, reflejos. —¡Soy yo!— En el reflejo. Por primera vez. En mi mundo transparente. Soy consciente de mi existencia. Una gran sombra. No hay miedo, confianza. Cae comer. Velocidad, giro, esquivo la comida. Feliz, nadar, nadar, nadar, girar, girar, girar... El tiempo, el tiempo pasa, chispitas en la cabeza, chispitas...

## DÍA D. YO. 7:59.

Ya estoy corriendo por la calle, mis cuádriceps protestan, mis isquiotibiales ladran furiosos. Si Dios hubiese querido que los seres humanos nos moviésemos tan rápido nos habría puesto ruedas sin

duda. No puedo llegar tarde a trabajar. Estoy perdiendo el aliento, ya no sólo por el esfuerzo, sino por este maldito y pegajoso calor..., hasta Dante echaría de menos el aire acondicionado...

Llegué a la tienda de mascotas justo cuando el señor elevaba la verja de seguridad. Se oía un ligero run-run.

Me miró con esos ojos. Si. Esos ojos a medio camino entre el desprecio y la superioridad que creía que le daba su corbata oscura de marca frente a mi camisa desabotonada y mis bermudas medio rotas. Creía firmemente que yo no iba a ser su mejor cliente del día. Levanto con gran esfuerzo la metálica barrera.

—Buenos días —dijo con una brutal condescendencia. Respondí de igual modo pero con una amabilidad que me dejó sorprendido. Se ve que hacer la pelota se me da bien. Ya desde el instituto, siempre conseguía un par de puntos más en las revisiones de exámenes, y casi siempre tenía mis treinta minutos extra en la hora de llegada a casa después de mis salidas nocturnas de juventud.

Entramos juntos en la tienda. Lo que allí vimos nos dejó a ambos helados.

Era una de esas tiendas con un largo pasillo de entrada cuyas paredes están surcadas de acuarios con peces de miles de colores, bien alineadas y desde el suelo al techo.

Aquello parecía un musical de Broadway. Todos los peces alineados en filas, como matrices finitas en bases de datos. Formaban cubos, cilindros, esferas, a cada cual más perfecta y refinada, a cada cual más fantástica, barroca y loca.

Y al segundo siguiente... nada. Todos deambulaban con normalidad y el desorden aleatorio normal. Yo y aquel malhumorado tipo parpadeamos dos veces casi sincronizados, para al segundo siguiente continuar andando como si nada pasase. El asombro a veces parece gastado en el tiempo que nos toca vivir.

Le iba a preguntar sobre las actitudes de mi pez, si es que había llegado a la adolescencia o algo así, pero definitivamente ahora me parecía de lo más estúpida la pregunta. Mientras avanzaba por el pasillo miraba de reojo con temor las peceras que me rodeaban. A

mi sudor caliente se le unió un sudor frío y una piel de gallina contra la que no podía luchar.

Gire en redondo pivotando sobre mis zapatillas y salí de allí al galope. Mientras corría a empujar la puerta, sentí como miles de ojos se me clavaban como agujas de acupuntura en mi espalda. Céntrate pensé. Cartel: Tirar para abrir. Tiré con fuerza y cuando pise la ardiente acera mi corazón aún bombeaba a un ritmo demoníaco que azuzaba mis músculos y sentidos.

Avancé por la calle tambaleándome en los primeros pasos e inconscientemente buscando sombras. Todo el mundo iba con paraguas, por primera vez me paré a mirar y algo saltó en mi mente como una revelación. 20 de diciembre, 40 grados a la sombra, me he cagado de miedo con unos peces de colores... ¡Sin duda aquí pasa algo muy, muy malo!

MP3, rápido, enchufó un auricular, el otro me cuesta más, siempre se caen. Tan modernos, la ergonomía es un concepto que aún no ha llegado a las fábricas de Laos.

La cabalgata de las Valkirias y más volumen, más, 5-6-7-8-9... no da para más, el minúsculo aparato se queja con un agudo pitido de aviso, mis tímpanos resuenan con Wagner.

Giro hacia la calle principal, es una calle peatonal, cientos de personas en cada dirección, ordenadamente, con un crisol de paraguas y pequeñas sombrillas para protegerse de ese sol cada vez más aterrador.

Aquellos pobres olmos que bordeaban la calle hacía días que habían perdido su follaje. Tristeza total. De poder hacerlo, los habría cubierto todos con un toldo gigante, el típico pensamiento por defecto profesional. Los violines lanzaban con furia sus notas en mis oídos.

Y de pronto... todo cambió..., en menos de 2 segundos.

Paraguas y sombrillas volaron por el aire, formando casi el colorista repertorio en escena de la ópera que yo escuchaba. Algunos giraban y otros se volteaban en direcciones infinitas. Elevé la barbilla para mirar el espectáculo un momento y automáticamente la

bajé para ver desplomarse a todas las personas que caminaban delante de mí. Mi MP3 se fundió al instante, junto con todos los MP3 del mundo, junto con los millones de personas del planeta..., o eso creo.

DÍA 100. YO. 7.59.

En aquella cama de 1.50. Soñoliento, dormido pero despierto. Intentando levantarme de la cama. Estoy usando todas mis fuerzas, pero no me responden los músculos. Me hundo cada vez más como en arenas movedizas. Es un hundirse que no se acaba, que no tiene principio ni final. Veo el cielo, esos algodones teñidos de rosa y púrpura. Escucho mi despertador y me llega el miedo. Un temor inhumano, irracional y conocido. Sudo. Sudo mucho.

Y surgiendo desde algo parecido a un armario, entre una bruma inglesa de películas de Stephen King, una sombra se eleva.

Me despierto sobresaltado. Ahora siempre es así. Me sacudo la arena de los pantalones y busco mi

pecera. Nunca me muevo sin aquel recipiente esférico en forma de casco de buzo. Pez me mira con intrigantes ojos. Parece que cada día que pasa crece más, dentro de poco voy a tener que llevarlo en un barril. Y el barril en un carrito de un supermercado, quizá uno de esos que vi tirados ayer tras aquel edificio derruido. Desecho el pensamiento, no quiero volver atrás, es peligroso volver atrás. Me pongo mis gafas de sol y mi mítica gorra que parece reír al universo, y se me escapa una sonrisa arcaica y ligera. Hace algún tiempo habría vomitado sobre mis pies antes que ponerme ese ridículo atuendo. Pero todo había cambiado. Ahora ya no leo cómics, esto es un claro síntoma de que mis neuronas están degenerando. Quizá la fuerza eléctrica de antaño que corría sobre sus axones ha sufrido algún tipo de cortocircuito.

Arrastro un pie detrás de otro y cojo mi pecera bajo el brazo. Cuesta andar por la arena, pero no se porqué siempre acabo durmiendo en una playa. Quizá cuando el mundo era mundo, siempre quise ir a la playa en mi subconsciente, aunque siempre estaba

ocupado viendo la televisión o buscando algunas tonterías en Internet. ¡Ja! Otra sonrisa descafeinada.

Camino por entre los cascotes, subo a la derruida biblioteca. Me encanta ir a esos sitios. Leo algo y es como si hablase con gente. Cada día pienso que si no lo hago me voy a volver loco. Tomo prestado un par de volúmenes en edición de bolsillo.

No se donde estoy, es como andar por el laberinto del Minotauro. Aunque tampoco me importa, le he puesto nombre a esta ciudad: Arkham. Pero no el Arkham del psiquiátrico de Batman, sino la de Lovecraft, la original, la única. Busco en cada edificio raro y roto el Necronomicon. Fantasía. Es lo único que me queda.

Tal vez debí haber muerto aquel día, como todo el mundo. Tal vez.

Levanto la pecera al aire y la miro con aires de grandeza. Como Tom Hanks imitando a Hamlet, con aquel balón de voleibol con la cara pintada, en su película imitando a Defoe, imitando a... todo tonterías. Nada permanece.

Solo me quedas tu, rojito, aletas, panchi, decididamente algún día voy a ponerte algún nombre, antes de que pierda la capacidad de hablar.

Veo un pequeño roble de diez centímetros, luchando por sacar sus hojas a través de la ceniza y la gravilla, déjà vu...

Sigo mi camino.

DÍA 100. PEZ. 7:59.

Los fotones y la radiación ultravioleta está aclarando mi piel de un modo alarmante. Ya lo dije yo. Tengo que ultimar mi plan para salir de este recipiente esférico y resbaloso.

Repaso mental: Huir de aquí, coger carrerilla, saltar al agua grande, nadar sin parar, encontrarme con otros como yo, charlar sobre el origen de la vida, disertar sobre la caída de los grandes... Aaah, seré feliz, sin duda.

En medio de la ensoñación, recordé aquel fragmento que un día leyó el tipo grande que me lleva con esa flor sonriente en la cabeza:

Y el húmedo astro a cuya influencia está sujeto el imperio de Neptuno, se oscureció como si hubiese llegado el juicio final de un tal Shakespeare, un visionario sin duda.

© Magín Méndez Sanguos, 20 de agosto de 2009

## UNA FANTASÍA INFANTIL

por Antonio Quintana Carrandi

El doctor Varkryn salió del dormitorio, cerró la puerta tras sí y se encaró con el hombre y la mujer que aguardaban en el pasillo. Los rostros de ambos denotaban gran preocupación. Miraron al galeno con reverencial temor, como si esperaran que este fuese a anunciarles mil y una desgracias.

El hombre fue el primero en hablar.

—Y bien, doctor; ¿cómo está?

—Amigo mío, puede usted desechar todos sus temores. A su hijo no le ocurre nada en absoluto.

—¿Quiere decir... que se encuentra bien... realmente bien? —preguntó la mujer en un susurro. Sus manos se aferraban como garfios al brazo

izquierdo de su marido, como buscando el apoyo y la protección del cónyuge ante una respuesta negativa.

—Yo diría que se encuentra más que bien —sonrió tranquilizadoramente el médico—. He visto pocos muchachos tan sanos como su hijo.

—Sabemos que el chico es fuerte como un roble, doctor Varkryn. Pero lo que nos preocupa no es su salud física, si no... —la mujer calló, sin atreverse a terminar.

— ¿Su salud mental? —concluyó por ella Varkryn—. ¡Por favor! El muchacho está perfectamente en todos los sentidos. Puedo afirmar categóricamente que a su retoño no le pasa nada en absoluto. Es más; yo diría que es incluso superior a los demás niños en todos los aspectos. Incluido el mental.

—Puede que tenga usted razón, doctor —insistió el padre—. Pero esa tontería que repite cada poco, esa absurda obsesión por...

—Esa... obsesión, como usted la llama, no es más que una pequeña fantasía infantil sin importancia... Pero sentémonos.

Los tres recorrieron el corto pasillo hasta el pequeño pero cómodo saloncito. Tras un leve titubeo, el matrimonio se sentó en el diván, mientras Varkryn ocupaba un sillón frente a ellos.

—Su hijo, amigos míos, es un chico sano y normal en todos los aspectos. Ahora bien, posee una peculiaridad, más bien un don, que le hace distinto de los demás: es extraordinariamente inteligente y posee una mente hiperactiva.

—Eso es bueno, ¿verdad? —inquirió el padre.

—En principio sí —convino el galeno—. Pero esa inteligencia debe canalizarse adecuadamente, a fin de que el chico sea capaz de desarrollar todo el potencial que lleva dentro. Esa fantasía que tanto les preocupa no es más que la manifestación de una mente poderosa que necesita imperiosamente permanecer ocupada en algo.

—¡Pero lo que dice nuestro hijo es un disparate! —casi sollozó la mujer—. Cualquiera que le oiga repetir esas cosas pensará que ha perdido la razón.

—En efecto, es un disparate. Un disparate urdido por un cerebro en constante ebullición. Por eso es

preciso proporcionarle a su hijo algo en lo que pueda emplear al máximo sus capacidades, y que a la vez aleje las fantasías estúpidas de su pensamiento. Porque en eso estoy de acuerdo con ustedes: lo que repite continuamente es una majadería, y es conveniente conseguir que se olvide de ella lo más pronto posible, antes de que su mente se acostumbre al pernicioso ejercicio de alumbrar ideas absurdas.

—¿Qué podemos hacer para ayudarle?

—Ante todo, no le traten como si creyeran que se está volviendo loco o algo así. Capta todo lo que ocurre a su alrededor, aunque no se le cuente nada. En eso no es muy distinto del resto de los niños. Denle todo su apoyo y cariño. Eso es lo mejor que pueden hacer para ayudarle.

— ¿Y eso es todo? —preguntó la mujer, enjugándose una lágrima.

—No. Como he dicho antes, también necesitará algo que le permita ejercitar su inteligencia y sacar el máximo rendimiento a su potencial. He comprobado que posee una mente ágil, fría y analítica, impropia de su edad. Pienso que las Matemáticas, u otra

disciplina en la que éstas sean parte fundamental, serían perfectas para él. Yo les sugeriría que trataran de animar al muchacho a encauzar sus estudios en esa dirección.

Ellos se consultaron con la mirada.

—De acuerdo, doctor Varkryn; seguiremos su consejo —dijo él—. Pero sigue preocupándonos... Bueno, ya sabe...

—Sí, ya sé —Sonrió comprensivamente—. Pero insisto: desechen toda preocupación. Esa estupidez se le olvidará por completo tan pronto como pueda sumergir su mente en los maravillosos misterios de la ciencia Matemática.

Minutos más tarde, tras despedirse de los ahora mucho más tranquilos padres, Loork Varkryn, psicólogo infantil, abandonó el modesto hogar de aquella familia de clase media. A los mandos de su deslizador aéreo, y mientras regresaba a la capital del planeta Helicón, sector de Arcturo, el médico emitió una carcajada.

—Condenado crío —murmuró—. ¡Mira que decir que el Imperio está a punto de caer! ¿Cómo se le

habrá ocurrido semejante tontería? ¡Un imperio que existe desde hace doce milenios...! ¡Condenado crío!

En su cuarto, el pequeño Hari Sheldon meditaba sobre la visita del doctor Varkryn. Sus padres creían que estaba enloqueciendo, eso debía ser. Por eso habían llamado a ese psicólogo. Nunca había visto ninguno, pero estaba seguro de que ese hombre era un profesional de la psicología. ¿Qué había impulsado a sus padres a llamarle? Hari analizó la situación y en medio minuto dio con la respuesta. Su sueño. Aquel sueño que venía repitiéndose noche tras noche desde hacía tiempo. Nunca debió hablar a sus padres de ese sueño en el que veía precipitarse al abismo el Imperio Galáctico, para ser sustituido por una larga Era de Oscuridad. Había sido un error decírselo. Después de todo, sólo era un sueño. ¿O no? Hari intuía que aquello era algo más que una simple fantasía onírica. No podía explicarlo, pero sabía que aquello iba a ocurrir, que el Imperio que había regido los destinos de una humanidad extendida por toda la galaxia estaba próximo a caer. Y sabía también que, de algún modo, él, Hari Sheldon, el hijo de un

modesto cultivador de tabaco, sería el hombre elegido por la Historia para proporcionar futuro y esperanza a la humanidad cuando llegasen los siglos de oscurantismo.

Se levantó de la cama en la que estaba sentado y se acercó a la ventana. Con la frente pegada al cristal, vio al doctor Varkryn salir de la casa y meterse en su vehículo, que de inmediato alzó el vuelo y se perdió en la distancia.

No. No debía mencionar jamás su sueño. Los demás no lo comprenderían. Tenía que guardar silencio, estudiar y prepararse para cumplir su misión, cualquiera que ésta fuera.

...y así, Hari Sheldon inició la andadura que le conduciría a la creación del llamado Plan Sheldon y al establecimiento de la Fundación. Enciclopedia Galáctica.

© Antonio Quintana Carrandi, 10 de septiembre de 2009

## FALTA DE FE

por Jacinto Muñoz

—Todo esto te daré, si postrado ante mí, me adorases.

—¡No me toques la polla! —dije dejándome caer en el suelo.

Estábamos en lo alto de un pináculo de forma cónica de unos ciento cincuenta metros de alto; a nuestro alrededor, hasta donde alcanzaba la vista, una llanura rojiza, seca, desolada, infinita.

—Éste debe ser el punto más alto de este planeta.

—¡Cuanta agudeza!

—En una como esta, es decir, en la montaña más alta de la Tierra, fue donde Satanás llevó a Jesús en su última tentación.

Sólo a él se le podía ocurrir semejante estupidez en un momento como aquel. Perdidos en el culo del universo, a años luz de cualquier posibilidad de rescate, con nuestra nave destruida y oxígeno para dos o tres días como mucho, y el muy idiota se ponía a elucubrar sobre mitos y fantasías. Y lo peor de todo es que la culpa de tener que aguantar a un espécimen como aquel, en los últimos momentos de mi existencia, era sólo mía ¡Mierda! ¿Por qué me habría dejado convencer?

—Vamos Marcos, no es tan mal tipo —había insistido el comandante.

—Si no lo será, jefe —había replicado yo— pero la división está llena de buenos tipos que nos son religiosos.

—¿Es por eso? No seas ridículo, hace mucho tiempo que dejaron de ser peligrosos.

—Ya, pero siguen siendo unos plastas insufribles.

—Es un buen piloto y tu necesitas uno.

Maldije la jubilación de mi anterior compañero.

—¿Y por qué éste?

—Porque también está sólo.

—¡Está sólo porque nadie le aguanta más de un mes!

El jefe agitó una mano en el aire quitándole importancia al hecho.

—Por eso recurro a ti, porque eres mi mejor hombre, el más veterano y el más maduro.

Sonrió con una amplitud que venía a decir: hazme este favor y yo lo tendré en cuenta. Cedió.

Eres un alma cándida, solía decir mi madre, todo el mundo se aprovecha de ti. Cuanta razón tenía, la pobre.

Y una vez más pagaba las consecuencias de mi bondad, aunque en ese momento, aguantar su cháchara era el menor de mis problemas.

—Sabes, las tentaciones de Jesús marcan el inicio de su vida pública.

O no.

—¡Quieres dejarme en paz de una vez con tu maldito Jesús! — desconecté la radio del casco, él, no sin reticencia, se calló. Volví abrir el canal.

—Aquí no pintamos nada volvamos a la nave.

Habíamos subido allí porque no teníamos otra cosa que hacer, los sensores apenas habían captado detalles mientras cruzábamos como un bólido la enrarecida atmósfera y era la única manera de buscar algo. Cualquier cosa que nos diera una esperanza de sobrevivir. La planicie roja era el resultado de dos horas de marcha.

Regresamos, él, dale que te pego y yo, con el volumen al mínimo sin hacerle el mínimo caso. El módulo de mando estaba diseñado para resistir accidentes como el nuestro y había cumplido su propósito: mantenernos con vida y guardar reservas de oxígeno y alimentos para varios días. Perfecto, de no ser por un pequeño detalle: la hiperbaliza, nuestro único medio para comunicar con la base estaba jodida sin remedio. Uniendo a esto que el salto fallido que nos había llevado demasiado cerca del campo gravitatorio de aquella roca, también nos había sacado de todas las rutas conocidas: la posibilidad de recibir ayuda de la base era de una entre un trillón.

\* \* \*

Bueno, cuando uno se mete a explorador conoce los riesgos y de algo hay que morir, me dije.

Mi compañero no me dejó mucho tiempo con mis tristes y resignadas reflexiones.

—¿Sabes que tienes nombre de evangelista?

—¿Qué?

—Los evangelistas son los autores a los que se atribuyen los escritos que recogen la vida y enseñanzas de Jesucristo.

—Ah.

—En realidad hubo más, aunque sólo cuatro son reconocidos por la Iglesia, se les llama canónicos.

—Ah.

—Marcos es el autor de uno de los cuatro.

—¡Vaya! seguro que mi padres estaban pensando en él cuando eligieron mi nombre.

—¿De veras?

—No tengo ninguna duda —mi respuesta le dejó pensativo durante un rato, un descanso que agradecí infinito.

—¿Tus padres eran cristianos? —rompió para mi desgracia su silencio.

—¡Joder! No. Era una broma —Respondí hastiado — Mis padres sabían de evangelistas y canónicos, lo

que la mayoría de la gente: nada. Y les preocupaba exactamente lo mismo que a mí: nada.

—Me lo temía —dijo apenado, lo lamenté y me arrepentí al instante, la pena no le duró mucho— Volviendo a las tentaciones, tu tocayo Marcos apenas las menciona de pasada mientras que Mateo y Lucas las detallan a modo de diálogo con un alto contenido teológico.

—¡Quieres callarte ya, por tu Dios o por lo que quieras! —acabábamos de llegar a los restos de la nave y sólo teníamos por delante una larga espera hasta agotar el oxígeno— ¿Quieres hacer el favor de dejarme morir en paz?

Me miró con cara de profunda extrañeza, a punto de callarse, pero no pudo.

—¿Tienes miedo a la muerte? —preguntó muy serio.

—No —repliqué— tengo miedo a que tú cháchara no me deje dormir.

Abrí la escotilla, me colé dentro de un salto, me tumbé en mi asiento y me inyecté la cantidad suficiente de sedante para dormir ocho horas, sin

sueños y sin el zumbido continuo de su voz en mis oídos.

—Yo sí.

¡Allí seguía! Acechando, esperando a que me despertara para seguir machacándome.

Tardé unos segundos en darme cuenta de que continuaba con la misma conversación y quizá porque me encontraba de buen humor después del sueño, decidí seguirle el juego. De modo que tenía miedo a la muerte ¿no se suponía que ellos creían en una vida mejor en el más allá?

—Me sorprendes. ¿No ganáis el paraíso después de una vida de observancia y fidelidad a vuestros preceptos?

—No es tan sencillo.

—¿Ah no? ¿No has sido un buen cristiano, eh? has sido un... ¿como decís vosotros?

—¿Un pecador?

—Eso —confirmé con una mueca cínica.

—No me refiero a mis faltas, todos somos pecadores, todos dependemos de la gracia de Dios, me refiero a que no es tan sencillo tener fe.

—Sólo los ignorantes tienen fe —gruñí con desprecio. El estaba hablando muy en serio y lo último que yo deseaba era que comenzase a desnudar su alma conmigo.

—¿Por qué crees eso? —preguntó más extrañado que ofendido.

—Porque sólo a alguien con menos de dos dedos de frente y poca capacidad de razonar se le puede ocurrir que hay un dios al que no vemos pero que nos creó y tiene un plan para nosotros que consiste en hacernos cumplir un montón de normas a cual más absurda.

—No se trata de seguir unas normas sino de buscar lo que nos hace más personas, lo que... ¿Crees que soy un idiota y un ignorante? —preguntó de pronto.

Volví a sentir lástima, a fin de cuentas era la única compañía que me quedaba en mis últimos momentos.

—No, no creo que seas idiota, eres un buen hombre y un buen piloto, imagino que tus padres te educaron para creer en lo que crees... Yo que sé.

—Te doy pena, pena de un pobre chico manipulado y crédulo.

¡Sólo me faltaba que después de aguantarle el sermón se me pusiera digno!

—Déjalo, vale, me voy a ver si encuentro algo aprovechable entre los restos del fuselaje —Lo dije para largarme de allí. Los restos del fuselaje se extendían a lo largo de cientos de kilómetros y estaban mas quemados que mi paciencia.

Cuando regresé dormía, me quedé sentado observando la hiperbaliza rota, como si mirarla con fijeza obrase la magia de arreglarla. ¿Magia? Temí estar empezando a perder el uso de mis facultades mentales y tras seis horas de soledad casi eché de menos su inacabable charla.

Despertó, me miró, sonrió y empezó de nuevo.

—¿Crees que todo esto que nos rodea surgió porque sí?

—Por mi, lo que nos rodea en estos momentos bien podía no haber surgido nunca— respondí, arrepentido de haber deseado volver a escucharle en un momento de debilidad.

—¿Por qué te resulta tan inaceptable la idea de un Dios creador, de un propósito para nuestra existencia?

—Explicame, por favor, que propósito puede tener para tu Dios que estemos aquí tirados.

—No lo sé, los caminos del Señor son inescrutables.

—Me temía una respuesta como esa. ¿Por qué no le preguntas? Según vosotros podéis comunicaros con él, mediante no sé qué cosa.

—Mediante la oración.

—Lo que sea, llámale de mi parte y dile que venga a rescatarnos, él o alguien de la base, da lo mismo.

Guardó silencio unos instantes y para mi sorpresa asintió.

—Nada se pierde por intentarlo —dijo y juntando la manos miró al techo y comenzó a murmurar una letanía incomprensible.

—Que tengas suerte —total, igual que yo, él podía ocupar el tiempo que le quedaba como le viniera en gana— yo voy a echarme otra siesta.

Soñé que, contra toda lógica, llegaba el rescate.

—Dédalo, aquí nave de rescate Quasar, respondan.

—Dédalo, aquí nave de rescate Quasar, respondan.

¡Qué demonios! No estaba soñando, era una llamada real.

Mi compañero observó mi despertar muy satisfecho de sí mismo.

—¿Sigues creyendo que la fe es una estupidez?

—¿Qué coño dices? —farfullé sin comprender.

Miré alrededor el muy idiota había destrozado la radio relativista lo que también nos dejaba incomunicados en el espacio normal. El mensaje de la Quasar estaba llegando a través del receptor del traje que no tenía alcance para responder. También había desguazado casi todo el panel de control. ¡Mierda cósmica! por una casualidad entre millones, una nave pasaba cerca y se iba a largar sin enterarse de que estábamos allí porque mi compañero...

—¿Qué has hecho? —pregunté alarmado.

—Mientras te dedicabas a dormir sin hacer nada, arreglé la hiperbaliza —explicó.

Volví a mirar más despacio, con aquellos restos, había construido un condensador cuántico de aspecto casero, pero funcional. La hiperbaliza estaba emitiendo y como un irresistible imán atraería a la

Quasar hasta nosotros aunque no contestásemos a su llamada. Era el protocolo básico de seguridad. Aquella chapuza no figuraba en ningún manual de supervivencia.

—Muy ingenioso, ¿Cómo se te ha ocurrido?

—Tuve una inspiración divina —se limitó a responder con una gran sonrisa.

¡Maldito plasta hijo de puta!

Jacinto Muñoz

© Jacinto Muñoz, 16 de octubre de 2009

## EL HOMBRE NEGATIVO

por Mauricio Del Castillo

AzrAzr permaneció inmóvil en la habitación. Parecía ser que estuviese en otro lugar, al aire libre, en un lugar solitario. A pesar de los años a cuestas, su cuerpo seguía manteniéndose en excelente forma. No había el menor deterioro en él. Su piel, una suerte de revestimiento negro semejante a la obsidiana, resplandecía. Para Barnes, el secretario de la Suprema Federación, se trataba de una imagen escalofriante.

—Nunca nos tomaron en cuenta —dijo AzrAzr por fin—. Hasta ahora.

—Entre usted en razón —dijo Barnes—. Mírese: luce como un joven, pero piensa como un viejo. ¿Podrá cambiar su forma de ver las cosas?

—Ustedes temen perder su poder. Por eso nos odian.

El rostro del secretario cambió de expresión.

—No nos gusta lo que hacen con sus cuerpos —dijo—. Deberían estar de acuerdo con las leyes de la naturaleza —se acercó un poco más, casi en frente de AzrAzr, y enfatizó—. Tómelo como una recomendación, maniquí.

Al abrirse la puerta, apareció un hombre de corta estatura y mirada viva. Portaba la insignia del laboratorio y una visera al nivel de sus ojos.

—Encantado de conocerle, señor —dijo, con una sonrisa radiante. Quiso darle la mano a AzrAzr, pero éste no reaccionó al gesto.

—¿Quién es usted? —preguntó AzrAzr con extrañeza.

—Iván Margullis. Jefe de la Unidad Retentiva.

—Nunca los había oído.

—Es porque somos nuevos en esto —dijo Margullis.

—Entiendo. —AzrAzr aguzó la mirada y exploró a los hombres que estaban allí. La semejante apariencia en ellos le provocó una sombría impresión.

Barnes consultó la información que llevaba en la mano y, con una voz áspera y dura, dijo:

—Alguien nos informó que usted estuvo presente en la Fiesta de Unidad. Justo ese día y justo a esa hora.

—No recuerdo haber estado en ese lugar —declaró AzrAzr.

—Veamos... Aquí dice que durante su tercera sesión de tratamiento usted pronunció algunos enunciados en estado semiconsciente. Allí reveló su presencia en la Fiesta de Unidad; hubo varios testigos que lo corroboran. Pero nosotros sabremos los detalles de lo que ocurrió.

—¿Se refiere al registro de memoria? Me pregunto cómo funciona.

—Tenemos algunos problemas con la calidad de imagen —explicó Margullis—. La mente retiene a detalle cualquier estímulo en sus cinco sentidos. Por varias razones se pierden recuerdos en más de un 80

por ciento. El registro de memoria parte de un sistema de transferencia, el cual penetra en el cerebro y estimula las neuronas que tienen almacenada la información perdida. La serie de imágenes y sonidos quedarán plasmadas en granos de almacenamiento dentro de una lámina cristalina. Con la fecha de inicio, así como fechas clave, podremos retroceder y adelantarnos en el momento que nos interesa.

—Con lo que aporte a la Suprema Federación —informó Barnes—, se le devolverán sus derechos. Podrá seguir burlando a la muerte cuanto le plazca. Pero llegará el momento en que se aburra, y entonces pedirá la eutanasia.

—Sí. Sentiremos el momento propicio para retirarnos —contestó AzrAzr, seriamente, como si ese tema fuera sagrado—. El camino al desierto se entreverá. Al llegar ahí tendremos la oportunidad de ver cada amanecer y cada ocaso. Así lo estipula el deseo contenido en nuestro cerebro. Las flores crecerán y nosotros las acompañaremos.

Barnes y Margullis se miraron, con la duda y el escepticismo en sus rostros.

El secretario susurró:

—Está loco. Realmente ha perdido la cabeza.

El laboratorista miró el reloj de la estancia y anunció:

—Creo que ya es hora. Después de usted, señor AzrAzr.

Al salir lo esperaban agentes de seguridad. El cuerpo de AzrAzr avanzó de forma recta y segura. En sus ojos deambulaba una insensible actitud. Había frialdad en ellos, como si estudiara este mundo a su alrededor y le fuera indiferente.

Arribaron a un cuarto en donde se hallaban más laboratoristas. AzrAzr los miró en silencio.

—¿Dónde está Kintto? —preguntó—. Esto debe ser importante para él. Estaba muy excitado la primera vez que conversamos.

—Buenas noches, señor AzrAzr —digo la imagen del Ministro Kintto emergida en una pantalla circular. Sus inquietos ojos azules contrastaban con su edad avanzada—. Disculpe que no esté con usted, pero me es imposible acudir. Debe comprender que soy un hombre ocupado.

AzrAzr no respondió.

—Es importante saber la identidad del asesino —continuó el Ministro Kintto—. Esto sucedió hace mucho tiempo, pero cuando se esclarezca la muerte del Ministro Lainer muchos entenderán las causas que nos han traído a este punto. La historia se escribirá sin huecos, señor AzrAzr.

—Sin huecos —repitió AzrAzr, más para sí que para el conjunto de hombres que lo observaban.

—Cuando murió el Ministro Lainer en la Fiesta de Unidad —continuó el Ministro—, en realidad no se alteró el camino que tenía previsto para el mundo. Auguró grandes logros, pero creemos que las consecuencias de su muerte ya empiezan a ser perjudiciales hoy en día.

AzrAzr lo miró fijamente y preguntó:

—¿Qué consecuencias?

—El Clan Solar. Imagino que lo conoce.

—Sí, por supuesto.

—Al principio era una herejía, una chifladura —dijo el Ministro Kintto—. Ahora es todo un fenómeno social. Señor AzrAzr, este grupo comienza a

desplazar a las religiones de hoy en día. Sé que hay pocos estados laicos en el mundo, pero este susodicho clan va más allá de los individuos y sus dogmas. No creen en dioses o en milagros. Ellos han buscado los milagros en la ciencia, en la educación, en el arte. Y, me cuesta trabajo admitirlo, hay algunos que se han infiltrado en la política.

»El Ministro Lainer era un defensor del derecho a creer en religiones; en cualquiera. Al parecer, era un estudioso de la teoría e historia de la religión. El tema lo fascinaba. Fue un agnóstico, pero intuyó un cambio en los fundamentos del hombre, el resurgimiento de un extraño culto.

»Y acertó. Poco tiempo después surgieron reportes de este culto. No eran muchos los seguidores, pero gente importante se unió a ella. Construyeron santuarios de reunión, divulgaron su causa e impartieron estudios acerca de ello. El Ministro Lainer tuvo una extraña postura al permitir que siguieran proliferando. Hay un peculiar fragmento de su texto Los percusores del cambio en el que dice : No asevero ni rechazo la reinvencción del hombre. No hay razón para creer en ella pero tampoco tengo

medio alguno para oponerme. Pero si existiera alguna forma de saberlo, lo probaría por el mero hecho de existir. A pesar de eso, el Clan Solar observó a nuestro honorable líder como el principal obstáculo para su causa. Todo apunta que así fue. Lo único que necesitamos es una prueba de que ellos planearon su muerte. Si es así, las intenciones del Clan Solar serán conocidas por el ojo público.

» ¿Se imagina lo que sucederá con el surgimiento de una postura contradictoria? A falta de fe comenzará la gente a transgredir, a abandonar las leyes que los códigos morales expresan, surgirá una total anarquía. Sin una dosis de respeto hacia la voluntad humana, nuestra vida sería imposible. Nos destruiríamos en rebeldías insensibles, en cóleras sin objeto. Actos de salvajismo, robos, violaciones, esclavitud.

—Ahora entiendo —dijo AzrAzr. Reparó con atención a los susurros nerviosos que proliferaba en la sala. Su delgado y oscuro cuerpo lucía con más intensidad.

—Entonces sabe la delicadeza del asunto y de porqué está usted aquí —declaró el Ministro—. Sé que puedo confiar en usted.

—No.

El rostro del Ministro cambió de expresión.

—¿Qué dice? Confiamos en que usted nos dijera quién.

AzrAzr reflexionó antes de apuntar:

—Me es indiferente su conflicto. El contenido de sus palabras es un terreno que no alcanzo a concebir. Sólo espero llegar al desierto y dormir el resto de la eternidad.

—¿De qué está hablando, maldito desquiciado? —estalló Barnes—. ¿No le importa lo que suceda con la humanidad? Usted está podrido, AzrAzr. No queda más que un patético simulacro de lo que alguna vez fue.

—¿Cómo sabe que la toma de poderes por parte del Clan Solar no será perjudicial para usted y su grupo? —quiso saber el Ministro Kintto—. ¿Lo ha pensado bien?

—Por lo que sé —objetó AzrAzr, con un tranquilo acento en su voz—, es que ellos aún no se han puesto en contra de nosotros. ¿Eso qué significa? Significa que si toman el control, habrá un cambio en la apreciación pública hacia nosotros. Nos integraremos a la sociedad sin escondernos y sin ser señalados. Nadie volverá a vernos con rechazo.

—Vamos, señor AzrAzr —dijo el Ministro, con disimulo y paciencia—. No podemos fallar en esto. Este crimen no debe quedar impune.

AzrAzr giró con lentitud su rostro y miró directamente la imagen del Ministro Kintto.

—Su peculiar aplicación de la justicia es una falacia —dijo—. Usted adopta una postura conservadora y no aplicable a los intereses del hombre. Eso nunca cambia.

El ministró pareció contrariado. Por primera vez se le veía despojado de su estatus.

—AzrAzr —empezó—, permítame exponerle algo. Usted y sus camaradas quieren atravesar y derretirse bajo el infernal calor cuando lleguen al desierto. Nadie en esta habitación entiende lo que eso

significa. Sólo usted. Pero, ¿no se ha puesto a pensar que tal vez ya no siente simpatía alguna por la causa humana? Lo que yo he visto en usted es un rechazo al mundo y a la humanidad.

AzrAzr se puso de pie.

—Nunca los hemos rechazado —declaró—. Esa no es nuestra intención.

—Será mejor que se siente —fue la sugerencia del Ministro, con un pequeño atisbo de orden.

AzrAzr volvió a ocupar el asiento.

—Dígame, ¿qué lo hizo tomar una decisión como esa? —preguntó el Ministro Kintto—. ¿La de convertirse en un hombre negativo? He oído decir que no cualquiera lo hace. Se gana mucho y se pierde mucho. Cuando se toma una decisión como esa, es por una causa egoísta. Debió ser por algo. Quizá era huérfano. ¿Drogadicto? ¿Indigente, acaso?

Los ojos sin pupilas de AzrAzr parpadearon.

—Debí tener mis razones —dijo—. Pudo ser la mejor decisión que tomé. Decisiones como esa cambian a los individuos y los hacen trascender en algo más grande.

El Ministro miró interrogativamente aquella figura.

—Bien, no indagaré más en eso. Lo que importa es que usted se someta al registro de memoria.

AzrAzr miró con cierta reserva al Ministro.

—¿Piensa que lo haré? —preguntó.

Barnes se inclinó sobre la mesa y tomó a AzrAzr del brazo.

—¡Engendro, hijo de perra! —gritó—. No estamos jugando.

El hombre negativo se limitó a observarlo.

—Déjelo, Barnes —ordenó el Ministro Kintto.

El secretario no obedeció.

—¡Le ordené que lo dejara!

Lo soltó. AzrAzr se cuadró al instante y volvió a adoptar la misma postura, como si nada hubiera pasado.

El Ministro Kintto guardó silencio y miró agudamente a AzrAzr.

—¿Qué piensa hacer con él? —preguntó Barnes con desagrado.

El Ministro se dirigió al hombre negativo y le preguntó:

—AzrAzr, ¿qué pensaría si le digo que tenemos en marcha un programa de ayuda para negativos? Tendrán lugares fijos de convivencia, además de que la Suprema Federación tiene intenciones de reconocer oficialmente a la red de clínicas. Dejarán de ser clandestinas. Es lo menos que puedo hacer por usted ya que lo retendré bajo su voluntad —por último ordenó—: Llévelo a su habitación.

La imagen se desvaneció. Dos hombres de seguridad escoltaron a AzrAzr y salieron.

El secretario Barnes lo siguió con la mirada.

\* \* \*

AzrAzr reposaba sobre la cama, con los brazos cruzados sobre el torso y la mirada perdida en el techo. Pensó en el desierto, aquella porción de paraíso que le esperaba. Faltaba mucho tiempo para llegar a ese lugar, pero los negativos no conocían la impaciencia. Sólo vivían de sueños, y a ellos se abrían paso libremente.

La luz estalló por encima de él.

Sobre el umbral de la puerta apareció una joven. Llevaba el cabello muy corto e intensamente negro. Tez muy blanca y ojos tan francos que proyectaban su alma. Por un momento quiso volverse hacia la puerta, pero se detuvo. Su retraimiento impidió que diera el siguiente paso.

AzrAzr se puso de pie y la miró, como si contemplara un ciervo perdido. Por un momento nadie dijo nada. Ella no se atrevió a alzar la mirada.

—No temas —dijo AzrAzr con una voz suave, un sonido semejante a una tonada melancólica—. Acércate.

Ella obedeció, dudosa. Ocultó su rostro ante la penetrante mirada de él. Alcanzó a decir por fin:

—¿Es usted AzrAzr?

—Mi identificación en la red de clínicas —confirmó él—. Es lo más semejante a un nombre.

La presencia de los guardias postrados en la entrada, además de la constante vigilancia a la que era sometido, le dieron la idea a la joven mujer de que trataban con un prisionero. Muchas de las

medidas empleadas por el Ministro Kintto no eran aprobadas por ella. Ésta era una de ellas.

Se acercó lentamente hacia AzrAzr y dijo:

—Mi nombre es Daína Lanier. Soy la hija del Ministro Lainer.

—Es correcto —expresó AzrAzr—. Suena bien. No puedo concebir otra designación uniestructural en ti que no sea ésa.

La imagen del negativo pareció difusa a Daína. No creía hablar con un hombre de carne y hueso sino con un molde o símbolo, un aparato de frases hechas.

—¿Estuvo usted presente en la Fiesta de Unidad?  
—quiso saber.

El negativo no respondió.

—¿Sabe cuál fue su primer nombre? —La voz de Daína volvió a hacer eco en la habitación.

—No lo sé —contestó por fin AzrAzr—. Pero supongo que era la designación de un enfermo. Caminaba como una sombra, como todos. Cuando se camina así no hay un verdadero destino. Se actúa conforme a las circunstancias. En cambio, un ave vuela al nido y cuida a sus críos. Las circunstancias

lo hacen llegar a tiempo o tarde. Pero siempre llega. Las circunstancias cambian al hombre. Se vende muy rápido a ellas. Lo único que le queda es ajustarse.

Daína dio la espalda a él rápidamente. Se encogió con una mueca de horror.

—¿Quién lo hizo? ¿Quién mató a mi padre?

—Cuando un hombre destruye la vida de otro —dijo AzrAzr—, su causa no tiene verdadera lógica. Tan sólo se trata de un arrojito primitivo de los instintos a causa del miedo. Es difícil, dentro de la mortalidad y la banal existencia de algunos, hallar la verdadera razón de su comportamiento. No hay paz en él.

»La buena convivencia entre los hombres no se mide con pensamientos e ideologías, sino con su comportamiento. En la red de clínicas pueden despojar de todo aquello que ciega la realidad. La pregunta es: ¿Qué tan dispuestos están a renunciar a todo aquello que los caracteriza?

Ella no entendió qué quiso decir con eso. Unió con fuerza su mano al pecho y suspiró profundamente. Un escalofrío recorrió su cuerpo.

—Tócame —pidió el.

Daína lo contempló, absorta.

—Tócame —repitió AzrAzr. La bata que lo cubría cayó al suelo. Sus piernas eran extremadamente largas; ni muy anchas ni muy delgadas. La redondez y elasticidad de sus músculos se contorneaban con estética perfección. Su entrepierna era un simple continuo de carne oscura, sin vello púbico y sin sexo alguno.

Daína intuyó que el tratamiento no sólo se limitaba al rejuvenecimiento, sino que había otro tipo de medidas mucho más drásticas.

La mirada que proyectaba AzrAzr repetía la misma orden.

La joven se adelantó hasta él, vacilante, y alzó un dedo. Tocó los labios del negativo. Estaban secos y fríos, casi helados. Los retiró y tuvo que girarse para ocultar su emoción.

AzrAzr dijo:

—No soy más un hombre. Lo que alguna vez fui está muerto y yo viviré mil años. Cuando eso suceda sólo quedará el desierto. En el desierto...

Daína comenzó a sollozar muy quedamente. Su frágil cuerpo temblaba en la oscuridad del cuarto. Apretó los párpados. No soportaba siquiera mirarlo.

Él continuó:

—En el desierto.

—¡No lo diga! —Lo interrumpió Daína, con un amargo tono—. ¡No quiero saber qué pasa en su desierto! La pérdida de mi padre tiene mucho más sentido del que usted se imagina. Él tenía causas justas hacia su pueblo. Creía que sus ideales lograrían trascender; que los inspiraría y los haría ser mejores personas. Siempre tuvo la satisfacción de hacer lo mejor por el bien del planeta.

AzrAzr mantuvo fija toda su atención en la joven. Aquella criatura exteriorizaba una emoción difícil de entender para él. Lo había percibido con anterioridad al estar con los hombres del Ministro, pero en esta ocasión tenía más intensidad.

Era rencor. Rencor hacia él y hacia lo que representaba: el sueño de utopía, un paraíso al que ha sido negado la humanidad desde el momento en que apuntalaron un arma de sílex en las cavernas.

Él continuó callado, sin reparo alguno.

—Usted tiene la oportunidad de hacer algo correcto —dijo Daína, más tranquila—. Sé que las posturas de los negativos son extremistas y muchas veces sin sentido. Pero conciben el mal como un comportamiento por erradicar. Sí es así, le pido por última vez se someta al registro de memoria. El Ministro Kintto hace uso de su autoridad para obtener lo que quiere. Yo simplemente confío en su buena fe, AzrAzr. —Recogió la bata del suelo y la extendió sobre los hombros de AzrAzr.

Él aceptó el gesto con una leve inclinación de cabeza.

—Eres auténtica —dijo—. Nunca había visto eso en un ser humano. Un rasgo sobresaliente. Los hombres son egocéntricos por principio. Su identidad, su «yo» está por encima. Lo tienen en mente todo el tiempo. Pero cuando se descubren a los demás, optan por otros rasgos, otros caracteres. Sin un juicio de verdad, sostienen sus intenciones hasta lograr su misión.

—Usted, a pesar de mostrar desinterés por nosotros, parece conocernos en el fondo —observó ella.

Sin parpadear, AzrAzr dijo:

—Al llegar al desierto, la verdadera eternidad y todos los secretos que esconde el universo se abrirán. Incluso la naturaleza del hombre.

—Usted no lo ha visto —reprobó ella—. No hay modo de que lo sepa.

—Como tampoco —dijo AzrAzr completamente dueño de las palabras y de su postura— hay modo de que ahora lo entiendas.

Daína ahogó un suspiro.

El aparato de comunicación en la estancia se puso en funcionamiento. La voz de Margullis informó:

—El equipo está listo, señorita Lanier. ¿Quiere usted pasar a la sala de registro? Muchos estarán presentes para.

—Sí —dijo la joven—. Necesito estar lo más cerca posible.

Daína fue acompañada por los guardias, justo detrás de AzrAzr, callada, con la sensación de no

pertenecer a nada y a nadie en el mundo. Vacía por primera vez desde hacía mucho tiempo.

La expectación era evidente en la sala de registro. Eran pocas las personas presentes, el número necesario para no hacer de aquello una noticia. Algunos hombres de política y ciencia intercambiaban comentarios mientras esperaban. Barnes estaba ahí, en primera fila, con la mirada turbia y las piernas cruzadas.

En frente estaba formado un colosal cubo de metal el cual acaparaba todas las miradas. Al fondo de la sala, un rectángulo dividido en doce cajas holográficas desperdigaba gruesos cables por el suelo, principalmente conectados al cubo.

Margullis, sentado en un costado y rodeado por los indicadores del equipo, se frotaba las manos con expectación.

AzrAzr fue llevado al cubo, le dirigió una mirada a Margullis y dijo:

—¿Qué cree que puedan encontrar? La mente es un engaño continuo.

—Señor AzrAzr —dijo Margullis—, no contradiga un hombre que trabaja con la mente.

La puerta se abrió como una pesada bisagra. El interior del cubo estaba oscuro, pero el encarnado fulgor de una silla estaba ahí. Los ojos de AzrAzr brillaban en un atisbo de duda mientras le cerraban las pulseras sobre sus muñecas y tobillos.

Una enfermera se acercó a él. Tanteó con un dedo una vena de su brazo y se dirigió a él:

—No dolerá nada. —Sonrió con gesto amable—. Será más fácil para usted si permanece consiente a medias.

Él asintió.

La enfermera introdujo una delgada aguja por debajo de la piel. AzrAzr no hizo el menor movimiento. En segundos, un extraño líquido circuló a través de la sangre. AzrAzr notó cierto frescor hasta quedar en estado soñoliento. Sus parpados se agitaban como dos lentas persianas. Sus funciones vitales, vistas a través de un monitor, habían decaído.

La enfermera informó al mismo tiempo de que cerraba la puerta:

—Doctor Margullis, el paciente se encuentra listo para el registro. Podemos empezar cuando usted quiera.

El laboratorista dijo en tono moderado:

—Serie de estimulación número 1. Cinco milivoltios a mi señal. Fuera luces, por favor.

La luz menguó. El rectángulo holográfico se tornó azul.

—Inicie el registro.

Oscureció por completo. Uno de los monitores parpadeó en un pálido resplandor. Los invitados parecían caer en un confuso temor.

—Serie de estimulación número 2. Tres milivoltios a mi señal. —Aguardó unos momentos y después dijo —: Ahora.

Un instante después, el rectángulo desprendió rápidas imágenes: flashes, formas y sonidos. Todo sucedió en vertiginosos segundos. El proceso se detuvo después de grabar la memoria de AzrAzr.

—Registro completado —indicó una voz por el audio.

La puerta del cubo se abrió. Los ojos de AzrAzr estaban casi fuera de sus cuencas. En su boca se dejó ver un delgado hilo de saliva deslizándose por un costado hasta llegar al pecho. Las aletas de su nariz se hincharon hasta que comenzó a respirar convulsivamente.

Barnes se acercó e hizo un gesto hacia Margullis.

—¿Alguna sugerencia en la búsqueda, doctor?

—Poseemos dos registros: el humano y el negativo. Lo primero que debemos averiguar son fechas clave. El nacimiento, por ejemplo, y otros acontecimientos ya verificados por el equipo de inteligencia. De ahí partimos a una simple comparación con el registro. Lo sabremos en poco tiempo.

—Consiga un primer plano y parta hacia atrás —habló el secretario con firmeza—. Busque cualquier mínimo detalle.

—Debe tomar en cuenta que sólo contamos con la visión del paciente —advirtió Margullis—. Lo que él haya enfocado, es lo que veremos con más nitidez. Los contornos y los últimos planos serán difíciles de ver.

Barnes mostró una desafiante mirada de desaprobación al laboratorista.

Margullis se volvió al equipo de reproducción. El anfiteatro volvió a oscurecerse. Enseguida, una luz grisácea en el rectángulo comenzó a pulsar. Un sonido cacofónico y repiqueteante fue percibido por todos los presentes.

—Bien. Ya tenemos calibrada la medida en el registro.

Un contador digital inició su camino hacia delante. Margullis ofreció un primer plano. Sombras comenzaron a emerger en una danza. Retazos de color y representaciones desenfocadas. El equipo inició correcciones a detalle. El primer vistazo estaba casi listo.

Daína observó con atención: un recuerdo hecho imagen, una sensación de gran intensidad en la que usualmente uno se retrae así mismo para comenzar a evocar aquellas visiones que sólo tienen cabida en la memoria. Ahora, sin esfuerzo, podía ver y escuchar el pasado.

Era mediodía. 20 años atrás, en algún lugar del mundo. Se observaba una ancha calle con cientos de personas a sus costados en plena efervescencia. Los resplandores dorados cobraban forma de naves de combate, mientras que las primeras vibraciones de la música se aproximaban. El sendero estaba despejado para darle paso a los carros alegóricos. La multitud comenzó a gritar con excitación. Calle abajo se auguraba una explanada, perfectamente acondicionada para el evento: La Fiesta de la Unidad.

La vista del individuo intentó mirar más allá de lo que podía. Quiso abrirse paso entre la enmarañada masa. De pronto, un espacio se despejó ante él, pero surcaban hasta el hastío un sin fin de personas. Un torrente de brazos. Bocas abiertas. Ojos por doquier.

—¡Mucha gente! —gritó, sin que fuera advertido—. ¡Esto es demasiado! ¡Déjenme pasar!

Alcanzó una esquina hasta internarse en un callejón. Poco a poco se diluyó la multitud. Subió dos peldaños con gran esfuerzo y se aplastó contra el suelo, exhausto.

Vigiló los dos extremos del callejón y advirtió un pasaje que atravesaba una hilera de edificios. En su visión no parecía haber cabida para titubeos.

Los sonidos se acentuaron. Una banda marcaba el ritmo de la melodía. La multitud avivaba el evento. Giró la cabeza y fijó la mirada en un templete. Fuera de una nave, los hombres de poder sonreían ante la buena acogida. Uno de ellos recogía la mayoría de miradas: El Ministro Lainer era viejo, provisto de una barba abundante y una insólita sabiduría. Estuvo totalmente a plena vista, complaciente al público, y estos agradecían el detalle. Se incorporó sonriendo y con los brazos alzados hasta llegar a la valla. Sus escoltas lo siguieron.

El hombre se adelantó unos cuantos metros. Su boca expulsaba cortos y rápidos jadeos al tiempo de que su abdomen se comprimía con la valla. La mirada intensa de un guardia se trabó con la suya.

—Atrás —indicó éste, con un brazo levantado—. Aléjese, por favor.

Miró al guardia y tragó saliva. El latido de su corazón pulsó en breves intervalos. Un destello resplandeció súbitamente.

El rostro del guardia advirtió algo.

—¿No me escuchó? ¡ Le di una orden!

El guardia estuvo a punto de dar una señal de alerta cuando se vio fulminado por la descarga.

El individuo dio un saltó por encima de la valla. Un instante después ya había ganado unos metros más. Ondeando un tubo de energía en todo lo alto, midió cada paso, sombrío, cada vez más cerca. Y nada podía evitarlo.

Al mismo tiempo en su interior, oscuro y enfermo, aún frecuentaba un alma incompleta, de capacidades nunca heredadas. Se propuso un solo punto: su propia liberación. Esperó el resurgimiento, ese estado trascendente que le permitiría ver al mundo desde otra perspectiva. Lo que alguna vez el hombre convencional nunca se percató, ahora él lo vería con claridad.

Instintivamente se miraron a los ojos con un último rictus de despedida.

El ministro levantó los dos brazos por encima de él, con una expresión solemne en el rostro, como si, de un modo tácito, aceptara el acontecimiento que sucedería ante sus ojos. El ciclo de silencio, indolencia y sometimiento estaba por terminar. El anciano inclinó la cabeza con humildad. Supo que debía morir.

La voz del perpetrador sonó agresiva, lacerando al mundo y al anciano que tenía en frente de él:

—¡Anuncio mi redención!

Dos ráfagas, la fuerza de dos mortales detonaciones derrumbaron al anciano y lo dejaron tumbado, boca arriba, sin una mitad del rostro y sin voz que se dejara oír. En instantes, un charco de sangre se extendió sobre el suelo.

Surgió un vaivén de formas sin definir. Hubo algo en él que se entretejió, cómodamente adaptable. Las fisuras fueron cubiertos hasta redefinir un nuevo ser, puro y cristalino. Sus ojos se cerraron. Sólo quedaba el ruido de la confusión en general.

La imagen se detuvo.

Los reunidos se pusieron de pie en la sala. Los gritos y los improperios transcurrían como una marea incontenible. Barnes trataba inútilmente de llamar a la calma.

Daína tembló, presa de sí misma. El testimonio le parecía irreal. Una alucinación. Contempló la fisonomía hecha sombra de AzrAzr. Ahí estaba: débil y extendido.

—Todo se derrumbó —dijo Barnes, aún sin creer lo que había contemplado—. Ahora tenemos como contraparte una sola fuerza. El Clan Solar y los negativos... —Continuó, con el rostro helado—: Ellos no son dos grupos diferentes. ¡Son uno solo! Para proteger sus identidades y no revelar sus acciones, deciden someter sus cuerpos a una restauración de células.

Nadie se movió. El corazón de Daína dio un vuelco tras conocer la terrible verdad. Contuvo la furia dentro de ella, y al hacerlo se derrumbó en el suelo. Barnes y varios asistentes la auxiliaron.

Margullis permaneció en la consola de registro. Su vista recorrió los datos del registro de memoria y las fechas clave.

—Señor secretario, siento interrumpirlo. Me temo que ha sucedido algo extraño con la grabación. Los registros humano y negativo han quedado plasmados en la lámina con éxito. Pero tropecé accidentalmente con este detalle.

—¿De qué detalle habla? —preguntó Barnes, inquisitivo.

—Las imágenes que observamos no provienen del registro humano, sino del registro negativo: su segunda vida.

Barnes se sintió inmediatamente estupefacto.

—¿Quiere decir que siendo negativo, asesinó al Ministro Lainer? —exclamó—. ¿Es lo que quiere decirme? Si es así, ¿dónde se encuentra el registro humano?

—Al parecer... —continuó Margullis, también confundido—. Al parecer hay un pequeño lapso en el que se acoplan, señor. Sé... Sé que no tiene sentido.

Los otros se quedaron mirándole, sin comprender.

—No —dijo Barnes, con voz trémula—. Eso no es posible.

Margullis sacudió la cabeza y dijo:

—Eso no es todo. Ya he visto las imágenes del registro humano, y al parecer no corresponden a AzrAzr sino a otra persona completamente diferente. Señor secretario —continuó el laboratorista—, creo que debe ver esto.

Cuando Barnes observó las imágenes en el monitor de la consola, su expresión se sumió en un silencio.

Daína fue la última en ver a través de la mirada del Ministro Lainer. Y antes de que sus ojos se cerraran, vislumbró al asesino. En su oscura mano aquella figura portaba un tubo de energía.

Daína retrocedió.

—No. No. ¡No! —exclamó.

La sala estalló en impropiedades por parte de los asistentes. Los murmullos se convirtieron en sollozos y lamentos.

AzrAzr abrió los ojos, como si cobrara vida de nuevo. Le pareció salir de un sopor que no había tenido en mucho tiempo.

Barnes levantó la vista y, con una voz casi insostenible, dijo:

—Él... Él es el Ministro Lainer.

—Creo que es más que eso, señor secretario — interrumpió Margullis—. La restauración de células nunca ha entrado en la prioridad de la red de clínicas. Al parecer, se encargan de la reproducción asexual de células, fecundadas con los cromosomas de los propios pacientes.

—¿Qué dice? —preguntó Barnes, alarmado—. ¿Se trata de una clonación?

—Sí. Esto debió ser planeado por el propio Ministro. Sabía que moriría. Él apoyó desde un principio al Clan Solar; es por eso que adoptó una postura pasiva. Se inmoló a consecuencia de esta adoración al culto, esta segunda nueva vida.

El hombre negativo miraba boca arriba sin parpadear. Su oscuro cráneo brillaba por el sudor.

—Un caos... —dijo en tono tembloroso—, una irracionalidad. Sólo había una forma de acabar con ella. Me quemaba por dentro.

Su voz se perdió repentinamente en un susurró.

Daína se acercó y miró el rostro inconsciente del negativo, cerca del borde de la silla.

—El desierto —continúo AzrAzr en una infinita paz—. A eso se reduce todo. Así debe ser. Ese es el lugar. El propósito de toda una vida.

Daína contestó desolada, como si las diferentes partes de su cuerpo se marchitaran, cayeran bajo su inevitable peso y fueran arrastradas por el viento:

—Sí... Así debe ser.

—Pero todavía hay tiempo. Para mí. —AzrAzr tenía ahora el aspecto de una frágil criatura—. Aún faltan varios procesos, varios descubrimientos que debo conocer.

Daína sintió las miradas dirigirse a ella, expectantes. Una idea cruzó su mente: De alguna forma, su padre no estaba muerto. Era él . Un negativo. El enorme y penetrante dolor la perturbó. Sin embargo, un cierto sentimiento de culpa, tal vez de remordimiento surgió en ella. Las lágrimas subieron a su rostro. Se restregó los ojos y entonces lo supo: Ella debía heredar el poder y la responsabilidad de su padre, el Ministro Lainer. Éste

era su deber como nueva ministro. Y no había cabida para nada más, ni siquiera para cualquier tipo de benevolencia.

—Padre —susurró Daína—. Padre, lo siento.

Tiempo después, cuando la sala de registro se vació, AzrAzr fue llevado con movimientos suaves a un cuarto continuo. Ahora faltaba un último procedimiento.

Ahí le esperaba un grupo conformado por un jurado, un juez, un fiscal.

Y un verdugo.

© Mauricio Del Castillo, 29 de octubre de 2009

## LOS ETERNOS ROLES

por Balint Feri

**Bien**, os voy a contar algo aunque estoy convencido de que no me vais a creer.

Todo empezó hace más de un año, cuando después de una larga ausencia había vuelto uno de mis mejores amigos. Podría decir el más cercano, porque nos hemos criado juntos y, de todos, sólo Marin se había quedado a mi lado por lo menos hasta partir en la misión. Era el responsable de seguridad de una expedición a un sistema solar lejano, tengo que estar de acuerdo con él en que es mejor que nadie sepa adónde. Me contó mil y una cosas impactantes sobre las ruinas de una civilización que parece haber desaparecido antes que el hombre mirara hacia las estrellas, sobre inscripciones en piedra que es poco

probable que alguien descifrara jamás, sobre dibujos descubiertos en el interior de unos cristales, dibujos que representaban unos seres cuyo mayor parecido con el hombre era que tenían ojos y orejas. Sin embargo, la apariencia era totalmente distinta, aquellos seres tenían cuatro ojos al extremo de unas antenas de apariencia flexible, en disposición de mirar en cuatro direcciones a la vez. Escuché historias sobre plantas que se desplazaban buscando luz y un suelo más fértil, sobre árboles que podían modificar su estructura de manera que al llegar el invierno, retornaban en un par de semanas a la forma de semilla de la cual nacieron para ocultarse en el suelo. Ya llegada la primavera, en un par de días alcanzaban su tamaño original y seguían con su ritmo normal de desarrollo. También a través de Marin he sabido de las criaturas marinas de ese mundo, capaces de llevar una vida individual o unirse en un gigantesco ser cuando las condiciones lo requerían. Miles y miles de maravillas, lo que parecía ser extremadamente peligroso se revelaba totalmente inofensivo, como por ejemplo el animal que se les manifestó por primera vez cubierto de púas de color

naranja y unos colmillos amenazantes. De hecho, era manso hasta la dulzura, porque si se le acercaba alguien él retiraba las púas y comenzaba a jugar como un cachorro, los colmillos los utilizaba para desenterrar raíces, siendo esa su única fuente de alimento. En cambio, la más hermosa planta, alta, de unos cuatro metros, tenía flores multicolores a lo largo del tallo y aunque perfumaba el aire con una fragancia de dioses, era una criminal profesional. En medio de cada flor se escondía una aguja empapada de veneno y cualquiera que se acercaba a una distancia menor de cinco o seis metros se arriesgaba a ser traspasado por una de ellas, convertida repentinamente en proyectil. Marin me contó que perdieron a un par de compañeros hasta conseguir identificar al criminal. Cuando se hizo la autopsia al primer muerto, los médicos constataron sorprendidos que había muerto de una sobredosis. Tras los análisis concluyeron que el veneno de aquella planta, denominada simplemente Rocvaiv, en cantidad muy pequeña tenía un efecto sobre el sistema nervioso parecido al LSD, induciendo alucinaciones y aumentando la capacidad de ciertos sentidos. La parte

más interesante era que en cada persona testada los efectos eran ligeramente distintos, algunos se volvían capaces de oír cualquier sonido por muy lejano o leve que fuera, otros habían adquirido una agudeza visual capaz de distinguir las moléculas de la materia, efectos remarcables que se hubieran empleado en cientos de campos de la ciencia y de la medicina de no ser porque el efecto duraba muy poco tiempo, y estaban acompañados de unos efectos secundarios terribles. Pero, en definitiva, quería contaros cosas sobre mí.

La maldición con la que he nacido es ser atraído por todos los vicios posibles. Con sólo siete años conseguí emborracharme por primera vez. Un día que mis padres no me estaban vigilando, mientras ellos tenían una de sus habituales discusiones, me interné en el salón, acerqué la silla al mueble-bar y cuando me descubrieron estaba a un paso del coma. Había ingerido un par de largos tragos de whisky. Me encontraba tan mal que habría pensado que me moría, si hubiera sabido algo sobre la muerte. No aprendí mi lección, en cuanto tenía ocasión me tragaba cualquier cosa que contuviera alcohol. Al final, mis padres

guardaban las llaves del mueble-bar y me vigilaban cuando venía alguien de visita. Eso no me impidió que a los catorce fuera ya un fumador empedernido. A los dieciocho me metí con drogas más serias, empecé con la hierba, luego la coca, el éxtasis y el speed, pero de todas, la única que me causó problemas serios fue la heroína. Llegué a ser adicto y a los veinticinco ya había pasado por la segunda desintoxicación. Conseguí dejarlo y juré que nunca en mi vida tocaría la heroína. Pero no había prometido nada en cuanto al LSD. Éste tenía un efecto totalmente de mi gusto. Transformaba totalmente la realidad aburrida de mi alrededor, no es que el mundo que lo reemplazaba fuese mejor, pero durante el tiempo que el ácido mantenía sus efectos me sentía importante, vivía con la sensación de que era un Dios perdido en un laberinto y que al final podría encontrar el camino hacia afuera, hacia el lugar donde podría dirigir ambos mundos. Cuando me despertaba me despejaba, era consciente de que sólo había sido la alucinación de un drogadicto, aún así me sentía una y otra vez tentado a volver a probarlo, poco a poco aumenté la dosis aunque sabía

que hay un riesgo enorme porque el ácido no era nada fácil de dosificar, pero pensaba que podría encontrar la manera de prolongar el efecto.

Bien, después de haberos confesado mis problemas podréis entender por qué me han dejado todos mis amigos. El único que se quedó fue Marin, a lo mejor se hubiese alejado junto a los otros de no haberle salvado la vida cuando teníamos diez años. Pero esta es otra historia y no tiene importancia. Lo que importaba era que el hecho de que Marin sabía que si aparecía una nueva droga en el mercado yo me apresuraba a probarla. Conociéndome, sabía que me ofendería si me contaba lo que habían descubierto en aquel planeta y no me regalaba una porción de la nueva maravilla. Aún así no podía arriesgarse, así que a pesar de mi insistencia me dio la deseada poción apenas una semana antes de partir en la segunda expedición hacia aquel planeta, y eso sólo después de prometerle que no lo probaría mientras él estuviese en la Tierra. Se lo prometí y respeté la promesa. Sólo que antes de hacerlo le pedí que confiase en mí y me dijera cual era su destino. Al principio ni quería hablar de ello, pero hizo un cálculo y se dio cuenta de

que para cuando él retornara a la Tierra habrían pasado veinticuatro años, los suficientes como para no encontrarme con vida y los bastantes para que prescribiera la revelación de secretos de trabajo. Así que me lo dijo. El Sol alrededor del cual gira el planeta del que hablamos se llamaba MRT-162046. Podéis apuntarlo y verificarlo. Me dijo que la misión se llamaba Friendship y que estaba financiada por japoneses y americanos. Esto ha sido hace un mes y algo, así que seguramente encontraréis gente que os confirmará lo que os digo.

Bien, como os he dicho, he guardado mi promesa. En el momento en el se cumplía una semana de su partida, me preparé la droga. Me lo inyecté y esperé. Por un tiempo no pasó nada. Estaba tumbado y ni oía mejor ni veía moléculas girando a mi alrededor. De repente, el ventilador del techo se paró. Al principio pensé que se había cortado la luz, así que fui a comprobar los fusibles. Salí de la casa, bajé las escaleras y entonces noté un fenómeno acojonante. Tenía un dálmata que se llamaba Spot. Era aún un cachorro, así que tenía ganas de juerga todo el rato. Los vecinos tenían un niño de ocho años que a veces

saltaba la valla con mi permiso para jugar con Spot. Le tiraba la pelota y éste saltaba a cogerla en el aire. Ése era el fenómeno acojonante. Mi perro estaba suspendido a un metro del suelo. Estaba colgado en el aire con el hocico apuntando hacia la pelota, que estaba a unos centímetros de su nariz. Ésta flotaba también. Quiero decir, no flotaba sino que estaba fija. El niño también estaba detenido, con el brazo extendido, marcando el impulso final a la pelota. Intenté bajar el perro de allí, pero no pude moverle ni un pelo, por mucho que lo intenté. Salí a la calle, ni yo sé por que. Miraba alrededor y no me lo podía creer. Todas las personas estaban paradas, como congeladas. No se movía ni una hoja en los árboles ni una brizna en el césped. Aquella mañana había llovido y la tierra seguía mojada, pero aún así mis pies no dejaban huellas. Del tejado aún goteaba agua pero las gotas se habían detenido en el aire. Me sentía como en medio de un cuadro. Al final me di cuenta de que todo aquello eran los efectos de la droga, así que volví a casa y me tumbé en la cama. Allí sabía que estaría a salvo, no correría el riesgo de ser atropellado por un coche cuando las cosas retomaran

su actividad. Me di cuenta de que yo continuaba respirando aunque no inhalaba aire en los pulmones. Soplé en mi propia mano, pero no sentí ninguna brisa. Luego, de repente, el mundo se puso en marcha otra vez. El ventilador giraba de nuevo, fuera se oía el ladrido alegre del perro y las risas del niño, y de fondo el ruido de la circulación. No me levanté de la cama, sino que empecé a analizar lo sucedido. Intentaba encontrar una manera de aprovechar el extraño estado del mundo, porque había llegado a la conclusión de que esa droga había acelerado mis movimientos hasta tal extremo de que todo parecía estático en comparación conmigo. Esto también podría explicar la extraña inercia de los objetos. Pero la imposibilidad de mover algo reducía a cero todo lo que que tenía pensado. Había deseado mil y una cosas que no me podía permitir comprar, así que me hubiera aprovechado sin dudar de la situación, sólo que no encontraba ninguna solución que pudiese funcionar. No me servía de nada entrar en cualquier tienda si no podía mover los objetos, no me servía de nada entrar en un banco si no podía coger el dinero. Así que a la siguiente dosis todo lo que conseguí fue

entrar en la casa del vecino. Hacía algún tiempo que había empezado a mirar a su esposa a través de las cortinas. Era diez o quince años más joven que su marido y se me pasaba por la cabeza tener una aventura con ella. Esperaba poder verla en una postura embarazosa, pero tuve mala suerte. Estaba sentada en la mesa de la cocina, pelando una cebolla. Pero no por ésto digo que tuviera mala suerte, sino porque de repente el mundo volvió en sí y ella gritó al verme aparecer a su lado. Montó un escándalo considerable y sin poder explicarle nada llamó a la policía. Antes de que llegara la patrulla policial le dije que era el vecino y que les había hecho una pequeña visita con la única intención de invitar a su marido a una partida de bridge el fin de semana. Al principio no me creyó, pero pronto se rió de su propio susto y ella misma despidió a la recién llegada policía explicando que todo había sido un malentendido. Una vez en casa reflexioné sobre la razón por la cual el efecto de la droga fue mucho más corto. Había usado la misma cantidad que la primera vez, así que pensé que mi organismo había empezado a acostumbrarse. Los siguientes tres intentos fueron un desastre

absoluto. No pasó nada. Esperé totalmente en vano que se detuviera el movimiento. Conseguí sólo un dolor de cabeza infernal, pero nada más. Así que volví al LSD y hasta pensé en tirar lo que me quedaba de la sustancia. Luego cambié de opinión y doblé la dosis pensando que así obtendría algún resultado. Sí que lo conseguí, pero mucho más tarde. No después de al cabo de unos minutos, como las primeras veces, sino después de unas dos horas.

Entonces, no sólo se paró el mundo.

Había salido de casa y allí mismo me sorprendió el hecho de que, además de la paralización de las cosas, había desaparecido también la carretera. Se borró simplemente, siendo reemplazada por un blanco absoluto. Luego le pasó lo mismo a mi casa. Mi pequeño patio, incluido Spot, luego la casa de los vecinos, los árboles lejanos, los montes que se veían por encima de los tejados y finalmente, el cielo. No existía nada más aparte de mí. Estaba en un escenario de un blanco perfecto, no veía nada, como si no existiera el espacio. En todas las direcciones la misma uniformidad, así que mis ojos no conseguían enfocar. Muy asustado, buscaba explicaciones y se

me pasaron por la cabeza las más inverosímiles ideas. Al principio pensé que mi agudeza visual aumentó tanto que estaba visualizando la superficie del núcleo de un átomo. Luego llegué a la conclusión de que me había muerto por una sobredosis. Aún no había conseguido llegar a ninguna conclusión final cuando de repente cobró forma delante de mí un rostro enorme. Tenía una voz como un trueno. Me preguntó qué es lo que he hecho para estar así.

—¿Así? ¿Cómo?

Estaba confuso porque no sabía qué quería decir. Me lo explicó. Era más de lo que yo quería saber. Nuestro mundo de hecho no existe. Él, el que me miraba, era el que nos había adquirido. Tal como nosotros compramos un juego. Cada uno de nosotros somos sólo unos roles. Un inmenso espectáculo que se desarrolla delante de los ojos del jugador para entretenerle. Las reglas son estrictas para nosotros pero si él quiere las puede cambiar. Si no le gusta cómo evolucionan las cosas rebobina todo atrás hasta un punto que le convenza e interviene para que las cosas tomen otro rumbo. No le creía pero me dio un montón de ejemplos: la Segunda Guerra Mundial

inicialmente había acabado con la victoria de Hitler y de los japoneses, pero no le gustó, así que rebobinó todo hasta el momento en el que el ejército hitleriano atacó Rusia. Un pequeño cambio meteorológico hizo que en lugar de un invierno suave los invasores sufrieran un invierno terrible. Fue suficiente. Intervino hasta por Jesús. Le caía bien, así que quiso que éste viviera. Rebobinó un par de veces atrás pero sin éxito. Cada vez acababa asesinado brutalmente, fonalmente escogió la variante con él muerto y resucitado. Al final del siglo tres Diocleciano había empezado el exterminio de los cristianos, no lo consiguió, pero Galerius continuó con éxito su trabajo. Así que retomó la historia varias veces y escogió la variante en la cual Constantino Chlorus tuviera el rol más importante y en la cual el hijo de éste, Constantino el Grande hiciera del cristianismo la religión de Roma. Prácticamente, el Jugador contempla el mundo como una película, escoge los personajes que le gustan y hace posible que éstos cumplan sus deseos. Pero a la mayoría ni siquiera los observa. Son sólo personajes secundarios, una especie de figurantes. Si sucede que les va bien se

puede decir que han tenido suerte. A veces tiene cosas mejores que hacer que jugar con nosotros, que divertirse mirando nuestros dramas o felicidades, entonces pone el mundo en pausa y cuando vuelve todo sigue desde el mismo instante. No podemos observar que entre dos momentos nuestros han pasado horas, días o milenios. Pero ocurre algunas veces que algunos de nosotros tienen un sentido más agudo del tiempo y a éstos les quedan rastros de memoria inexplicables sobre acontecimientos que Él decide borrar. Así que cuando todo sigue una trayectoria ligeramente modificada estas personas viven con la sensación de déjà vu. Algunos hasta consiguen sentir instintivamente las trayectorias de la vida tal como serán antes de que Él decida cambiar algo. Éstos serán mediums y pueden predecir el futuro de muchos porque los cambios normalmente modifican la suerte de los que están en el punto de mira y no de todos. Me explicó con paciencia estas cosas y más, porque esperaba una respuesta de mí, y yo no podía contestar hasta conocer más. Habiendo entendido la situación, le dije que me había inyectado una sustancia. No quise decirle toda la verdad pero

me amenazó con rebobinar todo hasta el punto inicial y escoger una ruta que me llevara a una muerte prematura. Para Él sólo he sido un figurante cualquiera, así que podría prescindir de mí. Comencé a estar interesado, ya que empezaba a notar que aunque el mundo estaba en pausa, yo podía moverme. Me dejó sólo un tiempo, lo suficiente para contactar con los productores de este juego (bueno, de nuestro mundo) Así que aparecieron dos rostros más en el cielo. Me miraron y me interrogaron. Con unos instrumentos me desprendieron del blanco y me llevaron a otro mudo poblado de monstruos. Recuerdo que me comieron. Luego, a pesar de que guardaba mis recuerdos me pusieron en un mundo de ensueño, una especie de paraíso. Allí se escuchaba continuamente una música agradable, los árboles estaban llenos de flores y frutas, todo estaba lleno de mesas rebosantes de las mejores comidas y a cualquier sitio que iba estaba rodeado de las mujeres más bellas. Pero allí tampoco me dejaron mucho tiempo. Le siguió un mundo de fuego. Llamas gigantes quemaban todo sin cesar. Sentía el dolor pero no tenía huellas de quemaduras y no moría.

Luego el mundo donde no existía. No tenía cuerpo pero pensaba. Era consciente de mí mismo. Había muchas mentes alrededor, entendía sus pensamientos y les podía transmitir los míos.

He pasado por mundos donde no tenía forma humana. Luego por otros en los cuales el pensamiento no me funcionaba según la lógica humana, por mundos en los que estaba reducido al estado de un animal basado sólo en instintos. Finalmente me comunicaron la conclusión: había sido infectado por un virus. ¿Os dais cuenta de lo que significa eso? Que soy un maldito programa generado por otros programas como yo. Que no habían hecho otra cosa que testarme para sacar esta conclusión. Esa sustancia traída por azar de ese planeta MRT-162046 afectó mi programa y ya no obedecía las reglas. Los especialistas me repusieron en el mundo blanco y retiraron sus rostros del cielo de mi mundo. Después de un tiempo volvió nuestro propietario. Me dijo que he sido desinfectado y que tales accidentes pasan en juegos tan complicados porque en un mundo en el que se permite la evolución libre pueden surgir situaciones inusuales. Me pidió disculpas por el

incidente. ¿Os dais cuenta de lo que significa eso? ¡Dios me pidió disculpas! Me cabreé cuando me dijo que me iba a volver a poner en mi mundo y que cuidaría que fuera bien. Le dije que no quería, porque después de enterarme de lo que es el mundo en realidad ya no me importaba mucho si me va bien o no.

Quise saber más. Quería saber qué hay después de la muerte, qué habrá al final de mi mundo, si tengo un alma que viva después de que mi cuerpo muera. ¿Sabéis lo que me contestó? Me contestó con un montón de preguntas que me hizo entender que no tengo ni una oportunidad: me preguntó si nos importa que pasa con un ordenador cuyo hardware resulta destruido; si los niños paran para pensar si tienen alma sus juguetes o si ese alma sobrevive cuando el juguete está roto. En cuanto al mundo, por lo menos me dio una respuesta concreta. Cuando se aburra de nuestro mundo nos venderá de nuevo o nos deja en pausa, olvidados en una esquina, o nos dejará funcionar y nos visitará cuando desea ver qué rumbo hemos tomado.

Estaba tan decepcionado que le he gritado que no quiero ser más un figurante en este maldito juego. Me sonrió desde el cielo y me preguntó con dulzura qué es lo que quiero. Le dije exactamente lo que me pasó por la cabeza: que quiero vivir en el mundo real, en su mundo, que quiero destruirle por ser irresponsable tratando billones de vidas con indiferencia. Me gritó cuando me explicó que a mí tampoco me hubiera interesado o molestado si el trozo de plastilina con el que jugaba en mi infancia se hubiera rebelado contra la suerte o contra mí. Luego desapareció del cielo blanco y poco a poco todo volvió a su sitio. Estaba otra vez delante de mi casa, el cielo era otra vez azul y Spot ladraba alegremente. Salí gritando a la calle, paré la circulación y destrocé todo lo que pude hasta que la policía llegó. El resto ya lo sabéis. Por eso hice todos los daños, intentaba estropearle el juguete de alguna manera.

El médico y sus ayudantes escuchaban ya aburridos. Era la tercera vez que el paciente repetía la misma historia. Por desgracia el estado del pobre hombre no parecía mejorar, aún así había que demostrarle

comprensión y compasión. Así que le habló con calma y amabilidad, como a un niño testarudo que no entiende que los cuentos leídos no son reales.

—Señor, como le he dicho anteayer, ayer y hoy: su amigo de la infancia Marin se ahogó a la edad de diez años. El planeta que menciona, el denominado por usted MRT-162046, no existe sino es justo la fecha en la cual pasó el desafortunado suceso, 16 de marzo de 2046. Sé que le afectó la tragedia de su amigo y que se sintió siempre culpable por no haber conseguido salvarle la vida, sé que la reciente pérdida de sus padres también le afectó y despertó su antiguo sentido de culpabilidad, pero le pido que admita que la realidad es la que es, si no, no podemos ayudarle ni soltarle.

Con un gesto, llamó a sus ayudantes.

—Llévadle a la habitación acolchada y dadle sus medicinas.

Luego se volvió hacia el paciente.

—Hablamos mañana, señor, descanse.

Mientras el enfermo era arrastrado hacia la habitación de curas se oían sus gritos:

—¡Rebobinó! ¡Volvió a rebobinar!

© Balint Feri, 06 de septiembre de 2009

## **QUERIDO NIETO**

por Jesús Poza Peña

Querido nieto;

Espero que mis palabras te encuentren bien. No deja de sorprenderme el hecho de volver a tener que tomar lápiz y papel para enviar y recibir noticias de nuestros seres queridos. Cuando yo tenía tu edad, allá, en la lejana Tierra, las cartas eran electrónicas y llegaban a su destinatario un segundo después de ser enviadas. Lo mismo ocurría a bordo de la Comuneros. Ya sé que conoces el sistema por la Supranet de Descubrimiento, pero el contraste entre la velocidad de las redes de información y el envío de cartas escritas es algo que me maravilla. Pero tiene que ser así. Sólo de esta forma la humanidad puede

burlar el único y verdadero límite del Universo: la velocidad de la luz.

Cuando esta misiva llegue a tus manos, después de ser recogida por el cartero, llevada a un carguero en órbita, transportada en un salto dimensional hasta el sistema de Sepúlveda y dirigida a tierra en una lanzadera; te preguntarás por qué te escribe tu abuelo y por qué en este tono. Tu madre me pide que lo haga. Está preocupada por ti y por la situación en Sepúlveda, y quiere que te enseñe algo que te ayude a pasar el trago. Opina que la experiencia de un hombre de seiscientos cincuenta y seis años debe servir para algo. Tu madre es una mujer joven, nacida en un interludio de paz y que no ha conocido la violencia ni la sed que lleva a los hombres a combatir.

Poco puede hacer un viejo como yo para ayudar a un soldado, excepto hablarte del origen de este conflicto. Porque yo estuve allí. Nací en la Tierra en la época en la que comenzó todo. Como tantos jóvenes había seguido la senda que otros marcaron para mí. En aquella época no había más remedio. Todo dependía del estado: debías estudiar en el sistema de educación estatal, te obligaban a

permanecer en él largos años sin aprender nada útil, hasta llegar a la Universidad. Claro, que todos llegaban. En nombre de la igualdad de oportunidades el estado había suprimido la competencia que distingue a los capaces de los necios. Cualquier estúpido tenía un título universitario, que por consiguiente, era papel mojado a la hora de encontrar trabajo. Esa vida se convirtió en una senda sin rumbo, un destino obligatorio y sin sentido. Sin embargo nadie se quejaba. La sociedad del ocio ofrecía demasiado. Malgasté mi juventud en parques y bares, fumando hachís y bebiendo alcohol. ¿A quién podía importarle el futuro?

Pero el futuro llegó a mí.

De pronto me encontré con que ya no era joven y no tenía nada. Ni familia, ni hogar, ni siquiera vehículo propio. Mi empleo no me aportaba ni seguridad, ni dinero, ni oportunidades. En aquella época sólo aquellos que cobraban del estado como funcionarios o que percibían subvenciones mantenían una situación de estabilidad. Un privilegio que no alcanzaba a todos, ni mucho menos. Los altos impuestos impedían el crecimiento de los sueldos y la

creación de nuevas empresas. No podía comprarme una casa, no podía mejorar en mi trabajo, no podía crear nada propio. Todo en nombre de un estado que aseguraba darte las mayores oportunidades y sostenerte cuando llegaban los malos tiempos, pero que en realidad te lo estaba quitando todo.

Para ti, nieto querido, que has nacido en Descubrimiento, donde los políticos no son profesionales y están obligados a tener un empleo, donde no cobran sueldos y lo pagan todo de su bolsillo, donde no hay más que un parlamento que se reúne un mes al año y los concejos de la ciudades, donde los escasos impuestos se desglosan y son cobrados después de entregada la paga, no antes, donde puedes elegir tu educación y tu plan de pensiones; todo esto te sonará tan raro como a tu pobre madre. No puedes imaginarte la enorme cantidad de instituciones políticas: parlamentos locales, regionales, nacionales y supranacionales que había en aquella época. Todos ellos improductivos y pagados con el duro esfuerzo de los trabajadores. Enormes burocracias que despilfarraban nuestros recursos. La sanidad, la educación y las pensiones se

pagaban obligatoriamente al estado. Se recaudaba por todo, había impuestos por poseer una vivienda, incluso por el tránsito de mercancías, sí, hasta por el uso de la calle construida con esos mismos impuestos debían pagar los ciudadanos. Sindicatos, asociaciones de todo tipo, las viviendas de algunos privilegiados, incluso las artes eran pagadas de los bolsillos de una clase trabajadora cada vez más pobre. Adormecida por la propaganda visual emitida por medio de unas máquinas llamadas televisiones. Engañados hasta la saciedad por los que les parasitaban.

(Algún día te explicaré en qué consistía la televisión, ya que aquí en Descubrimiento está prohibida, lo mismo que en Hayek, y supongo que en Sepúlveda tampoco tenéis)

Como alguien dijo una vez, sólo existen dos ideologías: la de aquellos que quieren controlar a los demás, y la de aquellos que no tienen ese deseo. Del mismo modo yo te diré que sólo hay dos clases de personas: los parásitos, que sólo pueden sustentarse expoliando a los demás, y los productores, que generan riqueza creciente con su riesgo y esfuerzo.

Aquella era una sociedad en la que los parásitos trataban a los trabajadores como a vacas lecheras, y además habían conseguido convencerles de que era por su propio bien. No se podía luchar contra aquel sistema, era tan enorme que alcanzaba a todo y a todos. Un sistema suicida, que reducía al ser humano al estado de máquina: sólo podías pagar y callar.

Sin salida, muchos de mis amigos prefirieron obviar la realidad y mantener una fantasía de adolescencia permanente, llevando una vida de desenfreno hasta una edad madura. Otros dedicaron sus esfuerzos a cambiar de bando y obtener seguridad y privilegios por medio del funcionariado. Los más no pudieron hacer sino desesperar y ser conscientes en silencio de la ruina que eran sus vidas. Yo era uno de estos.

Pero ocurrió un hecho que lo cambió todo. En 2017 los astrónomos le contaron al mundo que habían descubierto un exoplaneta (así se llamaban entonces) gemelo a la Tierra. Un nuevo mundo habitable. En principio la noticia pasó casi desapercibida. Aquel planeta se encontraba a doscientos catorce años luz de la Tierra. Era imposible llegar a él con los ingenios

espaciales que existían entonces: cohetes a propulsión química que se movían en trayectorias balísticas. Apenas se podía llegar a la Luna. Pero hubo un hombre que entendió lo que aquello significaba y se puso manos a la obra. Podía haber tenido cualquier nombre, pero se llamaba Gabriel Jansson y provenía del lugar más extraño posible para un alguien como él: una nación llamada Alemania.

Yo vivía en un lugar cercano, llamado España, y la primera vez que oí hablar de Gabriel fue en una noticia de prensa. Su foto aparecía junto a la de los ingenieros y científicos que habían construido el primer ascensor espacial de la humanidad. Estábamos en 2022, y todo se había realizado con mucha discreción. No sólo Gabriel había financiado el proyecto. Pero, según me contó mucho después, era el descubrimiento de aquel nuevo mundo lo que había impulsado la creación del ascensor espacial. Ahora había un objetivo plausible en lugar de planetas muertos o venenosos.

El propio Gabriel Jansson anunció poco después su intención de colonizar el nuevo planeta. Para ello, construiría una nave espacial enorme, del tamaño de

un pequeño mundo. Aseguró que hacía todo aquello para huir del sistema político que le depredaba y que le impedía a él, como a muchos otros, alcanzar la felicidad en la Tierra.

Se rieron de él. Era un viaje de al menos 214 años, siempre y cuando se pudiera acelerar hasta la velocidad de la luz, lo que resultaba imposible. Pero a Gabriel no le importó. Estaba harto de aquella sociedad infecta de siervos y lameculos. Sabía que nada había para él allí, y que si permanecía en la Tierra moriría rico, corrupto y degradado.

Y buscaba gente como él.

Recuerdo que lo que más me llamó la atención fue el nombre que le puso a su nave espacial: Comuneros. Te he hablado de los Comuneros y de la Revuelta de las Comunidades en muchas ocasiones; cómo un rey extranjero llegó a España, cómo le arrebató el trono a su madre, cómo intentó convertir a los hombres libres de Castilla en siervos para usarlos en sus guerras de ambición dinástica, cómo las Comunidades de Villa y Tierra de Castilla se alzaron contra el tirano y le plantaron cara, y cómo fueron trágicamente derrotados y asesinados en un lugar

llamado Villalar, y vieron su orgullo reducido a cenizas. Aquella derrota corrompió a España para siempre, y la arruinó lenta y progresivamente durante siglos. En esa gente indómita había encontrado Gabriel su inspiración.

Por mi parte no tenía nada que perder. No tenía futuro en el planeta Tierra. Así que me apunté al viaje. Encontré dos grandes problemas nada más empezar. Estaba soltero. Y sólo parejas o familias jóvenes eran admitidas como colonos. Decidido como estaba a lograr salir de allí, pasé días y días a la puerta del lugar donde se solicitaba el embarque, preguntando a cuantas chicas entraban y salían. Finalmente me decidí, como otros muchos, a publicar un anuncio en la Supranet de la Tierra de entonces. Probé con varias mujeres, hasta que conocí a Maria Grazia. Podemos decir que ella fue tu primera abuela, o tu tatarabuela, aunque yo soy tu abuelo.

El segundo problema era que yo no servía para nada. Había estudiado Historia del Arte. ¿Qué se puede hacer con eso en una nave espacial, rumbo a lo desconocido, dónde lo primordial es la supervivencia? Fue una suerte para mí que todavía

pasaran cuatro años antes de partir. Dediqué ese tiempo a aprender Mecánica. Para el día en que salimos era capaz de arreglar cualquier motor. Pero lo pasé mal, puedes creerme, pues nunca había trabajado con mis propias manos. En esos años casi superé la edad máxima para enrolarme. Nadie mayor de cuarenta podía viajar: los sistemas de rejuvenecimiento eran apenas un sueño en aquel entonces. Tenía treinta y ocho cuando partimos, y Grazia, con treinta y uno, estaba embarazada de nuestro primer bebé.

La construcción de la Comuneros se realizó en la órbita de Marte, gracias al abaratamiento que había sufrido el viaje espacial en los años anteriores. Se hizo con fragmentos de asteroides y materiales traídos del planeta rojo, donde la instalación de ascensores espaciales era mucho más segura y barata debido a su falta de actividad geológica.

Era una máquina enorme, como un mundo en miniatura. Su estructura fusiforme estaba diseñada para girar sobre su eje longitudinal y generar inercia, lo que permitiría que sus tripulantes se sintieran casi como en la superficie de la Tierra. Los viajes

instantáneos por la galaxia eran cosa del cine y las novelas por aquellas fechas. En la realidad no había otra forma de viajar que la más dura: una nave seminal y siglos de marcha. La idea era no sólo levantar una nueva civilización en el nuevo mundo, sino crear una sociedad mejor ya durante el viaje en sí. Un viaje de seiscientos cuarenta y ocho años. Para ello hacía falta un espacio gigantesco, ya que la población inicial de cinco mil debía multiplicarse durante el camino. Se diseñaron sistemas de producción, se transportaron rocas de las que se podía extraer oxígeno y otras materias primas y todo se almacenó en las zonas más estrechas de la nave, donde apenas se notaba la gravedad simulada. Había agricultura, también en las zonas de menor gravedad, y pastos donde ya se notaba el peso. Un sistema de transporte ferroviario recorría toda la cavernosa nave, desde los lugares donde se acumulaba la población, hasta aquellos vacíos que esperaban el crecimiento de nuestra sociedad o que simplemente tenían funciones de mantenimiento. Había muchas oportunidades para el que quisiera trabajar y tuviera los conocimientos necesarios: en los sistemas de energía (solar, atómica,

hasta de vapor) en mantenimiento, sistemas informáticos, salud, seguridad, e incluso educación (apenas un par de años después de salir se hicieron necesarios maestros para los primeros niños)

La Comuneros se desplazaba gracias a múltiples motores de iones en un rumbo balístico. No quedaba más remedio. Ni los motores de fusión, ni el salto dimensional se conocían todavía. La empresa parecía una locura, lo reconozco, pero no teníamos miedo, sino esperanza. El día que vimos Marte quedarse atrás y desaparecer, todos los corazones estaban encogidos, pero al menos ya no estábamos en la Tierra, dependíamos de nosotros mismos. Y si teníamos que morir, lo haríamos como gente libre, luchando por alcanzar la felicidad por nuestros propios medios.

Debo decir que al comienzo las cosas fueron incluso placenteras. Yo trabajaba en los trenes de vapor del transporte de mercancías que recorría los niveles interiores de la nave. Grazia era técnico de sistemas de información, hasta que poco después, organizó el primer diario informático de la nave. Pero hubo dificultades. Puedes creerme. Transcurridos

sólo once años algunos empezaron a temer al vacío, y quisieron regresar. Se organizó un motín. Era un mundo duro. Tuvimos que defendernos. Y hubo muertes. En aquel lugar los parásitos no prosperaban, pronto eran identificados y morían. Generalmente por incapacidad propia para sobrevivir, pero otras veces la justicia del pueblo se encargaba de ellos. Una década más tarde hubo otro motín, la primera generación de nacidos en la Comuneros se dividió en dos: aquellos que se quejaban amargamente de un destino que no habían elegido y los que aceptaban la autoridad de sus padres. Puede que aquella fuese la revuelta más dura de cuantas viví. Es terrible luchar contra tus propios hijos. Pero la supuesta vida de bienestar que imaginaban en la Tierra no era otra cosa que servidumbre bajo la amable bota de una casta chupasangre. Muchas veces se repitieron episodios como estos, unas veces más virulentos, otras menos.

También hubo problemas técnicos, aparatos que dejaban de funcionar, accidentes, más de un golpe contra algún objeto oscuro allá en la nada absoluta. Pero éramos personas decididas, y conseguimos superar todos los obstáculos. Aunque a veces

pasamos penurias. Recuerdo épocas especialmente graves, aquellas en que las enfermedades u otras causas mermaban la población y no había gente suficiente como para mantener la ciclópea nave. Se susurraron leyendas sobre fantasmas en los lugares donde había muerto gente, y en los túneles e instalaciones abandonadas, surgieron religiones y supersticiones, pero afortunadamente, la nuestra, pasados los primeros sustos, fue siempre una sociedad sana.

Y progresamos. Aunque muchos conocimientos quedaron en la Tierra, sobre todo en lo que se refiere a construcción y arquitectura, pero los avances fueron espectaculares en Física, Genética y Ciencias Biomédicas.

Has de saber, querido nieto, que me encontraba al borde de la muerte cuando mis hijos decidieron someterme al primer tratamiento de rejuvenecimiento completo de la Comuneros. Al principio me enfadé mucho con ellos. No tenían derecho a hacerme algo así sin mi consentimiento. Y todavía opino de la misma manera. Pero una vez concedida una segunda oportunidad decidí aprovecharla. Grazia había muerto

un año antes, así que busqué una nueva esposa (esa fue mi venganza con los chicos) Poco después la inmortalidad era un hecho a bordo de la Comuneros. Hasta tal punto que cuando llegamos a aquel nuevo mundo, la escasez de espacio empezaba a ser un problema, pues la gente quería seguir trayendo nuevos hijos al mundo, a ese mundo prometido por un hombre, Gabriel, que llevaba muerto muchos siglos. Si no hubiese sido por los progresos alcanzados en Genética y Agricultura hubiera resultado imposible alimentar toda aquella población.

Las noticias de la Tierra eran escasas. Aunque las comunicaciones viajaban más rápidamente que nosotros, apenas había mensajes. Sin embargo sí comenzamos a darnos cuenta de un hecho: muchos de los que venían con nosotros eran los mejores en sus campos, personas insustituibles para la humanidad que estaban hartos de servir a sus inútiles amos. Los que habían quedado en la Tierra, incluso teniendo un rango jerárquico superior, eran sólo sombras de nuestros hombres de ciencia. Pronto comprendimos que eso no le había sentado nada bien a los parásitos de la Tierra. Y la gente que Gabriel había dejado atrás

para preparar la segunda oleada de colonos a bordo de una nueva nave, la Pioneros, hablaba de prohibiciones y de gentes que huían de la Tierra a escondidas para refugiarse en Marte, a la espera de la marcha de la nueva nave semilla. A algunos se les detenía y se les impedía partir en contra de su voluntad.

Al principio yo sólo era un técnico de mantenimiento, sin relación con estos acontecimientos, pero con el paso de los años fui adquiriendo más responsabilidades, hasta ser elegido Jefe de Transporte Interno de la nave. La falta de recambios era mi principal problema. Aunque a veces nos acercábamos a algún asteroide a repostar materias primas, nunca eran suficientes (llegué a pensar que alguien arrojaba los émbolos de las máquinas de vapor por el retrete para hacerme la puñeta) Así que no me molesté con noticias de la Tierra hasta ser elegido diputado. Parece que la gente confiaba en mí, aunque nunca me ha gustado ser alguien de importancia. Quién lo hubiera dicho de aquel tipo incapaz de encontrar un buen empleo en la Tierra. Pero el viaje en la Comuneros sacó a la luz lo

bueno que estaba oculto dentro de mí. Cuando llegué al Parlamento, supe que ya se habían hecho planes con respecto a la situación en la Tierra. Desde los tiempos de Gabriel. Díafanos planes, debería añadir.

Por fin, con ventaja al calendario previsto gracias a los avances tecnológicos, un día llegamos a un nuevo sistema solar, con un pequeño sol blanco-amarillo, y en él un orbe singular aunque de menor tamaño que la vieja Tierra. Al verlo oscuro y cubierto de nubes muchos rompieron a llorar. Se propusieron muchos nombres, pero el elegido por aclamación popular fue Descubrimiento, en honor a otros hombres que largo tiempo atrás se atrevieron a cruzar el océano en busca de nuevas tierras y fortuna.

Se inició el frenado de la Comuneros y poco después orbitaba alrededor de tu hogar, nieto querido. Ni cortos ni perezosos, los pioneros tomaron las lanzaderas y las cápsulas con materiales fueron lanzadas. Los hombres pisaron tierra firme y con esperanzas renovadas se pusieron manos a la obra. La Comuneros quedó en órbita y allí sigue, incrustada en el corazón de la plataforma de defensa Espada del Cielo, sí, donde tú aprendiste a luchar en la falta de

gravedad. Creo que más de un túnel de mantenimiento que construí con mis propias manos ahora sirve para que los cadetes entrenen a la carrera.

En Descubrimiento mi primer oficio fue el de granjero, y debo decir que de todos los que he desempeñado hasta ahora, es el que más me ha gustado. Pero no todo fue sencillo. No había seres inteligentes, pero si animales, algunos de ellos feroces carnívoros. Hemos tenido que luchar a brazo partido para eliminar algunas especies. Muchas vidas humanas se han perdido en esta lucha contra la naturaleza. Me acuerdo ahora de los primeros colonos que llegaron al Río del Hierro. Los que se dieron el primer baño no lo pueden contar. Su piel se endureció y se volvió impermeable, curtida por los materiales que acompañaban al agua y se asfixiaron sin remedio. Sin embargo, y afortunadamente, este planeta ha sido bueno con nosotros. No hay tierras más fértiles que las orillas del Mar Amarillo, donde las inundaciones periódicas fertilizan los campos.

Como sabes, ningún gobernante puede estar más de ocho años en política, así que durante un tiempo me alejé de los asuntos de estado. Pero después,

coincidiendo con la llegada de la Pioneros, el Parlamento solicitó mi consejo. Yo era uno de los pocos supervivientes del viaje inicial y mi experiencia era muy valorada. Aunque poco pude ayudar, excepto animando a los más jóvenes.

Los de la Pioneros no traían buenas noticias. Parecía que ya antes de su partida los gobiernos de la Tierra se habían percatado del peligro de la emigración espacial: los mejores, los más valiosos de la humanidad se estaban largando. No querían seguir siendo vacas lecheras, no querían humillarse más ante el poder de la política, las concesiones administrativas y las decisiones arbitrarias de los estados. Era mejor probar suerte en el vacío. La situación era mala: la tercera oleada de pioneros quizá no pudiese salir de Marte.

Cuando apenas unas décadas después, mucho antes de lo establecido, apareció la tercera nave, la Mar del Plata, y anunció que se había prohibido la emigración a Descubrimiento, y que apenas habían conseguido escapar, nuestras precauciones iniciales se vieron respaldadas. También llegaron mensajes de la Tierra,

felicitándonos por nuestra hazaña y solicitando informes de las riquezas que habíamos encontrado.

Les respondimos que se metieran en sus asuntos.

No sabíamos cuándo llegarían. Pero estábamos convencidos de que estaban en camino, y nos preparamos adecuadamente.

Una noche cualquiera, los afanosos hombres de Descubrimiento, alzaron sus ojos a la penumbra y vieron llamear las luces de las colas de fusión de las naves de guerra terrestres, que convirtieron el cielo en fuego. Con el desprecio propio de las clases parasitarias, con el desdén de quien considera a los demás como ganado en lugar de cómo a semejantes, los invasores anunciaron pomposamente la soberanía de las naciones de la Tierra sobre nuestro mundo y reclamaron impuestos sobre todas las riquezas que duramente habíamos ganado.

Pero aquellos lameculos de caciques no habían tenido algo en cuenta: los mejores estaban entre nosotros, las cabezas más brillantes, los auténticos líderes de la humanidad, los competentes, los capaces.

Cualquier cosa que ellos pensarán, los nuestros lo habían pensado cien veces.

Les indicamos amablemente que debían dar media vuelta y volverse a la Tierra con sus amos. Les avisamos de que cualquier acción agresiva sería repelida. Pero su prepotencia superaba todo lo conocido hasta entonces. Pensaban que un puñado de granjeros no podría repeler el sofisticado armamento diseñado por los científicos amaestrados y subvencionados de la Tierra.

Cuando un grupo de asalto arrasó un pequeño asentamiento ganadero y mató a sus habitantes para robarles la comida, el pueblo clamó por una respuesta. Lo peor fue la actitud de los ladrones, paseándose arrogantes por las calles, decidiendo qué pertenecía a la gente y qué a unos los políticos complacientes a doscientos catorce años luz de distancia.

Haces de iones se activaron desde todos nuestros satélites, dañando escasamente algunos sistemas de los invasores, pero creando una red entre las naves. Ellos, confundiendo el fin último de nuestra acción, se rieron de nuestra débil defensa, e iniciaron el

ataque. Nuevas armas, terribles, pero no contaminantes. Su misión era sojuzgarnos, no matarnos. Querían usar nuestra mano de obra, querían empobrecernos lentamente sacándonos la sangre con impuestos, quitándonos nuestra riqueza para emplearla en engordar a amos y lacayos.

Pero ningún misil, ninguna bomba partió de la numerosa escuadra. Ninguna lanzadera tocó el suelo de nuestra sagrada patria. Un relámpago se extendió por el sistema de rayos de iones, una fuerza eléctrica desconocida hasta entonces, generada por nuestra propia tecnología de fusión, mucho más avanzada que la de ellos. Las naves de guerra volaron en pedazos. La noche se hizo día. Y una armada surgida de la nada, camuflada en los puntos troyanos de Descubrimiento, se encargó de mandar al infierno a los restos del orgulloso ejército invasor.

Se hicieron prisioneros, por supuesto, para nuestro horror. Lo que contaron de la vida en la Tierra nos llenó de espanto. Un mundo empobrecido, sin emprendedores. Una vez que la Pioneros partió, algunos de los que vivían como parásitos, los llamados entonces grupos de presión, iniciaron una

campaña para impedir la inmigración a Descubrimiento. La excusa era que invadíamos el hábitat de otras especies y contaminábamos el espacio. Pero en verdad se habían dado cuenta de que si los productivos seguían marchándose, pronto no quedaría nadie a quien sacarle la sangre. El terror ante esta situación los volvió locos. Ya no se contentaron con exprimir poco a poco a los trabajadores; volvieron los campos de trabajo, y se ideó un plan para hacerse con los recursos del nuevo planeta. Sus científicos, algunos capturados y esclavizados, también habían descubierto una forma de inmortalidad, inhumana y horrible como es siempre el pensamiento de estas gentes: por medio de escáneres se hacían copias de la mente de las personas y se implantaban en cuerpos clonados artificiales, parte orgánicos, parte mecánicos. Soldados obedientes y fieles, mentes esclavizadas y torturadas, hechas para durar los infinitos años de viaje hasta otra estrella, para ser fanáticos seguidores de sus líderes terrestres.

Y desde entonces continúa esta lucha. Apenas llegamos a tiempo de asentarnos en Hayek antes de

que aparecieran los terrestres, aunque en esa ocasión teníamos la ventaja de la distancia, Hayek sólo está a veintitrés años luz de nosotros. Los saltos dimensionales llegaron más tarde; la nueva tecnología que nos permite viajar instantáneamente. Jamás pensamos que nos dejarían en paz, siempre tuvimos claro que volverían una y otra vez para someternos. No pueden vivir sin nosotros, somos los productores, y ellos los que nos expolían. Pero, igual que los Comuneros de antaño, somos conscientes de ello y nos estamos defendiendo.

En estos siglos no han faltado parásitos propios, débiles mentales que han pedido el apaciguamiento y la negociación. En cierta ocasión yo mismo tuve que intervenir. El hecho todavía se estudia en las escuelas. Fue casi doscientos años atrás. Un hombre llamado Grossmann comenzó a proclamar la necesidad de escuelas públicas y la enseñanza de conocimientos unificados en los colegios. Teníamos que llegar a no sé qué acuerdos sobre lo que se debía enseñar y los que no a nuestros niños. De alguna forma consiguió obtener seguidores. Pero tuvo la mala suerte de venir a predicar su basura a mi pueblo. Cuando supe que

estaba en la plaza, con un gran despliegue audiovisual acompañándole, cogí mi escopeta y me fui para allá. Atravesé la multitud congregada para oírle, subí a la tribuna y le pegué dos tiros.

¿Quién me va a decir a mí la educación que debo dar a mis hijos?

Éste es el origen de la guerra en la que luchas, nieto mío. El único y verdadero origen: que aquellos que son incapaces de crear nada enriquecedor necesitan vampirizar a los que sí podemos. Tanto para ellos como para nosotros es un problema de supervivencia. Ni ellos pueden vivir sin tener a quien parasitar, ni nosotros podemos sobrevivir si nos quitan nuestra libertad. Me ha dicho tu madre que la situación allá en Sepúlveda es difícil, que lucháis en trincheras, que peleáis cada palmo de terreno. Con lágrimas en los ojos me pidió que te escribiera esta misiva, que te infundiera el orgullo por tu patria y el modo de vida que defiendes. Somos un pueblo ilustrado, no nos basta con recibir órdenes, por eso te he contado como comenzó todo.

Pero quiero hacer algo más.

Ya ha pasado demasiado tiempo desde que fui joven por última vez. Demasiado tiempo siendo un viejo inútil apartado de todo. Si las cosas están empeorando es hora de hacer algo. Hoy mismo he iniciado un nuevo proceso de rejuvenecimiento y pronto estaré allí contigo. No quiero mis galones de batallas pasadas. Me cambiaré el nombre, comenzaré de nuevo. Iré a Sepúlveda y lucharé a tu lado. ¡Si Siete veces lo han conquistado, siete veces se lo arrebataremos!

Pero no me esperes, nieto mío. No esperes a ver a tu abuelo junto a ti. Corre a cumplir tu misión, corre a servir a tu patria y a la libertad. Ellos no dejarán de llegar. Pero ni sus fábricas de esclavos, ni sus mentiras detendrán a los hombres libres. Esta vez no. ¡Mata a los parásitos! ¡Mátalos a todos!

© Jesús Poza Peña, 8 de diciembre de 2009

## **ALIENS, EL REGRESO (*Spanish Version*)**

por Álvaro Carrión de Lezama

*O de cómo sería una intervención de tropas de las Fuerzas Armadas Españolas en una colonia supuestamente atacada por alienígenas bien cabrones. O, también, de lo ineptos que son los yanquis para algunas cosas, aunque parezca lo contrario. O, también de que, a cojones, no nos gana nadie y bien que lo hemos demostrado. O de cómo Ripley no tendría problemas para volver sana y salva a casita y no tendría que ser ella quien sacase las castañas del fuego.*

Para no liarnos de principio, ya que el tema es largo y arduo, y, mucho me temo, al final acabaré liándome, sigamos un orden. Demos por hecho que todos hemos visto la peli, de la cual me declaro fan incondicional, y a la cual le pongo pocos o ningún pero. Después de esta sencilla y sincera declaración de amor, vayamos al tema, a nuestra *Spanish Version*, que, falsa modestia, no quedaría mal del todo, aunque perdería suspense con respecto al original. Qué se le va a hacer. Pero, por contra, nuestra Ripley no tendría que vérselas ella solita con tanto bicho y tanto torpe. Y los aliens tendrían que elegir entre los dos finales que sin duda merecen como estirpe: si eligen bien, se domestican, y pasan a ser elementos útiles; si eligen mal, la esclavitud —o la muerte, dependiendo del grado de cabezonería de tan siniestros seres.

Como la cosa está clara —un buen montón de bichos con mucha mala leche, que todos saben quiénes son, pero nadie quiere reconocerlo— han atacado una colonia española, pues se manda de estranjis a una unidad de elite a la susodicha colonia para *Ver qué coño pasa allí* —ésta sería, así, tal cual, la orden textual del Alto Estado Mayor de la Defensa

—. ¿Orden breve? ¿Poco concisa? Todo lo contrario. Tal vez esté fuera del formalismo habitual de las órdenes militares anglosajonas, pero es que *Ver qué coño pasa allí* es toda una declaración de intenciones: si no pasa nada, dabuten, les decís a los colonos que arreglen la radio, y de vuelta a casa. Y si pasa algo... Para eso os hemos mandado, cojones, y leña al mono. Os cargáis a quien haga falta, y luego mandáis un informe completo.

Por supuesto, algo está claro: esto es así porque el Estado Mayor sabe que van a ganar... o palmar. Hasta la fecha no ha habido muerto que mandase informes. Después de esta sucinta explicación... ¿nos parece poco clara la orden? ¿A que no?

En la peli, los espacio-imperialistas yanquis mandan a una sección de sus marines coloniales con órdenes poco concisas, y en el mejor de los casos, dudosas, obteniendo el resultado que de sobra todos conocemos: estrepitoso fracaso. Por cierto, un dato a tener en cuenta: en la peli no aparece por ningún lado un soldado japonés. Bueno, lo que se dice un japonés, ni soldado ni de ninguna otra profesión, aunque la corporación Weyland-Yutani, la principal interesada

en el caso, es mitad japonesa. ¿Curioso? Tal vez sí, tal vez no tanto. Porque los japos, que sólo pondrían en la empresa la mitad de la pasta, la organización empresarial, toda la disciplina, la inmensa mayoría de mano de obra cualificada, la tecnología puntera, y la solvencia, creyeron oportuno dejar este tipo de temas a los yanquis. Craso error, amigos japoneses. Si hubierais mandado algún guerrero con una pizca de espíritu samurai, sin ningún género de duda la misión habría salido beneficiada. Pero vamos a nuestra *Spanish Version*. Imaginemos que la corporación se llama *Sánchez-Yutani*, y que los japos dejan el tema seguridad en nuestras manos. ¿A quién mandaríamos nosotros a *ver qué coño pasa*? Dudo razonablemente entre varias unidades: La Legión, la Brigada Paracaidista, la Infantería de Marina, la Brigada Aerotransportada... tal vez podríamos hacer intervenir a los Goes, a las Tropas de Alta Montaña, o a la mismísima Benemérita. Qué más da. Cualquiera de ellas sirve. ¿Por qué no a los Regulares? Pues también. En este aspecto, se admite cualquier sugerencia.

Yo, en todo caso, y en aras de darle un toque de casticismo al asunto, mandaría a La Legión. Pero no al grupo de operaciones especiales, ni mucho menos. Mandaría al típico grupo de lejías que, pese a estar en La Legión y todo eso, se dedican en exclusiva a hacer guardias, dormirar, y ponerse ciegos de alcohol y porros. Tipos y tipas destinados en una unidad que no fuera de intervención, una de logística o algo así. (Para los entendidos, de Apoyo a la Fuerza, no de Fuerza) Pero, como lo que importa es el espíritu, tampoco habría demasiadas diferencias. De acuerdo, ¿que están un poco fuera de forma? Eso se soluciona con mala leche. ¿Que no recuerdan a la perfección las lecciones de táctica de combate del período de instrucción? Más de lo mismo: mala leche y a darle caña al mono hasta que hable inglés. Y eso se lleva en la sangre, no te lo enseña nadie. ¿Lo tienen los nuestros? Por favor, que no les quepa la menor duda.

Bueno, a lo fundamental, que si no me voy por las ramas: nosotros, a diferencia de los yanquis, mandaríamos tropas en verdad resolutivas. Y no es ninguna fanfarronada, algo que intentaré explicar en el curso de este estúpido ensayo. ¿Que nos

enfrentamos a una especie tan hideputa que tiene ácido como sangre? No importa. ¿Que puede que sean centenares de bichos los que han invadido la colonia? Tampoco. Mandaríamos a gente competente que, por mor de una mejor comprensión general, especificaré en comparación con los de la peli y a los que denominaremos, a partir de ahora, como Grupo de la Muerte. Así que, comencemos por enumerar a los principales mamarrachos de marines coloniales y a sus antagonistas entre los nuestros.

## **1ª Parte. Personal incompetente**

### **Teniente Gorman**

Nuestro Teniente español, —llámese como se prefiera, pero de apellido frecuente, digamos que Ruiz, para simplificar la cuestión—, a diferencia de Gorman, no sería un novato. Sería un tipo curtido, tirando a barrigón y algo chepudo, más quemado que la pipa de un indio a base de no ascender y pegar barrigazos por el campo, frisando ya la cincuentena,

pero capaz de correr el muy cabrón veinte kilómetros —eso sí, a paso cochinerito, pero correrlos al fin y al cabo—, o de cruzar el primero de su sección la pista americana con solvencia, o de darse de hostias con el recluta más joven y fuerte. Y ganar, por supuesto. ¿Cómo? Nadie lo sabe. No es, desde luego, el sargento de hierro Eastwood, pero, pese a su apariencia externa de oficinista con mala uva, lo consigue. Nadie que no le conociera apostaría un euro por él en una pelea. Pero, cualquier de los que ha tratado con él, se jugaría hasta las pelotas por una victoria suya, aunque se enfrentase al campeón del mundo de los pesos pesados. Viene a ser un tipo más bien alto, con cara de haberse tragado un cenicero lleno de colillas segundos antes de verle —siempre—, algo chepudo como he dicho, y que en su día pensó que llegaría, a su edad, como mínimo, a comandante. Creo que no es necesario indagar más en la personalidad del personaje. Pero advertencia: si no lo conoces, jamás apuestes en su contra. Perderás seguro. Por cierto: tiene mala leche de veras, no es sólo su careto. Utiliza gafas para leer sus lecturas habituales: los partes diarios de diana y retreta, y el

Marca o el As —por el morro— en la cantina de oficiales. Algo —lo de las gafas, me refiero— que procura disimular y que le jode reconocer. Nadie sabe hasta dónde. Ah, por cierto también: recibió varios cursos de defensa personal, unos de judo, otros de karate, otros de no se sabe bien qué, de los que aprendió pocas y equívocas, pero jugosas, maniobras, que utiliza con profusión llegado el momento: a dar patadas en los huevos, cabezazos cuando el rival está distraído, y meter los dedos en los ojos, por ejemplo. No pidamos exquisiteces técnicas. Tiene un cacao mental en defensa personal, tan grande, que ya no sabe cuándo, ni dónde, aprendió a hacer las putadas que puede hacer. A veces cree que ya las sabía de chaval, de cuando se pegaba en la calle. No descartemos esta opción.

## **El Sargento**

Apone, el de la peli es más blandito que la mierda de pavo. Mucho tipo negrazo, alto, fortachón, y resulta que todos se ríen de él. Mucho puro en la boca,

mucha risotada de taberna, y hasta el más tonto de todos sus soldados se cachondea cuando quiere, no sólo de él, si no de todo lo que pueda. ¡Y delante del teniente, en una reunión táctica! —Recordemos la escena de la famosa pregunta del soldado Hudson: ¿Dónde hay una cabina para llamar a mi madre? —. Incomprensible. El sargento Apone no vale un pimiento, ni como sargento, ni como cabo de cocina. Es más, si me apuran, ni como turuta. Un menda así no tiene cabida en nuestro Grupo de la Muerte. No obstante, descarguemos de toda responsabilidad al actor, Al Matthews, que como persona humana si fue sargento de marines, de hecho fue el primer negro que alcanzó ese rango, que se ganó nada menos que partiéndose el pecho contra los charlies en las selvas de Vietnam. Vaya mi respeto para don Al y librenos Dios de guionistas con tan poco seso como sapiencia de las cosas de la vida.

Nuestro sargento, llamémosle Bocanegra, sería más bajito, moreno también pero sin llegar a tanto, menos esbelto, pero no por ello menos fuerte. Otro cabronazo barrigón que deja tirados a sus soldados veinteañeros en las carreras diarias, en el gimnasio, o

en la pista americana. ¿Cómo? Otro misterio. Pero se puede apreciar que tiene los brazos como jamones ibéricos y unas piernacas de aúpa bajo la barriga, más prominente que la del teniente, ya que su alimentación se compone, básicamente, del rancho cuartelero: legumbres de baja calidad, tocino, vinazo, y alcoholes baratos. En algo se tiene que notar la diferencia de sueldo entre clases. El traje de gala le sienta como a un Cristo dos pistolas: siempre se lo tiene que arreglar su mujer, y le hace unos apaños de lo más antiestéticos: se ve paticorto, y con la barriga más picuda aún. Por eso, siempre prefiere vestir de faena. Y si es con uniforme de camuflaje, mejor, en la abstrusa idea de que las manchas no sólo sirven para camuflarse con el entorno, si no también para disimular su poca agraciada silueta. A veces mira fotos del pasado, que lleva en su cartera, de cuando entró en el ejército, y se encuentra casi tan feo y fondón como ahora: nunca destacó por su galanura. En el fondo, muy en el fondo, está contento consigo mismo: sin pretensiones absurdas, sin sueños inconquistables, siempre quiso ser sargento, y ahora lo es. Le gusta mandar y ser respetado. Y lo ha

conseguido, qué coño. Bebe como un cosaco cualquier bebida —alcohólica, eso sí, que mariconadas las justas— y fuma como fumaría un fumador condenado a muerte. Es camarada de sus soldados, por supuesto, pero sólo al encontrarse ocasionalmente en algún garito a horas intempestivas, cuando el alcohol le da el puntito amistoso y un tanto llorón que le lleva a realizar actos de los que al día siguiente se arrepiente.

El resto del tiempo de nuestra misión que no ocupara matando bichos, lo dedicaría a repartir hostias como panes en cuanto viera algún desmán, o algo que a él le pareciera que lo fuera. Si el teniente Ruiz tiene mala leche, el sargento Bocanegra el doble: no es necesario recordar que uno, al menos, llegó a oficial, y éste se quedó en un simple sardo, tras, también, veintitantos años de servicio. Tiene todos los cursos militares habidos y por haber, pero sólo le sirve para sacarse un plus cada mes en la nómina. Su mujer le tiene hasta los huevos con sus constantes recriminaciones sobre lo inútil que es, y lo bien que les va al resto de sus compañeros de

promoción —uno de ellos ha llegado a subteniente, ni más ni menos, y varios estudian para oficial—. Eso sí, el personal a su mando le respeta más que a un huracán. No desean, por nada del mundo, verle más enfadado aún de lo que habitualmente lo está. Es capaz de arrestar a alguien por llevar una mota de polvo en un zapato un día de revista, y de darle, además, un par de hostias. Por cierto: el teniente Ruiz, aunque nunca ha hecho buenas —ni malas— migas con él, le respeta y le admira, sobre todo cuando le ve en dos ocasiones: una, junto a su mujer; y otra, frente a la tropa. Cuando supo que iba a ser el suboficial a su cargo, respiró aliviado. En el fondo, nuestro sargento es un gran tipo, y tiene un corazón de oro. Si es necesario, y si no lo es también, se dejará la piel por sus chicos. Quiero apuntar que sus chicos también se la dejarían por él.

Ahora, haremos un pequeño repaso al resto de la —casi en su totalidad— desastrosa e inútil tropilla yanqui.

## Cabo Hicks

Sobre este personaje no tengo ninguna pega. Al menos, ninguna evidente. Bien podría ser el cabo de nuestro Grupo de la Muerte. Aunque le pediría que tuviera algo más de sangre: a veces en la vida hay que imponerse. Sobre todo, cuando Ripley le tira los tejos, y él parece pasar del tema, comportándose como un dandy acostumbrando a los requiebros femeninos. Error: nuestro cabo, al percatarse del detalle, atacaría con interés a Ripley, como no podía ser de otro modo. Una pregunta que lanzo al aire, para que la respondan los amigos —o amigas, si son chicas con tendencias sáficas—: ¿Quién no atacaría a un mujerón como Ripley si te das cuenta de que te tira los trastos? Yo, amigos y amigas, sí. Siempre hay tiempo para una alegría, aunque estés rodeado de aliens. Y más siendo un legionario español. ¿Quién dijo miedo? Casi, reconozco, me da más miedo Ripley que los bichos. Como lo leen.

## Vasquez

¡Ah, amigos y amigas! ¡Por fin alguien competente! La única que se salva en la peli —obviando en momentos al cabo Hicks —de todo el nefasto grupo de marines coloniales. Vasquez no sólo tendría un puesto de honor en nuestro Grupo de la Muerte, si no que sería la favorita, tanto del cabo, como del teniente, del sargento, y de la madre que los parió a todos, incluida la mía propia. Vasquez los tiene bien puestos, a fe mía que sí. Como no es posible ascenderla en este nuestro ensayo, propongo que, al menos, fuera aspirante a entrar en la academia de oficiales el curso próximo. Qué menos. Impagable su respuesta a cuando le pregunta el bobo de Hudson: Vasquez, ¿nunca te han confundido con un hombre? y rotunda y afilada como un hacha contesta: No. ¿Y a ti? De hecho, es tan competente que parece desentonar —es más, desentona—, entre el grupo de imbéciles junto a los cuales se tiene que jugar el tipo. No sé cómo pueden vestir el mismo uniforme de marine colonial los mamarrachos que la acompañan

sin que se les caigan las caras de vergüenza al puto suelo. A nuestra Vasquez —sí, es nuestra ya, para siempre—, le quedaría un millón de veces mejor el uniforme de legionaria, con mangas arremangadas, chapiri y borla. Imaginémosla. Es para acojonarse si te mira de frente, aunque no vaya armada. Permítanme un momento de debilidad: me encanta esta chica. Y si hay que batirse el cobre con alienígenas, la elijo como compañera. Vamos, que si me dan a elegir dos de entre todos los pavisosos de la peli, que me dejen con ella y Ripley, y que el resto se dedique al fanfarroneo o al macramé. Me la suda. Dato a tener en cuenta: es hispana. ¿Tendrá algo que ver? Dejo la pregunta en el aire. Pero todos sabemos la respuesta.

Del resto de tropa, mejor ni hablar. Son tan lerdos que parecen recién reclutados en un pueblo famoso por la consanguinidad de sus habitantes. Son todos tontos de baba. Los nuestros serían soldados varias veces reenganchados, capaces de liarse un petardo con una mano y desmontar y volver a montar un Cetme con la otra. Porque esa es otra: el fusil de

asalto de nuestra tropa sería el Cetme-C, sin duda. Un fusil de asalto de verdad, que sirve para todo: cuando se agota la munición, con él se pueden abrir cabezas, por muy duras que sean, cascar nueces, usarlo de aparejo para una tienda de campaña, o matar conejos. O búfalos a golpes, depende de lo que tengas a mano. Omito hablar de cuando se le inserta la bayoneta: aunque es probable que lo llegasen a usar nuestras tropas, no es del todo aconsejable, basta recordar lo del ácido como sangre. Un Cetme-C, sí señor, y no esas mierdas sofisticadas que llevan los marines coloniales que sólo parecen hacer pupita a los aliens. El nuestro es un fusil de los que tiro que mete bicho que despedaza, aunque, por mala puntería o falta de vista, solamente se le roce. Al bicho, me refiero, ya que al fusil, con sólo rozarlo, no le haces nada, ni hace nada. Seguro y fiable. Como nuestra querida Vasquez.

Haré, como salvedad y pese al asco, mención especial a los payasos que pilotan la nave de desembarco, aunque es mejor ni hablar de ellos: son tan estúpidos que dejan entrar un bicho dentro de la

nave mientras descargan material y esperan a que sean requeridos sus servicios. Inadmisibile. Nuestros pilotos mantendrían la nave bien cerradita, controlarían los alrededores e, incluso, montarían guardia para que no se acercara ningún alien. ¿Por qué? Por que es necesario. ¿Quién haría guardia? Si es un problema de competencias, siempre hay alguno de menor graduación o menos veterano, ¿verdad? Pues te jodes, que para eso eres el más recluta, y montas guardia. ¿Es que los bobos de la peli no se han enterado de lo que ocurre? ¿Cómo pueden ser tan incompetentes, cuando tienen a su cargo el único medio de salir pitando del planeta? Al menos, los pilotos, en la peli, tienen el final que merecen: morir cruelmente despedazados por un alien. A todo esto... ¿qué coño hace la piloto con gafas de sol polarizadas en la noche espacial, y en un planeta sempiternamente lluvioso? Respuesta: el memo. Insisto: merecen, por idiotas y dejados, lo que les pasa.

## Bishop

Nuestro grupo de legionarios no necesita robots. Hasta ahí podíamos llegar. Menos tecnología y más huevos.

Del resto de la tropa, que son unos cuantos aunque parezcan pocos por lo mal y poco que hicieron, paso de hablar. Que se vayan donde fueron y donde merecen: al carajo.

Pero, en comparación con el nefando grupo de la peli, me veo obligado a decir que nuestros chicos/chicas no tendrían nada que ver con ellos. Serían tan disciplinados —sobre todo ante el sargento y, por supuesto, delante de civiles— como chungos, tan válidos como malencarados ante un enemigo común. ¿Por qué? Joder, por que están en La Legión, y eso crea mella —y un respeto a tus superiores que raya en lo sicótico—. Ya puedes ser un triunfador hecho a lo blando, un niño de papá y mamá, un gil del candil, o el mayor hideputa acostumbrado a lo peor del mundo, da lo mismo de dónde vengas y

quién seas, que entras en el Tercio y te entra una mala hostia acorde al cuerpo del cual formas parte, del cual aprendes verdadera disciplina, necesaria para las misiones que supuestamente tienes que realizar. Las que sean. Estás a punto para lo malo. Y, mientras tanto, a hacer caso de las órdenes de tus superiores. Como tiene que ser en un ejército que se llame como tal. Olvidemos, pues, a los marines coloniales, tan dados a cuestionar órdenes dadas para un fin que desconocen y que no les importa desconocer, aunque se estén encaminado al mismísimo infierno, algo de lo que —aunque sutilmente— les están advirtiéndolo.

A veces, las misiones de los nuestros se concretan en controlar un infame peñasco en mitad del mar. En este caso, matar bichos. Pues bueno. Pues vale. Pero todos juntos, como mosqueteros, defendiendo al compañero. Parece cosa de broma, pero sólo Vasquez lo dijo en la peli: Nosotros nunca abandonamos a los nuestros. Ni Dios la hizo caso. ¿Por qué? Por que estaba en un grupo de mierdas. Ole por Vasquez, la única con espíritu legionario español. Nuestro Grupo de la Muerte jamás abandona a un miembro. Aunque esté hasta las narices de él.

Bueno, ya que he terminado el resumen general de los elementos de la tropa, vayamos al resto: la acción. Los civiles, en este caso, y salvo Ripley, carecen de importancia. Al menos para mí, y en este ensayo.

Son tantos los errores u omisiones del deber que cometen los marines coloniales que, por sí mismos, podrían constituir un decálogo de cómo no hacer las cosas, que sería válido para cualquier ejército. Hasta para el del país más insignificante, donde un cabo primero hubiera dado un golpe de estado.

## **2ª Parte: tácticas erradas y tácticas acertadas**

Insisto: paso de hablar más de la tropa marine, al menos de un modo directo. Pónganse en el lugar de Ripley, o de cualquiera que tenga que verse protegido por semejantes bufones, y entenderán los motivos. Me dedicaré, en esta segunda parte, a comentar lo equivocado de sus actos y, en contraposición, lo acertado de las sencillas y básicas tácticas españolas. Además, como soy yo quien escribe, pues esto lo que hay. De todos modos, como ya he advertido,

reconozco que al final me liaré. Incluso, antes de llegar al final.

En la peli, —y es algo de agradecer a los guionistas y al director—, existe coherencia entre los chapuceros marines, las tácticas que usan, y el final que merecen por su incompetencia. No haberlo hecho así sería algo infinitamente más increíble que ver una noche a un grupo de nuestros alienígenas babosos cantando línea en el bingo de su barrio. Un consejo que les doy: si, por un casual, les ocurre algo parecido, abandonen los malos hábitos. Sobre todo el alcohol. Ya. De inmediato.

Retomemos el tema táctica, que me pierdo. Así que, como unas —las tácticas— son hijas de la capacidad de los otros —los marines—, pues van a la par, y los llevan al final predecible: la ruina más absoluta.

¿Se imaginan, en nuestro Grupo de la Muerte, que los soldados le vacilen al teniente Ruiz en una reunión táctica, delante de civiles? ¿Se imaginan que la tropa permaneciera recostada sobre cualquier cosa mientras el oficial habla? ¿Se imaginan que, además, un soldado le hace al teniente una broma ridícula cuando pregunta si hay alguna duda? ¿Se imaginan

que el sargento Bocanegra asistiera impávido? ¿A que no? Eso sólo pasa en los marines coloniales. En nuestro caso, la tropa estaría en formación, el cabo daría novedades al sargento, el sargento al teniente, y éste mandaría descanso, lo que significa seguir estando en formación, de manera tan respetuosa como antes pero algo más relajada. No tumbarse sobre lo primero que haya a mano, ni rascarse los huevos. Punto principal: delante de civiles. Si una tropa hace lo que los marines coloniales, la ha cagado. ¿Qué pensarían los civiles con dos dedos de frente, que saben a qué se van a enfrentar? Pues que están rodeados de inútiles, chulos, y fanfarrones, que no van a ser capaces de salvar su propio pellejo. ¿Qué piensa Ripley en la peli? Lo que les estoy diciendo. Triste.

Ahora, pasemos a lo que ocurriría: si, por algún extraño designio de los cielos, o a la ingesta indiscriminada de sustancias tóxicas, un soldado, llámese Gutierrez, es capaz de cometer tal torpeza, dejando en evidencia delante de civiles la autoridad, la disciplina del ejército, la seriedad del uniforme... No, no puedo continuar. No me lo planteo. Al menda

en cuestión le caería un puro de cagarse. Y, al sargento, también, por permitirlo. En nuestro Grupo de la Muerte todos estarían atentos y respetuosos. Por supuesto, habría quien se enterase a fondo de la misión y quien no se enterase ni papa, en función de la capacidad intelectual de cada cual. Pero eso sí: todos al loro. O al menos que lo parezca, coño. Y tiesos como reglas.

El planteamiento táctico, en la peli, es, en sí mismo, un desastre. O, mejor aún, inexistente. Y, para estropear aún más la cosa, el teniente Gorman no hace caso a Ripley. Nunca. Tampoco sabe nunca qué hacer. ¿Tiene órdenes concretas? A saber. Si las tiene, se las pasa por el arco del triunfo; si no las tiene, debería usar un poco más la mollera, demonios, que para eso es el oficial al mando. ¿Falta de carácter? ¿Estupidez congénita? Yo diría que es uno de los mayores tontos de baba del poblacho, antes mencionado, famoso por la consanguinidad de sus habitantes.

Dicho lo cual, deducimos que Gorman carece de lo que usualmente podríamos denominar tener dos dedos de frente o mínimo sentido común. El menda

en cuestión sigue los impulsos de su inútil coco rapado, mientras pone caritas de ¿Ufff... Y ahora qué hago yo? sembrando el desconcierto y la intranquilidad —o, directamente, el pavor— en el resto de los miembros de la misión. Miembros que, aunque él no lo sepa o le importe un bledo, están a su cargo. Por supuesto, pierde la autoridad a las primeras de cambio. Autoridad, que, jamás, por otra parte, debieron darle, y ahí entraríamos en un tema escabroso y digno de otro estudio: ¿Cómo conceden los títulos las academias militares y las universidades americanas a la gente? El teniente Gorman de la peli es patético y ridículo. Además, por si fuera poco, aparte de imbécil es un cagao de los que sólo se lesionan en la retaguardia. En este caso, un simple chichón producido por una caja. Menuda herida de guerra, campeón. Pero es tan tonto y pingao que, pese a tener su culo bien protegido en el carro blindado, no se libra de una pupa. ¿Qué se puede esperar de un memo así? Afortunadamente para él, en la peli, al menos, tiene una muerte digna, al lado de una guerrera con mayúsculas: nuestra querida Vasquez.

El teniente Ruiz sí le haría caso a Ripley. Es más, la tendría siempre a su lado, para ayudarle con decisiones acertadas cuando fuera oportuno. Eso sí, que no le viera la tropa. Es posible que el teniente Ruiz pueda ser muchas cosas, pero tonto al nivel de Gorman no, y no quiere que su gente vea en algún momento que se encuentra perdido o a merced de los consejos de una civil, lo que, llegado el momento, podría quitarle autoridad y peso. Por supuesto, más allá de los consejos de Ripley, sabría qué hacer y cuándo —ya conocemos las tajantes y explícitas órdenes que tiene, a saber: Ir a *ver qué coño pasa* allí — aunque fuera guiado por el natural instinto de supervivencia. Por ejemplo: si te metes en una encerrona con muchos bichos, aire. Coño, retirada a la voz de ya. Si eso, ya volveremos después. Así que, todos, de vuelta al carro de combate, que tenemos que cambiar las armas: nos hemos dado cuenta de que no se pueden pegar tiros ahí abajo —el teniente Ruiz jamás diría que ha sido a indicación de Ripley, pero lo que cuenta es el objetivo final—. De tal modo que nuestros chicos volverían al carro, intactos, cambiarían sus Cetmes por sopletes o navajas

albaceteñas, y otra vez al tajo. Que quede claro que no habría ninguna broma chusca de ningún soldado tipo Hudson. Ya hemos decidido que no. Y, ahora, después de esta breve digresión, vuelta a empezar.

Antes de seguir: ¿es que alguien puede dudar de que el tal teniente Gorman es estúpido? Respuesta: no. Cuando descienden en la nave de desembarco, y todos notan que está cagado hasta las trancas, y le preguntan que cuántos saltos lleva, el muy gil del candil responde que dos mal contados. Lo dicho: tonto de baba. Si alguno de sus subordinados tuviera la peregrina ocurrencia de preguntarle tal cosa, el teniente Ruiz respondería, aunque estuviera tan cagado —bueno, tanto no— como Gorman, que a partir del centésimo dejó de llevar la cuenta. Lo cual tranquilizaría, y mucho, a su gente, que achacaría su careto a una mala digestión. Y, por supuesto, a los civiles, para quienes el salto de combate parece menos estimulante que una montaña rusa. Hay que joderse.

Una vez en la zona central de la colonia, el jefe de los marines se comporta como un auténtico idiota. ¿Acaso han visto a alguien, salvo a la niña? ¿Hay

algún cadáver, aunque sólo sea eso? No han visto ni a un puñetero colono, ni a un sólo cadáver, y lo que es peor si me apuran: tampoco a los aliens. Pero allí ha habido una verdadera batalla, de la que quedan todo tipo de restos. Y, al tipo congénitamente estúpido, le parece lo más normal del mundo. De repente, un soldado encuentra, vía chip perruno, a los colonos, que parecen formar una gran reunión social, en una zona tan alejada que hay que ir en coche hasta allí. ¿El teniente Ruiz es tonto? No. Pero Gorman sí. Por eso la caga. Así que el nuestro pensaría: ya estamos en el centro de comunicaciones de la colonia. Punto número uno: establecer de nuevo los sistemas de comunicación con la Tierra. Punto número dos: echar un vistazo tipo a *ver qué coño pasa* allí —orden, como ya hemos demostrado, polivalente y rica en matices— donde, al parecer, se encuentran todos los colonos —salvo la niña autista que acaban de encontrar, y que está más sola que la una— junto a los alienígenas cabrones, dado que, hasta el momento, y en la zona principal de la colonia, no hemos visto ninguno. Eso sí, hemos visto salvajes

señales de lucha, pero ningún cadáver. Acojona, ¿que no?

Ya que, con buen criterio, lo único que quiere el teniente Ruiz es salvar el pellejo y volver a casa lo antes posible, decide mandar en el carro blindado a una patrulla de reconocimiento. Y, el resto, a conservar el puesto de mando. Que, cuando se trata de reconquistar, no debes abandonar. A no ser que sea estrictamente necesario. Que nos lo pregunten a los españoles.

Bueno, pues el teniente Ruiz, con Ripley por si acaso, la niña, el sargento, el cabo, y cuatro soldados más —entre los cuales, por supuesto, estaría Vasquez—, van en el carro blindado hacia los reactores donde se encuentran los chips de los colonos. Porque, ¿quién te dice que estén los propios colonos? ¿Y, de estar, estarán vivos? Ajá. El teniente Ruiz es malpensado, pero casi siempre acierta. Por supuesto, deja una guardia en el resto del complejo, complejo, por otra parte, con todas las puertas bien cerraditas, con las únicas órdenes de el que sepa, que ponga en marcha las comunicaciones cagando melodías, y que no me entre ningún bicharraco aquí.

Por cierto: como el carro de combate tiene un cañón y una ametralladora, y necesita un conductor, es el cabo quien lo lleva, y el propio teniente quien se encarga, llegado el momento, de la artillería.

Bueno, y va el teniente Ruiz en el carro blindado con su gente, llega, y, según bajan hasta el subnivel tres, Ripley le dice que no pueden pegar tiros, ya que ella es la única que se da cuenta —el teniente Ruiz, probablemente, también pasaría por alto este punto— de que es un puñetero reactor nuclear. Pues nada: chicos, media vuelta, de nuevo al carro, y a explicar el incidente. ¿Algún problema? Ninguno. Los tipos bajan de nuevo, armados con lo que sea, el sargento el primero —como ha de ser— y, cuando, caminando abuchanados por los pasillos con la típica decoración alien, que ya de por sí aterroriza al más pintado, se encuentran a la primera colona que les pide que la maten porque tiene bicho dentro. Ellos, misericordiosos, le dan cristiano matarile, y después de hacerlo, escuchan ruidos espeluznantes y sus sensores detectan movimiento, le dicen al teniente como único comentario: Hostias, Pedrín. Frase lapidaria que viene a significar en este contexto: Mi

teniente, con el debido respeto: somos demasiado pocos para tanto lío. Mejor nos largamos. Mi teniente: ¿por qué no va pidiendo refuerzos? .

Y, antes de esperar orden alguna del teniente, del que conocen su acendrada virtud de querer salvar el cuello a cualquier precio, vuelven al carro de combate.

El teniente Ruiz, que se percata de la magnitud del asunto al ver las imágenes de las cámaras de su gente, y sus caretos de acojone, decide, con buen criterio, ordenar retirada. Algo, de por sí, innecesario. Pues, cuando da la orden, su tropa se encuentra ya subiendo las escaleras del subnivel uno. La patrulla deshace el camino, más pendiente de sus culos que de otra cosa, corriendo como almas que lleva el diablo, se montan en el carro, y se largan. Mientras tanto, el teniente se encarga de la artillería del carro, por si es necesario utilizarla para cubrir la retirada de su gente. Algo, amigos/as, —utilizar la artillería del carro, me refiero— que no hacen los marines coloniales de las pelotas. Pero no es necesario hacer uso de ella, pues los bichos parecen tener querencia por el loft que se han montado en el subnivel tres. Tal vez, no persiguen a

los soldados porque ni siquiera se han dado cuenta de que han entrado y han achicharrado a otra humana con uno de los suyos dentro, de lo rápidos que han sido los nuestros saliendo a escape.

Al regresar a la zona de comunicaciones y comprobar —mil perdones. Me faltó explicar antes que, en nuestro Grupo de la Muerte, varios soldados tendrían, al menos, la F. P., o los convenientes cursos de capacitación profesional de los que tanto alardea la publicidad de las Fuerzas Armadas— que ya se ha reestablecido la conexión con la Tierra, el teniente Ruiz decide hacer el primer informe, rápido y breve, donde va a detallar que, al menos, han salvado la vida de una colona, niña y rubia para más señas, con lo cual va a quedar como un señor, mientras continúa la guardia de urgencia para que ningún alien entre en el perímetro que están en disposición —de momento y por poco tiempo— de controlar.

Acto seguido, ordena a los pilotos —sin gafas de sol polarizadas, que puñetera falta que hacen— que pongan en marcha la nave de desembarco y que los vayan a buscar. Formando piña salen del complejo,

montan en el carro, lo suben a la nave, y vuelven a la *Sulaco*. Así de simple.

Una vez en la nave, el teniente decide mandar —no se fía de que haya llegado el que ha mandado desde la colonia— otro informe, esta vez definitivo: De vuelta en la *Sulaco*, con el fin de proteger de las hostiles fuerzas ocupantes a la colona rescatada, y de que tenga los preceptivos reposo y atención. Hacen falta más efectivos. Aquí hay mucho lío. Espero instrucciones. Y, como refuerzo necesario a sus palabras, manda las grabaciones de sus soldados en el subnivel tres. Mientras lo hace, piensa: A ver qué me decís de esto, mamonazos del estado mayor. Esa noche, sueña con que le ascienden, nada más regresar, a capitán.

A todo esto, la tropa, los civiles, y la niña recién rescatada, a cubierto y tranquilitos, comiendo cocido calentito y durmiendo como lirones sin que ningún bicho les pueda joder. La tripulación de la *Sulaco* —sí, en nuestro ejército las naves tendrían pilotos y personal de mantenimiento, no como en los marines coloniales— se encargan de mimar en la medida de lo

posible a la niña y a los otros dos civiles. Sobre todo a la niña, por descontado.

¿A alguien se le ocurre algo mejor? ¿No es, acaso, la táctica más lógica? Dadas las circunstancias, amigos y amigas, opino que sí.

Varios días después —eso lo dejo en mano de los entendidos, que no soy precisamente experto en navegación espacial— llega un pedazo de nave, enorme, llevando un Tercio de Combate al mando de un coronel, con todo lo necesario. Nada de patrullitas poco armadas, que más vale pasarse que quedarse cortos. Si no queda más remedio, se vuela el complejo. Y que salga el sol por Antequera.

El Tercio de combate está compuesto por tres compañías de fusiles, con secciones de artillería ligera de campaña y secciones avanzadas de desembarco, una compañía de plana mayor y servicios, con todo tipo de personal (fontaneros, pintores, chispas, mecánicos, escribientes, maestros armeros... ) una unidad de cocina de campaña, que el buen yantar siempre refuerza la moral, personal sanitario, y unos cuantos suboficiales y oficiales en calidad de ayudantes-enlaces y consejeros-comparsas

del coronel. Por supuesto, también vendría la mascota: la cabra.

Puesto al día ya sobre el terreno —después de la hibernación que le ha dejado un tanto gagá—, el coronel decide no jugarse el cuello y mandar a todos —con la excepción de las tripulaciones de las naves, la niña rubia, y el representante de la *Sánchez-Yutani* — a tomar la colonia.

¿Por qué no permitiría que bajase el representante de la *Sánchez-Yutani*? Por que es un tocapelotas, algo que barruntaba el coronel y que ha acabado de comprobar. Y no le gustaría tenerle como testigo en el caso de que haya que mandar todo el complejo al garete, bien porque no quede más remedio, bien a causa de uno de sus previsibles accesos de mala leche.

El teniente Ruiz sería requerido por el coronel para acompañarle en la campaña, por su experiencia previa. Ripley, por supuesto, también. Nuestro coronel no es tonto, y ha tenido tiempo de ver los videos del Grupo de la Muerte. No tiene ni la más remota idea de qué demonios es eso. En toda mi puñetera vida había visto algo así, comenta

sorprendido cada vez que revisa los videos. Para terminar con un ¿Qué cojones es eso? que acompaña con estentóreos escalofríos y tiriteras. Así que, con buen criterio, y sin pensárselo demasiado, decide dar a su gente, en la reunión táctica previa al desembarco, la orden de Aquí no se me escaquea nadie. Todos p'abajo.

¿Qué pasaría con nuestro Grupo de la Muerte? El teniente, requerido como consejero por el coronel, lo tiene claro. Al menos, eso piensa él. Pero, nuestro sargento no tanto. Cree que ésta es una oportunidad de oro para ascender de una vez por todas. Y no piensa consentir dejarla pasar. Más temeroso de los comentarios infamantes de su mujer a la vuelta —en el caso de que quede fuera de la acción triunfante— que de los bichos asquerosos, revela a sus hombres que, después del esfuerzo sobrehumano y del valor demostrados en su intervención, ahora pretenden dejarles a un lado, para barrer la nave o limpiar las letrinas de la colonia. Los soldados, con razón, ya que tienen en las venas algo que se llama sangre, y el ánimo envalentonado, pues llevan varios días dándole al porro y al alcohol, se enfurecen. Así que, una

noche, después de retreta, se va a ver al coronel y le dice que se presentan voluntarios, tanto él como su gente, para acompañar el desembarco. Que, al fin y al cabo, conocen mejor que los demás el terreno. Que, ya que va el teniente, bien podrían ir también ellos. El coronel le tranquiliza recordándole su orden de que no se va a escaquear nadie. Alegre y confiado, el sargento Bocanegra da la noticia a su gente, noticia que es acogida con entusiasmo. Hasta el más tonto del Grupo de la Muerte sabe que no es lo mismo bajar ellos solitos que acompañados por tres compañías de fusileros. Y, en el fondo, aunque son conscientes de que en su momento hicieron lo correcto saliendo por patas, desean darle lo suyo a los bichos, que no es lo mismo contar la aventura en la cantina del Tercio Don Juan de Austria sacando pecho y fardando de bichos abatidos, que estar casi obligado a negar haber estado allí para no caer en la vergüenza de admitir que se había ejecutado un impecable repliegue táctico, acción como digo procedente y juiciosa, pero con un desagradable tufo infamante.

Bien, las tropas desembarcan en la colonia. ¡Qué grandioso espectáculo! ¡Tantas naves de desembarco juntas! La principal, donde va el coronel, lleva escrito en el fuselaje el lema: Nunca más otro Annual. ¡Ay del alien que tenga pelotas de enfrentarse a los nuestros!

Una vez en tierra, en primer lugar retoman el centro de comunicaciones, que pasa, desde ese momento, a ser el cuartel general del coronel y sus adláteres. Entre los chispas y los soldados con conocimientos de electrónica e informática ponen al día todos los sistemas que no lograron reparar los especialistas del Grupo de la Muerte. ¿Que hay que arreglar una antena? Pues se repara, aunque sea con papel de aluminio y cinta aislante. Dejemos claro que, para la improvisación de soluciones prácticas con escaso material, somos los mejores.

El perímetro de la zona controlada es cerrado y custodiado, a base de guardias de dos horas de duración, por el personal de la plana mayor que no tenga oficio, o cuyo oficio no sea necesario en ese momento. Como a nadie se le pasa por alto que, sobre sus cabezas, existen pasillos que comunican todas las

estancias del complejo —basta ver que los techos no son de obra—, los albañiles de la plana mayor levantan tabiques sobre las puertas que se vayan a cerrar de manera definitiva.

Después de estos necesarios preliminares, el coronel se pregunta, Bueno, ¿cuál es el número de nuestros enemigos? Ripley, feliz al fin en su papel de asesora, basándose en su experiencia propone una operación matemática muy simple: si los colonos eran algo más de doscientos, y los bichos necesitan un colono por barba, hagan el cálculo. El coronel calcula que tocan, más o menos, a un alien por cada dos legionarios. Pan comido.

Estudiando los planos de los reactores, el coronel ordena a las tres compañías de fusiles un asalto simultáneo por todas las entradas, para no dejar escapatoria a los aliens y acorralarles en la almendra central, donde les darán matarile por todos los frentes y con todo el armamento posibles. El teniente le recuerda el peligro inherente de realizar disparos en la zona, y el coronel, con buen criterio, pregunta: ¿Se pueden apagar los reactores? Al no recibir contestación alguna, pues ninguno de los nuestros es

experto en física nuclear, decide cambiar el armamento, no vaya a ser que la liemos. Aunque no le importa en absoluto hacer saltar todo por los aires, piensa acertadamente que, tal vez, sea un borrón en su inmaculada hoja de servicios. Así que ordena que los Cetmes se queden en el cuartel general. Los nuestros, pues, llevan lanzallamas, cuchillos de monte, palos, cachiporras, navajas, cualquier tipo de armamento personal. Incluso la alabarda del banderín participa en la misión, gallardamente blandida por el sargento abanderado del estado mayor. ¡Ah! Y, por su fuera útil, varias bombonas de gas butano. Tal vez a los bichos en cuestión le guste tan poco inhalar ese gas como a los humanos. O, tal vez, sea necesario volar el complejo. ¡Qué útil, y polivalente, es una bombona de butano!

El coronel organiza una última reunión con los oficiales, donde, en la medida de lo posible, quedan claros todos los temas, y, hala, al tajo, que estamos perdiendo el tiempo.

Acto seguido, montados en los carros blindados, se dirigen a la zona de conflicto. No quiero extenderme en detalles de estrategia, si tal sección entraría por

determinada puerta, o si tal otra bajaría por determinada escalera. El caso es que, una vez con todas las tropas esperando en lo alto de las escaleras para descender al subnivel tres, el coronel da la orden de ¡Ahora! y todos bajan en tropel, chillando y dando golpes en las paredes, haciendo vomitar fuego a los lanzallamas. Pero no todos los soldados utilizan el lanzallamas a la vez, no vayan a quemar a un compañero. Así que, antes de que se le agote la carga al que está usándolo, por supuesto, en primera línea, otro soldado toma su puesto. El caso es que el fuego preceda a la tropa, sin excusa ni interrupción. Total, que montan una traca en el subnivel tres que riete de las fallas de Valencia.

Los aliens, que por algún extraño motivo parecen estar siempre adormilados como leones machos, son pillados en bragas. No les da tiempo ni a desperezarse y estirarse, acción ésta que realizan con asiduidad, y con la que parecen disfrutar sobremanera. Van palmando o retrocediendo, ante el empuje de nuestros chicos, hasta juntarse en número de unos cincuenta en la zona central. Allí, los nuestros les dan bambú como se merecen: son achicharrados vivos.

Una patrulla encuentra a la reina alien y la huevera que ha montado. Después de freír a los escurridizos bichos que montan guardia en la entrada, dan el debido matarile a la reina y aplastan los huevos a palazos, que al fin y al cabo, son sólo eso: huevos. Y, para huevos, los españoles.

¿Bajas entre los nuestros? Alguna habría, qué duda cabe. Pongamos, por ejemplo, que, en el momento de aplastar huevos, los aliens chupacaras pillaran a traición a unos cuantos de los nuestros, a los más impulsivos o a los más imprudentes. Siempre hay gente de ánimo alocado, dada al ensañamiento, que se emociona a las primeras de cambio, sobre todo si de repartir estopa se trata. Y que descuida, víctima de su exceso de celo, su propia protección. Nada que objetar: serían los mismos compañeros quienes, al percatarse de que el bicho no se puede quitar de las caras, y de que a los pobres desgraciados les espera el mismo fin que han visto por los pasillos, es decir, acabar envueltos en telarañas y con las tripas reventadas, les darían pasaporte. Más que nada porque, según les han contado, el bicho que salga de

las tripas de los infortunados bien podría merendárselos a ellos.

Total, que se cargarían a todos los bichos con los que se han ido encontrando. Pero, como los aliens son una especie escurridiza y muy dotada para camuflarse, sobre todo donde hay poca luz y mucho hueco —vaya mérito, por cierto—, los nuestros no se fiarían. Así que, lo primero, encender las luces del complejo. Todas. Y, si es necesario, se traen focos portátiles. Encuentran a unos cuantos bichos más, escondidos cobardemente entre los tubos que, por algún extraña razón, jamás van empotrados en la pared. Cagándose en la madre que parió al ingeniero jefe del proyecto, nuestros chicos, utilizando palos con una navaja atada con cinta aislante en la punta, los sacan de allí. Se producen escenas en verdad heroicas, pero un tanto desagradables. Y se cargan a todos. ¿A todos? No, queda uno.

Pero, lo importante, es que el tema marcharía como debe ser: recuperando, en un plis plas, la colonia para la causa. Y salvando a la única colona que podía ser salvada.

Por cierto: ¿qué fue de nuestro Grupo de la Muerte? Pues nuestro valeroso sargento y sus chicos tuvieron el honor de capturar al último de los bichos, que fue acorralado en un pasillo forrado de tubos entre los que se quería esconder. Éste es el bicho al que me refería antes. Como el sargento Bocanegra, ansioso por distinguirse, ve una oportunidad dorada de quedar como un tipo listo, decide no cargárselo, refrena las ansias de Vasquez de darle chicharrón, y, tras reducirlo a base de hostias, se lo presenta directamente al coronel —saltándose todo el conducto reglamentario, no vaya a ser que algún oficial se acabe poniendo la medalla—, diciéndole: «A la orden de Usía, le traigo un ejemplar en buen estado. ¿No cree que debería conservarlo para un estudio posterior?

El alien es arrestado inmediatamente por orden del coronel, que, al verlo, dice: «Tiene razón, sargento. Vamos a llevarnos a este cabrón a casa, por si los científicos pueden sacar algo». Pero de ascensos o de honores no le comenta nada al sargento, para su desencanto.

Desde el centro de operaciones, el coronel manda, sin poder ni querer disimular su orgullo, el siguiente mensaje a la Tierra: «Sin novedad en la colonia. Recuperada para la corona».

Como el coronel no se fía del todo —creo que ha quedado claro que, en esta misión, y con el mejor de los criterios, nadie se fía del todo—, decide no bajar la guardia, y manda patrullas para que sigan buscando bichos. Y, con respecto al que ha capturado nuestro Grupo de la Muerte, decide encerrarle y drogarle con lo que tiene a mano. Primero, prueba con el butano. Pero al alien parece traerle al fresco respirar oxígeno, butano o miasmas letrineras, así que prueba con otra cosa. A instancias de un soldado que estudió primero de medicina, hace un cóctel mortífero con la morfina del servicio médico, vodka, whisky, vino barato, cerveza, marihuana, y costo culero, algo que siempre se encontrará en abundancia en un grupo de legionarios. Se lo hacen ingerir, utilizando para ello varios extintores fuera de servicio. El bicho, a pesar de algunos estertores agónicos, logra sobrevivir. Pero se da cuenta, perfectamente, de lo precario de su situación.

Dada la imposibilidad o el desconocimiento por parte de nuestra gente de cómo hibernar al alien —a pesar de lo que le metieron para el cuerpo y que casi le cuesta la vida, y a pesar de que a algún oficial se le ocurrió aumentar la dosis de cóctel por si acaso—, el coronel ordena que unos cuantos voluntarios, a ser posible elegidos de los que estén más quemados por los años de servicio, y entre los que se encuentra nuestro sargento, se queden a su custodia, vigilándole día y noche y, en un momento dado, si es necesario, dándole pasaporte. Los diez legionarios que se quedan con el bicho deciden, para matar el tiempo, enseñarle lo mínimo imprescindible para comportarse con decencia. Como el bicho no es tonto, y sabe sobrevivir en el medio más hostil posible, aprende rápido. Decide que es mejor darles cuerda a esos locos, que hacer el memo y liarse a dentelladas, algo que, sin duda, le costaría la vida. Para ser sinceros, el pobre alien tampoco las tiene todas consigo: es consciente de que su mente drogada y obnubilada no piensa con la claridad suficiente. Duda, razonablemente, si es capaz de hacer algún mal a esos tipos chungos que no hacen más que echarle humo

oloroso al rostro —humo que le molesta mucho más que el que le dieron a respirar de prueba—, y que nunca abandonan sus fusiles de asalto, con los que, de vez en cuando, tras ingerir esos líquidos de colores que llevan en botellas, le dan unos culatazos de aúpa.

Días después, y antes de que comiencen a llegar las naves del estado mayor para tomar posesión oficial del complejo, el bicho ha sufrido una transformación considerable. El bueno de nuestro sargento, que ha acabado por encariñarse o solidarizarse con él —ya que piensa que, de un modo u otro, ambos son víctimas del sistema—, le ha enseñado los rudimentos de disciplina legionaria. Cuando le castiga duramente durante el período de aprendizaje, siempre acaba diciendo, en tono lastimero: «Si es por tu bien, tonto. Si a mi me duele más que a ti». Le saca de vez en cuando de la celda y, eso sí, bien atado con cadenas y vigilado, el alien aprende lo básico: a desfilar a paso legionario, erguido y sin tambalearse, a ponerse en posición de firmes y de descanso. ¿Que le cuesta unos cuantos palos? Todos sabemos que la letra con sangre entra. El bicho acaba llegando a la misma conclusión. Aunque tenga ácido como sangre,

es, al fin y al cabo, su sangre, y no le gusta perderla a base de dolorosos varazos de picha de toro. Por cierto: hay que ver cómo queda el suelo de la improvisada celda. Destrozadito. Tienen que estar cambiándole de celda cada día.

Orgulloso, el sargento decide comentárselo al coronel. Cuando éste lo ve, se queda boquiabierto y anima vivamente al sargento a que continúe con su instrucción. Pero tiene una brillante idea.

Así que, días después, al tomar tierra las naves del estado mayor, de donde descienden varios generales y la ministra de defensa, nos encontramos con la siguiente escena: el Tercio formado, perfectamente, como no puede ser de otra manera, con un bicho extraño en primera fila, delante de nuestro sargento, pues el coronel le ha concedido ese honor, un bicharraco horroroso y baboso que lleva el reglamentario chapiri en su cabezón. Chapiri, todo sea dicho, atado con cuerdas de tender la ropa a su prominente mentón pero que, eso sí, el alien porta con chulesco donaire. El bicho, tras escuchar el cornetín de órdenes, y azuzado por la vara larga y silbante que hace mucha pupa, y que el sargento

domina con maestría, eleva su rostro repugnante, abre la boca enorme llena de dientes, saca otra boca más pequeña, y comienza a desfilar ante las autoridades para asombro y estupefacción de éstas. El alien no pierde el paso al son de Banderita, pero, cuando el sargento intuye que puede llegar a hacerlo, le castiga con la vara, con lo que consigue que el alien no pierda el ritmo y la línea invisible que debe seguir. Al pasar frente a las autoridades, y a instancias de un salvaje varazo, el alien humilla, respetuosamente, la cabezota. Pero el bicho, que es consciente de que desfilar es lo menos malo que le puede suceder, está deseando demostrarle a nuestro sargento que no son necesarios tantos golpes, que lo puede hacer bien él solito.

¿Y nuestra querida Ripley? Pues tan a gusto, dándose ocasionales y gratificantes revolcones con el cabo de sus entretelas, sintiéndose válida pero no imprescindible en la misión, y, sobre todo, a salvo de esos putos bichos de mierda. Por cierto: recupera su categoría de oficial, faltaría más. Pero decide, con buen criterio, no volverse a montar en una nave espacial a no ser que sea estrictamente necesario. Por

mucho que la paguen. Así que, al volver a casa, consigue una prejubilación pactada con la corporación *Sánchez-Yutani*, que le deja el sueldo de oficial íntegro más pluses. Un chollo, vamos.

¿Vasquez? Viva. Y pendiente de su próximo ingreso en la academia de oficiales con la mejor de las recomendaciones.

¿El cabo? Sin comentarios. Le ha tocado la lotería. Así que pide la baja del cuerpo y a vivir que son dos días.

Nuestro Grupo de la Muerte es recibido con honores al retornar a casa. Al teniente Ruiz le promocionan a capitán; y al sargento Bocanegra, a sargento primero, lo que consigue, al fin, soltarle una lagrimita en estado de perfecta sobriedad. Los pilotos de desembarco son destinados al transporte de autoridades. Los soldados son ascendidos a soldados de primera, rebajados de todo servicio, y destinados a oficinas, en compensación por sus esfuerzos, con lo que se pegan la vida padre. No es gran cosa, pero algo es algo.

Como se puede deducir, en ésta nuestra historia, y salvo los que palmaron al principio o por culpa de sus ansias, sólo habría un perdedor: los aliens.

Pero... hay una damnificada entre la tropa victoriosa en la que nadie pensó: la cabra. Francamente molesta por haber pasado a un segundo plano, decide tener paciencia, intuye que, tarde o temprano, a ese bicho asqueroso acabarán haciéndole rodajas los matasanos. Con rabia contenida rumia en su pesebre. Una tradición con tantísimos años no puede, ni debe, perderse así. De eso ya se encargará ella.

Pero no deseo terminar de esta manera, ni que nuestros amigos yanquis se mosqueen. Nunca lo pretendí, ni mucho menos lo deseo. La peli, una de mis preferidas, no lo merece. Ni tampoco la tradición de grandes guerreros que, desde sus inicios como país, ha tenido los Estados Unidos de América. Quiero hacer un llamamiento a la seriedad de los guionistas. Y, la próxima vez que manden tropas a hacer frente a alienígenas desaprensivos, que vaya el glorioso Séptimo de Caballería. Se iban a jiñar vivos los bichos. Y, cuando menos, yo iba a derramar

lágrimas como puños al verlos intervenir al son de Garry Owen. Otra peli, MURIERON CON LAS BOTAS PUESTAS, que es de mis favoritas, de las que me ponen los pelos como escarpías. ¡Ay de los aliens si se tiene que enfrentar al arrojo y valentía de Custer y sus hombres!

El Séptimo de Caballería... inmortal. Su ejemplo no debe jamás olvidarse.

© Álvaro Carrión de Lezama, 12 de enero de 2009

Editado y exportado a PDF con sWriter (OpenOffice.org 3.0) el 20 de marzo de 2010

1602 Se establece la Compañía Holandesa de las Indias Orientales.

1804 Batalla de San Mateo, Bolívar derrota a los realistas.

1815 Napoleón regresa a París desde la isla de Elba.

1828 Nace el dramaturgo Henrik Ibsen.

1933 Inaugurado en Dachau el primer campo de concentración nazi.

1944 Creación en España del Documento Nacional de Identidad.

2003 EEUU invade Iraq.